PANCHO VILLA

EL PERSONAJE Y SU MITO

AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS

CATARATA

PANCHO VILLA

EL PERSONAJE Y SU MITO

AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS

CATARATA

PANCHO VILLA

EL PERSONAJE Y SU MITO

AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS

CATARATA

Índice

CAPÍTULO 1. LOS ORÍGENES DE LA LEYENDA

La forja de un bandido

Vientos de revolución

CAPÍTULO 2. VILLA Y LA REVOLUCIÓN MADERISTA

De forajido a revolucionario

La caída en desgracia de Villa

CAPÍTULO 3. LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA HUERTISTA Y EL ASCENSO DE VILLA

La nueva marea revolucionaria

El gobierno de Villa en Chihuahua

La División del Norte

De Torreón a Zacatecas

La ruptura de la coalición revolucionaria

CAPÍTULO 4. LA GUERRA CIVIL Y LA DERROTA DEL VILLSIMO

Los dos bandos

La ofensiva villista

La campaña del Bajío

El hundimiento

CAPÍTULO 5. VILLA CONTRA CARRANZA Y LOS ESTADOS UNIDOS

El asalto a Columbus y la Expedición Punitiva

El retorno del Centauro del Norte

La guerra de guerrillas en Chihuahua y Durango

CAPÍTULO 6. LA BREVE ADAPTACIÓN DE VILLA A LA VIDA CIVIL

El acuerdo de Sabinas

El hacendado de Canutillo

La muerte del Centauro

CAPÍTULO 7. LA CONVERSIÓN DE VILLA EN UN MITO

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

Agustín Sánchez Andrés

Es doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado en varias universidades europeas y americanas. En la actualidad es profesor-investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México. Es autor y coordinador de numerosos estudios en torno a las relaciones entre España y México, así como de varias obras de divulgación sobre el México contemporáneo. Desde 2017 dirige la Colección Historia Contemporánea de América de Marcial Pons.

Agustín Sánchez Andrés

Pancho Villa.

El personaje y su mito

© Agustín Sánchez Andrés, 2023

© Los libros de la Catarata, 2023

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Pancho Villa. El personaje y su mito

isbne: 978-84-1352-655-3

ISBN: 978-84-1352-621-8

DEPÓSITO LEGAL: M-818-2023

thema: DNBH/NHK/NHTV/1KLCM

impreso por artes gráficas coyve

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Capítulo 1

Los orígenes de la leyenda

La forja de un bandido

La juventud de Villa aparece envuelta en una nebulosa leyenda. La que él construyó acerca de sí mismo y la que otros fueron creando sobre este personaje. El núcleo central de la primera está constituido por las memorias que el propio Villa dictó a uno de sus secretarios en 1914, que fueron editadas en 2004 y que durante mucho tiempo solo fueron conocidas a través de la versión novelada realizada por Martín Luis Guzmán en sus Memorias de Pancho Villa. La otra historia la proporciona un conjunto heterogéneo y a menudo contradictorio de fuentes, compuesto tanto por los corridos populares como por los relatos propagados por los enemigos de Villa, todos los cuales le presentan como un sanguinario forajido.

Existen, sin embargo, algunos puntos en común entre las distintas versiones acerca de su juventud y de su vida como bandido que permiten acercarse probablemente a la realidad. Doroteo Arango Arámbula nació el 5 de junio de 1878 en el rancho La Coyotada, perteneciente a la gran hacienda de Santa Isabel de Berros, cerca del pueblo de San Juan del Río, en la remota región central del montañoso Durango. Sus padres, Agustín Arango y Micaela Arámbula, eran aparceros de esta hacienda, propiedad de Isabel Pérez Gavilán que la subarrendaba a Agustín López Negrete. La prematura muerte del primero dejó a Micaela con cinco hijos y en una situación difícil, lo que obligó desde muy joven a Doroteo, que era el mayor, a esforzarse para sacar adelante a su familia, heredando las obligaciones del padre como aparcero. Sin embargo, cuando el joven Arango tenía 16 años, se vio obligado a huir para dedicarse al bandidaje. Según contaría el propio Villa años más tarde, tuvo que abandonar la hacienda tras haber herido al hacendado que pretendía abusar de su hermana. Según otras fuentes, la causa de su huida fue el asesinato de un joven en un altercado. Fuera una u otra la razón, Arango llevaría desde ese momento una vida de forajido en las sierras del estado de Durango.

Tanto las memorias de Villa como los corridos y la leyenda negra transmitida por sus enemigos coinciden en resaltar el vertiginoso

ascenso del joven Arango durante sus primeros años como bandido. Primero en solitario y luego como parte de la banda de Ignacio Parra, Arango habría alcanzado una temprana notoriedad como salteador de caminos en Durango, provocando que la policía rural del estado lo persiguiera tenazmente. El propio Villa relata en sus memorias como habría sido apresado en varias ocasiones por los rurales, logrando siempre escapar gracias a su ingenio y audacia. También se jacta de haber reunido grandes cantidades de dinero, resultado de sus lucrativas actividades criminales, que habría repartido entre su familia y los pobres de Durango, sentando las bases de su incorporación al imaginario colectivo como una especie de bandido generoso.

Sin embargo, las escasas referencias documentales disponibles apuntan más bien a que, por el contrario, el joven Arango mantuvo un perfil bastante bajo como forajido, especialmente tras abandonar la banda de Parra. Hasta noviembre de 1899 su nombre no aparece mencionado en los registros de las autoridades porfiristas de Durango y en enero de 1901 sería capturado por robar dos burros con una modesta carga. Como señala Friedrich Katz, sin duda, su principal biógrafo, se trataba de un delito poco relevante, del que se libró gracias al amparo de un juez corrupto a instancias de un cacique local, al que Villa vendía el ganado robado. Esta era probablemente su principal actividad ilegal, aunque ocasionalmente pudiera dedicarse también a desvalijar a viajeros solitarios o a asaltar ranchos aislados. Detenido nuevamente tres meses más tarde por robar dos rifles a un viajero, Arango fue obligado a incorporarse al ejército mexicano en calidad de recluta. Esta era una práctica habitual de las autoridades mexicanas con delincuentes de poca monta, que explica la baja eficacia de una tropa formada en su mayor parte por conscriptos forzados. Su tránsito forzoso por el ejército debió resultar seguramente valioso para Villa, que desertaría en marzo de 1902.

Tras su deserción, el joven Arango escapó al sur de Chihuahua y se estableció en la ciudad de Parral, donde trabajó un tiempo como albañil. Poco después, se vería obligado a huir de nuevo ante el temor a ser descubierto por las autoridades. Sería en este momento cuando cambiaría su nombre por el de Francisco Villa a fin de eludir su búsqueda como desertor del ejército mexicano. Para

algunos autores, Arango eligió este seudónimo porque había sido el de un famoso bandido de Zacatecas. El hecho de que sus hermanos también acabaran cambiándose el apellido parece avalar, sin embargo, la versión del propio Villa, que afirmaba haber elegido el apellido de su abuelo paterno, un comerciante acomodado llamado Jesús Villa que nunca reconoció a su padre como hijo legítimo. De ser cierto, este relato explicaría en parte el temprano resentimiento social que acompañaría al futuro revolucionario durante toda su vida.

Tanto Villa como sus enemigos sostienen que entre 1903 y 1910 protagonizó una frenética carrera criminal como asaltante y homicida en Chihuahua, donde sería perseguido continuamente por la policía rural que habría puesto precio a su cabeza. Los escasos datos disponibles indican, no obstante, que más que al bandolerismo se dedicó probablemente durante esta etapa al robo de ganado, una actividad que contaba con un cierto grado de tolerancia social en Chihuahua, donde cientos de miles de cabezas de ganado pastaban libremente en las inmensas haciendas del clan Terrazas-Creel, sumamente impopular por sus continuos ataques contra las tierras comunales de los pueblos chihuahuenses. Sería en este momento cuando se asociaría para robar ganado con Tomás Urbina y otros abigeos, como Eleuterio Soto, Sabás Baca, Abelardo Prieto o Pablo López, que se convertirían después en algunos de sus principales lugartenientes ya durante su etapa como revolucionario. El abigeato permitió a Villa crear una amplia red de cómplices, integrada por rancheros, tratantes de ganado, propietarios de curtidurías y carniceros de todo el estado, a los que vendía el ganado robado o la carne seca y el cuero de las reses. Esta red le sería posteriormente de gran utilidad. De hecho, el propio Villa trató, sin éxito, de abrir su propia carnicería en la capital del estado, lo que no logró ante la imposibilidad de sacrificar el ganado robado en el matadero de esta ciudad, administrado por los Terrazas, principales, aunque no únicos, damnificados de sus actividades.

Villa compaginaría el abigeato con trabajos legales, como conductor de recuas de mulas, a menudo, para el transporte de plata de diversas compañías mineras estadounidenses. Una actividad sorprendente para un forajido. Estos contactos contribuyeron

probablemente a protegerlo de unas autoridades poco interesadas en perseguir las ocasionales muertes que probablemente provocaba su banda en el curso de sus actividades ilegales. Ello explicaría que cuando fue detenido por una falta menor en junio de 1910, en la pequeña población de Madera, fuera puesto en libertad a las pocas horas y que incluso presentara una queja al jefe político del distrito de Guerrero por el trato recibido. Esto demuestra que las autoridades chihuahuenses ni perseguían a Villa antes del verano de 1910 ni, mucho menos, habían puesto un precio a su cabeza. Por lo tanto —como indica Katz—, ni Villa era por entonces el trasunto mexicano de Robin Hood, ídolo de los peones y terror de los hacendados, que parecen reflejar los corridos populares y sus propias memorias, ni tampoco el feroz asesino buscado incesantemente por las autoridades, como sostiene su leyenda negra.

Poco después, un juez del distrito de Hidalgo giraría una orden de detención contra Villa por la venta, bajo un nombre ficticio, de 28 cabezas de ganado robadas a la viuda de un ranchero. Descubierta su tapadera, Villa se convirtió desde entonces en un proscrito, aunque no parece que las autoridades realizaran un esfuerzo especial para capturarlo. Esta situación cambiaría radicalmente pocos meses después, cuando el bandido se incorporó a las filas de la revolución que estaba gestándose.

Vientos de revolución

Las actividades de Villa como forajido coincidieron en el tiempo con la crisis del régimen porfirista que desembocaría en el inicio de la Revolución mexicana. A lo largo de más de tres décadas, el porfiriato (1876-1911) había logrado pacificar en gran medida el país, poniendo fin a la inestabilidad política que había marcado las primeras décadas de vida independiente. Para ello, el gobierno personal del general Porfirio Díaz —interrumpido solo entre 1880-1884 por la presidencia del general Manuel González— logró extender su control al conjunto del país, acabando en gran medida con la autonomía de las élites regionales mediante la imposición de gobernadores y legislaturas enteramente afines al presidente y la creación una red de jefes políticos, elegidos directamente por el Gobierno, que constituían la verdadera columna vertebral del régimen. El final de los pronunciamientos militares y la represión de los levantamientos campesinos fueron acompañados por una notable reducción del bandolerismo endémico gracias a la acción del Cuerpo de Policía Montada Rural, los famosos "Rurales", y a la aplicación sumaria de la Ley contra Plagiarios y Ladrones, más conocida como "ley de fugas". El Ejército Federal jugó un papel importante a la hora de garantizar el control de la totalidad del país por el Gobierno federal que, gracias a la extensión del ferrocarril a la totalidad del territorio, podía ahora enviar tropas con rapidez a cualquier punto donde fueran necesarias.

La pacificación estuvo ligada a un proyecto de modernización y desarrollo económico que permitió vincular a México con los mercados internacionales al convertirlo en un gran exportador de productos agrícolas y mineros, a la par que tenía lugar la creación de un mercado interior consolidado y el inicio de un proceso de industrialización promovido desde el poder por las exenciones fiscales concedidas a las industrias de nueva creación. El incipiente desarrollo industrial se centró especialmente en la industria textil, azucarera, envasadora y tabaquera, para extenderse en la primera

década del siglo XX a la industria hidroeléctrica y petrolera.

El proyecto modernizador porfirista fue posible por la apertura de México a las inversiones estadounidenses y europeas, que afluyeron al país en grandes cantidades atraídas por los cuantiosos beneficios obtenidos por la explotación de las riquezas naturales de México y el nuevo clima de seguridad jurídica. La extensión de la red ferroviaria resultó igualmente clave. Si a comienzos del porfiriato México contaba con apenas 640 kilómetros de vías férreas, en 1910 una densa red de más de 20.000 kilómetros conectaba la capital con los principales núcleos urbanos. La extensión de la red telegráfica fue igualmente vertiginosa y hacia 1910 el país tenía 70.000 kilómetros de tendido telegráfico, lo que representaba una mejora considerable tanto para las transacciones comerciales como para el control de las autoridades federales sobre la totalidad del territorio.

Este desarrollo económico no alcanzó, sin embargo, a la mayor parte de la población y, por el contrario, acentuó las enormes desigualdades existentes al beneficiar a determinados grupos sociales y concentrarse solo en algunas regiones del país. La alta burguesía empresarial, financiera y comercial, en parte de origen extranjero, se enriqueció enormemente y desplegó un estilo de vida ostentoso en los principales centros urbanos. También se vieron beneficiados los altos funcionarios, intermediarios entre el Estado y el capital extranjero, y los más de 6.000 hacendados que hacia 1900 poseían fincas de una extensión superior a 1.000 hectáreas. La acción de las compañías deslindadoras, creadas por el Gobierno para repartir y explotar las tierras baldías, especialmente en el norte, favoreció la concentración de la propiedad de la tierra, al permitir el crecimiento de las haciendas a costa de las tierras comunales y los derechos tradicionales de agua o pasto disfrutados anteriormente por las comunidades agrarias.

La prosperidad alcanzó también, si bien en menor medida, a las clases medias, cuyo número se incrementó considerablemente al calor del desarrollo económico y del proceso de modernización. La cúspide estaba constituida por profesionales —abogados, médicos, veterinarios, ingenieros o profesores universitarios—, egresados de las universidades y escuelas técnicas impulsadas por las políticas positivistas del grupo de tecnócratas que asesoraba a Díaz, conocido

genéricamente como los “científicos”. El más de medio millón de pequeños y medianos propietarios rurales que constituían la espina vertebral de las capas medias de la sociedad también se benefició del desarrollo económico y de la seguridad llevada al campo por el porfiriato. Menos fortuna tuvieron, sin embargo, los empleados públicos y privados de menor rango, así como los técnicos, artesanos, maestros y pequeños comerciantes que constituían la base de esta incipiente clase media, cuyas condiciones de vida eran a menudo precarias.

El proceso de desarrollo económico excluyó por completo de sus beneficios al proletariado surgido del crecimiento de la minería y del proceso de industrialización. La estrecha alianza del régimen porfirista con los empresarios facilitó la explotación de los más de 700.000 obreros y mineros, cuyas condiciones de vida se caracterizaban en general por una gran dureza. Peor aún era la situación de los campesinos comuneros, que practicaban una agricultura de autoconsumo y que tenían que enfrentarse a la presión cada vez más fuerte de las haciendas sobre sus tierras y recursos, así como la de los peones —libres o acasillados— sometidos a un régimen inmisericorde de explotación y de servidumbre por deudas. Entre ambos grupos sumaban cerca de 12 millones de personas que constituían la base de la pirámide social. Sus condiciones de vida, si bien variaban considerablemente de unas regiones a otras, apenas superaban los niveles de subsistencia. Formaban la mayor parte de los más de 15 millones de habitantes con que contaba México en 1910 y eran la base de la prosperidad porfiriana, aunque apenas se beneficiaban de ella. Serían el caldo de cultivo de la revolución.

El edificio porfirista comenzó a tambalearse a partir de los primeros años del siglo XX a causa del descontento de amplios sectores de las clases medias ante la falta de libertades y de mecanismos de ascenso social y las crecientes tensiones sociales producidas por un modelo de desarrollo que solo beneficiaba a una pequeña parte de la población. La negativa del dictador a retirarse, pese a su avanzada edad, provocó el surgimiento de una incipiente oposición política a partir de 1902. La creciente presión interna llevaría a Díaz a anunciar su intención de no presentarse a la reelección en el curso de una célebre entrevista concedida al periodista estadounidense

James Creelman en 1908. Estas declaraciones provocaron un clima de efervescencia política que dividió a las clases altas del país en dos grupos que se disputaban la sucesión presidencial. El primero estaba constituido por los "científicos", estrechamente vinculados a la oligarquía financiera del país, que impulsaban la candidatura del vicepresidente Ramón Corral. El otro estaba conformado por parte de las élites norteñas, agrupadas en torno al Partido Democrático, que trató de impulsar la candidatura del popular ministro de la Guerra, el general Bernardo Reyes, que pronto pasó a encarnar las esperanzas de cambio político abrigadas por amplios sectores de las clases medias.

Estas se verían frustradas por la decisión de Díaz de desactivar políticamente a Reyes, a quien envió a un exilio dorado en Europa, para presentarse finalmente a la reelección. Ello provocaría el surgimiento de una oposición real al régimen porfirista con la fundación en mayo de 1909 del Partido Nacional Antirreeleccionista, creado por Francisco Ignacio Madero, un joven e idealista abogado perteneciente a una prominente familia de hacendados de Coahuila. La creciente popularidad adquirida por Madero en el curso de una activa campaña electoral que lo llevó a recorrer gran parte del país indujo a Díaz a poner fin a la farsa encarcelando al candidato opositor y procediendo a reelegirse fraudulentamente. Las multitudinarias celebraciones del Centenario de la Independencia de México en septiembre de 1910 transmitieron al mundo una falsa sensación de la fortaleza del régimen porfirista, al tiempo que acentuaban la autocomplacencia del dictador y de sus partidarios.

Ello facilitó la liberación de Madero, que inmediatamente huyó a San Antonio, Texas, donde redactó el Plan de San Luis, por el que llamaba a sus compatriotas a no reconocer a Díaz. El manifiesto defendía la necesidad de democratizar el régimen, proclamaba el principio de no reelección y —lo que a la postre resultaría más importante— manifestaba su intención de restituir a las comunidades rurales las tierras arrebatadas por la Ley de Terrenos Baldíos. Para poder llevar a cabo todo esto, el Plan de San Luis exhortaba a los mexicanos a levantarse en masa contra el dictador el 20 de noviembre.

El régimen porfirista, que estaba perfectamente al tanto de los movimientos de las células antirreeleccionistas, pudo desactivar fácilmente los conatos de revolución que tuvieron lugar en algunas ciudades del país. Solo en Chihuahua el Plan de San Luis provocó el estallido de un masivo levantamiento popular contra el dictador. Existe un interesante debate historiográfico en torno a las razones que llevaron a gran parte de la población chihuahuense a rebelarse contra las autoridades porfiristas. Todos los autores coinciden, sin embargo, en señalar la especial situación de este estado en vísperas de la Revolución mexicana.

Hasta la década de 1880, Chihuahua era uno de los estados más pobres y despoblados del país debido fundamentalmente a las incursiones apaches. La presencia del Estado en la zona estuvo basada en la creación de colonias militares, constituidas por campesinos armados y organizados comunalmente, que recibieron grandes extensiones de tierra a cambio de sostener el esfuerzo de la lucha contra los apaches, en alianza con los pocos hacendados que había en el estado.

El final de las guerras indias supuso un vertiginoso crecimiento de la minería, la ganadería extensiva y el cultivo de cereales gracias a las masivas inversiones estadounidenses. Sin embargo, también facilitó el crecimiento de las haciendas a expensas de las tierras y derechos de agua y pasto de las antiguas colonias militares convertidas en pueblos. La legislación sobre tierras baldías acentuó la concentración de la propiedad de la tierra y el despojo de las tierras comunales y de los pastos que tradicionalmente habían utilizado los habitantes de los pueblos de Chihuahua. Este proceso daría lugar a la creación de enormes latifundios. Los principales estaban en manos de Luis Terrazas y de su yerno, Enrique Creel, cuyas 11 haciendas contaban con más de dos millones de hectáreas. Esta situación dio lugar a varios levantamientos populares ya durante la década de 1890, que fueron duramente reprimidos. La arbitrariedad con que el clan Terrazas-Creel gobernó Chihuahua durante la primera década del siglo XX incrementó el resentimiento de sectores sociales heterogéneos en contra de sus numerosos abusos. El especial impacto de la crisis económica de 1907-1910 en Chihuahua, que provocó cierres de minas, el regreso de miles de emigrantes desde Estados Unidos y un alza generalizada del precio

de los alimentos, acabó por amalgamar una gran parte de los grupos sociales chihuahuenses en contra de la oligarquía dirigente representada por los Terrazas. El manifiesto de San Luis sería el catalizador que terminaría por desatar la revuelta.

Capítulo 2

Villa y la revolución maderista

De forajido a revolucionario

No conocemos las razones que llevaron a Villa a incorporarse al naciente movimiento revolucionario. Probablemente simpatizaba con sus fines y deseaba vengarse de las autoridades porfiristas o quizás vio en este una forma de revertir su situación de proscrito, agravada tras el asesinato, a principios de octubre, de un antiguo compinche que se había convertido en confidente de la policía. Fueran cuales fuesen sus motivaciones, Villa aceptó la invitación del dirigente del comité estatal antirreeleccionista de Chihuahua, Abraham González, para incorporarse a la revolución. Silvestre Terrazas, que describió muy gráficamente su primer encuentro, asegura que nunca se habían visto antes, lo que explicaría la tensión de Villa, que apuntó con su revolver a González cuando este encendió una lámpara, al pensar que se trataba de una encerrona. Katz cree, por el contrario, que es muy posible que González, un antiguo criador y exportador de ganado, hubiera conocido con anterioridad a Villa y de ahí que lo invitara a unirse al movimiento revolucionario en ciernes, ya que, a diferencia de otros líderes revolucionarios regionales, como Pascual Orozco, Toribio Ortega, Calixto Contreras u Orestes Pereyra, Villa no era un dirigente político o un líder campesino. Al igual que otros forajidos que se unieron tempranamente al movimiento revolucionario, su principal valor para la dirigencia maderista radicaba en contar con un hombre de acción, cuya experiencia y conocimiento del terreno podían ser sumamente valiosas para la guerra de guerrillas que los revolucionarios pensaban emprender. Seguramente, no esperaban que alguien de tan bajo origen social, semianalfabeto y con una acreditada reputación de bandido pudiera alcanzar una posición de liderazgo dentro del movimiento revolucionario. En los meses siguientes, Villa se encargaría de demostrarles lo contrario.

El levantamiento dio lugar casi simultáneamente a varios focos guerrilleros. El más importante se creó en el montañoso distrito de Guerrero, situado en la Sierra Madre Occidental, y fue encabezado por Pascual Orozco, un antiguo comerciante y arriero, dedicado al transporte de plata para las compañías mineras estadounidenses,

que se había convertido en uno de los principales opositores al clan Terrazas-Creel. Un segundo contingente, dirigido por Cástulo Herrera, se reunió en la Sierra Azul para amenazar desde allí los alrededores de la capital. Los hermanos Francisco y Andrés Portillo se levantaron en la región de Aldama y Satevó, en el centro-sur de Chihuahua. Guillermo Baca —sustituido luego por Maclovio Herrera— trató sin éxito de apoderarse de Parral, en el sur del estado, y Toribio Ortega y José de la Cruz Sánchez se alzaron en los distritos de Ojinaga y Coyame, en las desérticas llanuras del noreste. Ortega fue el primero en alzarse el 14 de noviembre con varias decenas de hombres en el pueblo de Cuchillo Parado. La revolución se extendió con rapidez entre noviembre y diciembre por la totalidad de Chihuahua. No solo de la mano de los dirigentes regionales maderistas, ya que también se unieron a la misma los seguidores socialistas de los hermanos Flores Magón, especialmente numerosos en el noroccidente del estado, que no reconocían el liderazgo de Madero.

Villa reclutó a una decena de hombres entre sus antiguos compañeros de correrías y tras asaltar una hacienda para conseguir dinero, armas y caballos, se unió en la Sierra Azul al contingente comandado por Cástulo Herrera, donde se le asignó el mando de una compañía de 30 hombres. Su habilidad como guerrillero se puso de manifiesto por primera vez el 21 de noviembre, cuando los revolucionarios emboscaron en San Andrés un destacamento federal que se dirigía en tren a Ciudad Guerrero, poniéndolo en fuga tras matar a su comandante. Este éxito provocó que cientos de voluntarios de los pueblos cercanos se unieran a los revolucionarios, lo que incrementó su número a más de 500 hombres.

La energía y las dotes de mando de Villa contrastaron pronto con la pasividad de Herrera, por lo que poco a poco el liderazgo del grupo fue pasando a sus manos. Ello suscitaría crecientes fricciones entre ambos líderes, especialmente a raíz de que Herrera se negara a acudir con el grueso de sus fuerzas en ayuda de Villa, que con 50 hombres se había topado en las cercanías de la capital con una columna de 700 federales a los que logró mantener a raya durante más de una hora antes de retirarse herido a la Sierra Azul con los supervivientes.

Desde allí, Villa se desplazaría a principios de diciembre hasta Ciudad Guerrero, capital del montañoso distrito del mismo nombre, que había sido tomada por Orozco, donde una junta de jefes revolucionarios sancionó el liderazgo de este, reconocido por el propio Villa. La dirigencia revolucionaria acordó también enviar a Herrera a Texas para ayudar a Madero a cruzar la frontera. Ello colocó a Villa al frente de una partida de 400 hombres. Tras participar en diversos enfrentamientos con las fuerzas federales en el distrito de Guerrero, Villa se separó de Orozco para regresar a San Andrés, donde a mediados de diciembre fue sorprendido por un destacamento federal que desbandó a sus fuerzas, obligándolas a refugiarse en las montañas cercanas. Esta derrota no impidió que en pocas semanas Villa contara de nuevo con varios cientos de hombres a sus órdenes, a los que equipó gracias al botín obtenido al ocupar la próspera hacienda de Santa Gertrudis y la mina de Naica. Esta capacidad de Villa para obtener recursos con los que recompensar a sus seguidores, a quienes dotaba también de caballos, equipo y armas, explica en parte su poder de atracción sobre las masas populares. Su habilidad como jinete y tirador, pero sobre todo su valentía, también contribuyeron a afianzar su mando entre hombres rudos que apreciaban especialmente el valor personal mostrado por su líder. El liderazgo de Villa se veía además reforzado por la relación personal que establecía con sus soldados, mostrando una genuina preocupación por sus necesidades. Como contrapartida, y al margen de algunos episodios de pillaje que tuvieron lugar durante las primeras semanas de la revolución, Villa impuso una disciplina estricta a sus tropas, castigando con el fusilamiento a cualquiera que no siguiera sus órdenes. Ello le permitió contar pronto con una fuerza disciplinada de más de 700 jinetes, solo inferior al principal contingente revolucionario comandado por Orozco. Con ellos trataría infructuosamente de tomar Ciudad Camargo y Valle de Zaragoza en febrero de 1911. Estos fracasos no le arredraron y, pocos días después, estuvo a punto de ser apresado, cuando temerariamente se introdujo en Parral para inspeccionar personalmente las defensas de esta importante ciudad del sur de Chihuahua.

El Gobierno porfirista parecía dispuesto entretanto a aplastar de raíz el levantamiento. Con este fin, envió a más de 5.000 soldados a Chihuahua, al tiempo que trataba de involucrar en la represión de

la revuelta a los Terrazas y a los restantes hacendados del estado, muchos de los cuales estaban vinculados con los primeros por matrimonio o negocios. Para sellar la alianza, Díaz nombró gobernador a Alberto Terrazas, hijo del viejo cacique chihuahuense. En un primer momento, los esfuerzos del Gobierno parecieron dar resultado. Las fuerzas federales recuperaron Ciudad Guerrero y San Andrés y el 12 de diciembre una columna de 1.200 soldados federales provistos de artillería de montaña y comandados por el general Juan J. Navarro derrotó en Cerro Prieto a las fuerzas combinadas de Orozco y Villa, pese a que estas contaban con más de 1.500 hombres. En enero, la guarnición de la ciudad fronteriza de Ojinaga rechazó los sucesivos intentos de Ortega y Sánchez para hacerse con esta ciudad fronteriza, lo que habría permitido a los revolucionarios contar con una base para abastecerse directamente en la frontera de armas y municiones.

Sin embargo, la Administración porfirista comenzó a colapsar cuando las autoridades locales, apoyadas tan solo por pequeños contingentes de rurales, se mostraron impotentes para contener la insurrección y empezaron a huir a la capital del estado, mientras que la mayoría de los hacendados se negaba a armar a sus peones y permitía que los revolucionarios se surtieran libremente en sus haciendas de víveres, caballos e incluso armas y dinero, por temor a convertirse ellos mismos en el blanco de la revuelta, dejando a los Terrazas abandonados a su suerte. Díaz respondió sustituyendo a Alberto Terrazas por Miguel Ahumada, en febrero de 1911, un antiguo gobernador opuesto al clan Terrazas-Creel que trató de negociar con los dirigentes locales chihuahuenses para apartarlos del maderismo. El fracaso de esta intentona dejó al Ejército Federal como única barrera para contener la rebelión.

Para entonces, la revolución había comenzado a extenderse a otras zonas del país, espoleada por la incapacidad del Ejército Federal para poner fin al levantamiento en Chihuahua. El problema de Díaz radicaba precisamente en la ineficacia de un ejército compuesto mayoritariamente por conscriptos reclutados a la fuerza, escasamente entrenados y a menudo más predispuestos a desertar que a combatir. La oficialidad, por su parte, contaba con numerosos oficiales eficientes, pero también con un buen número de mandos corruptos, que inflaban la nómina de los destacamentos a su cargo.

Muchos de los generales eran además demasiado viejos, como uno de los principales comandantes federales en Chihuahua, el general Navarro, quien pese a su valor había luchado con Díaz contra los franceses en la guerra de Intervención. Finalmente, el Ejército Federal contaba solamente con alrededor de 30.000 hombres, un número que resultaba insuficiente para hacer frente simultáneamente a varios levantamientos en distintas partes del país, que es lo que de hecho comenzó a suceder a partir de marzo, lo que impidió a Díaz poder concentrar alguna vez a más de 10.000 soldados en Chihuahua.

No resulta sorprendente que el Ejército Federal no estuviera preparado para sostener la guerra de guerrillas planteada por los revolucionarios, que contaban con las simpatías de la población y podían desaparecer en las montañas y desiertos chihuahuenses para reaparecer en otro punto sin apenas ser inquietados. La cercanía de la frontera les servía además para contrabandear armas y municiones en Estados Unidos ante la complacencia de las autoridades de ese país. Muy pronto el Ejército Federal fue incapaz de continuar la ofensiva contra las regiones montañosas del oeste del Chihuahua, verdadero epicentro de la rebelión, dejando los distritos de Guerrero y Galeana en manos de los revolucionarios. Las fuerzas federales se vieron limitadas desde entonces a guarnecer las principales ciudades y a patrullar las vías del tren, incapaces siquiera de evitar que las partidas revolucionarias interrumpieran continuamente las comunicaciones ferroviarias y telegráficas.

Madero cruzó la frontera el 14 de febrero con un centenar de exiliados y de voluntarios estadounidenses, entre los que se encontraban algunos aventureros pintorescos, como el exgeneral bóer Benjamin J. Viljoen y Giuseppe Garibaldi, nieto del revolucionario homónimo. En las semanas siguientes se unieron a ellos medio millar de hombres, con los que el 6 de marzo intentó tomar Casas Grandes, donde fue derrotado por la guarnición federal. Madero, que demostró un gran valor personal durante el asalto, se retiró entonces hacia el sur, estableciendo su cuartel general en la hacienda de Bustillos, propiedad del rico hacendado Pedro Zuloaga que la había puesto a su disposición. Allí irían convergiendo durante las siguientes semanas las distintas gavillas revolucionarias. Los principales contingentes eran los comandados

por Orozco y por el propio Villa, quien en marzo había conseguido su primera victoria al emboscar a un destacamento federal, lo que le permitió apoderarse de más de un centenar de fusiles y abundante equipo. Su llegada aumentó el número de las fuerzas revolucionarias concentradas en Bustillos a 2.500 hombres.

La ambivalente relación establecida entre Villa y Madero ha suscitado un gran interés. La mayoría de los historiadores —y el propio Villa en sus memorias— han resaltado la abierta admiración que este sentía por el presidente provisional, al que habría profesado una lealtad casi perruna, que explicaría la reacción del Centauro del Norte tras su asesinato en 1913. Madero, por su parte, habría manifestado una actitud más ambigua hacia Villa, en la que se entremezclarían la simpatía y los recelos de clase hacia el antiguo bandido. Es indudable que Villa sintió una clara admiración por el pequeño y valeroso hacendado coahuilense y que este correspondió con agradecimiento a los servicios de Villa. No obstante, la relación entre ambos estuvo condicionada desde el principio por el pragmatismo.

Para Madero, Villa era un importante activo, tanto por su capacidad para inspirar a cientos de hombres a seguirlo en un momento en que la revolución se jugaba su éxito o fracaso como porque era el único caudillo revolucionario capaz de constituir un verdadero contrapeso a Orozco, por entonces el líder militar indiscutible de los revolucionarios chihuahuenses. De ahí que Madero utilizara esa rivalidad y otorgara a Villa un grado militar —primero, de mayor; luego, de coronel—, aunque siempre por debajo del de Orozco, y lo usara para reforzar su autoridad sobre los restantes caudillos revolucionarios cuando aquellos se mostraban reticentes a seguir sus órdenes, como sucedió a mediados de abril en Casas Grandes. Villa, por su parte, vio en la actitud franca y honesta del presidente provisional la garantía del cumplimiento de las promesas realizadas por Abraham González para sumarlo a la revolución.

Paradójicamente, pese a su derrota en Casas Grandes, la noticia de que Madero se encontraba en México multiplicó los levantamientos en otras partes del país. En el norte, la insurrección se extendió a Durango, Coahuila y Zacatecas, mientras se recrudecía en Sonora y Sinaloa alimentada por la rebelión de los indios mayo. En el centro

y sur de México, los zapatistas se adhirieron el 11 de marzo al Plan de San Luis e incendiaron el estado de Morelos al grito de “Abajo las haciendas y vivan los pueblos”. La revolución prendió también con rapidez en Tlaxcala, Guerrero y la Huasteca potosina. Esta situación impidió al Gobierno mexicano enviar refuerzos a Chihuahua y, de hecho, obligó a desplazar a parte de los destacamentos federales situados en este estado a otros lugares para tratar de apagar los nuevos focos revolucionarios que iban surgiendo en casi todo el país. La creciente desconfianza de la Administración estadounidense hacia la capacidad de Díaz para sofocar la revuelta, reflejada en la decisión del presidente William H. Taft de desplegar en marzo a 20.000 soldados en la frontera mexicana, contribuyó a erosionar aún más la posición del régimen porfirista.

Todo ello condujo a la dirigencia maderista a considerar que era el momento de tomar la ofensiva y atacar a las fuerzas federales atrincheradas en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez, por la que pasaba el grueso del tráfico comercial entre México y Estados Unidos. Su captura permitiría a los revolucionarios acceder a importantes recursos y podría llevar a Washington a concederles el estatus de beligerantes, pero sobre todo constituiría un duro golpe para el prestigio del debilitado régimen porfirista, que quizás serviría para precipitar la caída de Díaz. El 12 de abril, las fuerzas revolucionarias llegaban en ferrocarril a Casas Grandes. En esta ciudad fueron reforzados por una columna magonista procedente de Galeana. Las desavenencias entre maderistas y magonistas estallarían poco después, cuando estos últimos desafiaron el liderazgo de Madero por desacuerdos relativos al reparto de los bienes confiscados a los comerciantes locales. La negativa de Orozco a actuar contra sus antiguos aliados condujo al presidente provisional a ordenar a Villa que desarmara a los magonistas sin derramar sangre. Villa logró cumplir la orden mediante una brillante treta, contribuyendo indirectamente a afirmar el liderazgo de Madero dentro de las filas revolucionarias.

El 19 de abril, el ejército revolucionario inició el sitio de la plaza fronteriza de Ciudad Juárez, guarnecida por 900 soldados federales desmoralizados comandados por el general Navarro. La incapacidad del Gobierno federal para enviar refuerzos a Chihuahua obligó a un

desesperado Díaz a ofrecer a los rebeldes la apertura de negociaciones y acceder a su demanda de democratizar el régimen político mediante la celebración de elecciones libres y la aceptación del principio de no reelección. Se trataba de un obvio intento de cooptar a los revolucionarios tras fracasar los intentos para vencerlos militarmente. Madero era consciente de ello, pero se enfrentaba a un doble dilema. Por una parte, las propuestas del Gobierno satisfacían las aspiraciones de las clases medias a las que había ido dirigida inicialmente la revolución, pero no respondían a las esperanzas de reforma social despertadas entre los campesinos por el movimiento revolucionario. Por otra, Madero temía acabar siendo desbordado por las demandas sociales de sus bases campesinas que eran las que, sin embargo, soportaban el movimiento revolucionario, como estaba sucediendo sobre todo en el centro y en el sur del país. Ello lo llevó a aceptar un armisticio y entablar negociaciones, las cuales culminaron el 22 de abril con un principio de acuerdo entre Madero y los representantes del secretario de Hacienda, José Yves Limantour, a quien Díaz había confiado la dirección de las conversaciones. El acuerdo no incluía explícitamente la renuncia inmediata del dictador, lo que fracturó al Partido Antirreeleccionista y obligó a Madero a rectificar y reanudar las hostilidades el 7 de mayo.

El presidente provisional se negó, sin embargo, a atacar Ciudad Juárez ante el temor a suscitar una intervención estadounidense debido a las víctimas que una acción de este tipo podría provocar en la ciudad gemela de El Paso, al otro lado de la frontera. En este momento, los jefes militares, que habían seguido con enorme reticencia el desarrollo de las negociaciones, se insubordinaron abiertamente bajo el liderazgo de Orozco y Villa. Sin autorización de Madero, lanzaron a sus tropas contra la plaza fronteriza, atacándola por dos lados a lo largo del Río Grande, que la separaba de El Paso, a fin de minimizar al máximo el número de heridos entre los numerosos espectadores estadounidenses que se agolpaban para presenciar la batalla desde el otro lado de la frontera como si se tratara de un espectáculo. La guarnición resistió con fiereza, pero el 10 de mayo se vio finalmente obligada a capitular.

Tras la caída de Ciudad Juárez, la tensión entre Madero y sus jefes militares se incrementó aún más a raíz de que el presidente

provisional nombrara a su gabinete interino y designara como encargado de la Secretaría de la Guerra al hacendado y antiguo senador coahuilense Venustiano Carranza. Carranza, quien había respaldado la candidatura del general Reyes en 1908, solo se había incorporado a la revolución tras ver frustradas sus aspiraciones de alcanzar la gobernatura de Coahuila, que había desempeñado provisionalmente. Su designación para ocupar la cartera de Guerra irritó a Orozco, que como principal jefe militar revolucionario había esperado obtener ese cargo. Orozco logró convencer a Villa de la necesidad de obligar a Madero a entregarles al general Navarro para que fuera fusilado por haber hecho ejecutar a los prisioneros de Cerro Prieto. Villa, siempre dispuesto a satisfacer sus anhelos de venganza contra la élite porfirista, a la que culpaba de la miseria vivida en sus primeros años, accedió fácilmente. Su exasperación ante el inminente reinicio de las negociaciones con el derrotado Gobierno federal debió contribuir también a que tomara esta decisión.

El 13 de mayo, Villa acudió a la hora acordada al cuartel general maderista con un grupo de 50 jinetes dispuestos a desarmar a la escolta presidencial y arrestar al presidente si se negaba a entregarles a Navarro. Allí le esperaba Orozco. En el curso de una tensa entrevista, Madero se negó a reconsiderar el nombramiento de Carranza y a permitir que sus oficiales ejecutaran al general porfirista. Orozco intentó arrestarlo entonces, encañonándolo con un revolver, mientras Villa se dirigía hacia donde esperaban sus hombres para ordenarles que desarmaran a la escolta presidencial. La presencia de ánimo de Madero logró salvar la situación. Ignorando a Orozco, se dirigió valerosamente al exterior para arengar a los hombres de ambos caudillos, la mayoría de los cuales desconocían lo que estaba sucediendo, consiguiendo que estos le vitoreasen y haciendo que Orozco desistiese de seguir adelante con el motín y acabara estrechando la mano del presidente. La actitud de Orozco hizo que Villa, que quedó en posición desairada, se sintiera manipulado. De acuerdo con una versión recogida en sus memorias, la intención de Orozco habría sido desde un principio hacer que el propio Villa asesinase al presidente en un ataque de cólera, lo que hubiera permitido a Orozco matarlo a continuación para presentarse como vengador de Madero. Villa describe de este modo el confuso incidente:

Fue así como, sabiendo que el señor Madero se negaba terminantemente al fusilamiento de Navarro [Orozco] encendió mi cólera contra el prisionero, removiendo en el fondo de mi alma todos mis rencores y todas mis ansias de venganza. Fue así como, a fin de azuzarme y conociendo mi carácter arrebatado, tomó el pretexto del fusilamiento de Navarro para incendiar la cólera del señor Madero, y que al ver que yo desarmaba a su guardia me creyese el único instigador del pretendido fusilamiento; y al reprocharme mi proceder acremente, yo disparase contra el señor Madero en un momento de ceguedad y de locura[1].

Fuera cierta o no esta versión, el intento de amotinamiento aceleró la momentánea retirada de Villa a la vida civil. Probablemente, Madero ya había tomado la decisión de licenciarlo debido a su indisciplina y abierta oposición a cualquier acuerdo con el régimen porfirista. Su posición reflejaba la reluctancia de muchos revolucionarios a ser licenciados sin haber visto antes satisfechas las demandas que los habían llevado a levantarse. Según Villa, fue él mismo quien puso su cargo a disposición del presidente, avergonzado por su participación en el motín. Parece más probable que fuera el propio Madero el que aprovechara la situación para licenciar a Villa, a quien entregó 10.000 pesos como gratificación por sus servicios tras colocar a sus fuerzas bajo el mando de su hermano, Gustavo Madero.

El saqueo de Torreón y la terrible matanza de chinos perpetrada en esta ciudad por los revolucionarios aceleraron las negociaciones para llegar a un acuerdo que evitara la radicalización del movimiento revolucionario. El 21 de mayo, los tratados de Ciudad Juárez ponían fin a la guerra. Poco después, Díaz partía al exilio y era sustituido por un Gobierno provisional encabezado por el secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, cuya única misión era organizar unas elecciones libres en las que Madero contendería por la presidencia. Los acuerdos de Juárez dejaban intacto al aparato administrativo-militar del régimen porfirista, si bien establecían la retirada del Ejército Federal de Chihuahua, Sonora y Durango, donde sería reemplazado por

cuerpos paramilitares formados por antiguos revolucionarios. La desconfianza de Madero hacia Villa se refleja en el hecho de que no se le otorgara ningún cargo, mientras que Orozco recibía el mando de las tropas irregulares emplazadas en Chihuahua. La mayoría de las fuerzas revolucionarias fueron, sin embargo, desmovilizadas y desarmadas. Este error acabaría costándole la vida a Madero y desencadenaría un nuevo levantamiento popular mucho más violento.

La caída en desgracia de Villa

Tras su licenciamiento, Villa siguió oponiéndose a los tratados de Ciudad Juárez, convirtiéndose en portavoz de los revolucionarios descontentos con el acuerdo. Su resentimiento se vio incrementado por el escaso crédito recibido por sus acciones. Villa debió contemplar con creciente irritación como su figura quedaba opacada no solo por Orozco, quien finalmente había protagonizado los principales éxitos de las fuerzas revolucionarias, sino también por Garibaldi, al que Madero había nombrado general y que había adquirido una repentina notoriedad a raíz de que la prensa estadounidense le atribuyera erróneamente la dirección de la toma de Ciudad Juárez. Este rencor aumentó cuando Villa fue deportado por las autoridades estadounidenses de El Paso tras un incidente en un hotel de esta ciudad con Garibaldi.

Poco después de su licenciamiento, Villa se dirigió a San Andrés, donde se casaría con Luz Corral, a la que había conocido en la pequeña tienda de su madre tras ocupar este pueblo a finales de 1910. La pareja se trasladó en julio a la Ciudad de México, donde pasaría su luna de miel en el lujoso hotel Iturbide. En este primer viaje a la capital, Villa experimentaría el rechazo que siempre sintió por la gran metrópoli mexicana y sus enormes contrastes. Es dudoso que su matrimonio fuese legalmente válido, ya que parece que se había casado anteriormente con Petra Espinoza, a la que había raptado años atrás en Parral. Corral sería probablemente la más importante de las muchas mujeres que Villa tendría a lo largo de su vida.

El excoronel revolucionario se estableció con su esposa en una pequeña casa de la ciudad de Chihuahua, donde se convertiría en un próspero comerciante al abrir, con ayuda de sus hermanos, varias carnicerías que surtían de carne a buena parte de la capital del estado. Es dudoso que la recompensa que le había entregado el Gobierno bastara para sufragar su repentino imperio comercial, que

incluía además un rancho con varios cientos de reses y caballos, así como recuas de mulas que rentaba. Parece más probable que buena parte de su creciente prosperidad se debiera a la continuación encubierta del abigeato, como sostenían sus enemigos. De hecho, varios de sus hombres fueron detenidos por esta actividad, aunque ninguno confesó estar trabajando para Villa. Quizás la explicación radique en que, tras la revolución maderista, el robo de ganado de las grandes haciendas se había generalizado entre una parte de la población chihuahuense, especialmente si pertenecía a las grandes fincas de la familia Terrazas-Creel. Muchos de los antiguos revolucionarios, que se habían quedado sin medios de vida tras ser desmovilizados, se dedicaban abiertamente a esta actividad, reproduciendo la conducta que les había permitido subsistir durante el levantamiento.

Villa mantenía un estrecho contacto con muchos de sus antiguos seguidores y parece que en algunas ocasiones se convirtió en portavoz de las quejas de los antiguos revolucionarios por la lentitud con la que el Gobierno de Madero procedía a realizar el prometido reparto de tierras nacionales. Villa se desplazaría nuevamente a la Ciudad de México en agosto de 1911, consiguiendo que varias de las reclamaciones de sus hombres fueran atendidas. La muerte de tres de sus antiguos seguidores, que habían retornado al bandidaje, por orden del general José de la Luz Soto, comandante militar de Parral, y la detención por homicidio de su antiguo compinche Urbina, quien se había hecho cargo de un destacamento de 60 rurales en Ciudad Jiménez, lo llevaron sin embargo a enfrentarse con las autoridades. Al no conseguir que sus quejas fueran atendidas por Abraham González, que desempeñaba la gobernatura de Chihuahua, escribió al propio Madero y, en febrero de 1912, publicó un ambiguo manifiesto en El Correo de Chihuahua que hizo sospechar al Gobierno que pudiera estar preparando un nuevo levantamiento.

Madero se había hecho cargo de la presidencia en octubre de 1911, pero desde un principio su margen de maniobra fue muy limitado. La incapacidad del Gobierno para restablecer el orden social en el campo le acarreó pronto la hostilidad de la élite porfirista, cuyo control sobre el aparato estatal bloqueó los intentos de llevar a cabo un programa moderado de reformas sociales que aplacara al menos

el descontento campesino. Ello enfrentó al presidente, al mismo tiempo, a la creciente desilusión de las masas campesinas, que habían apoyado al movimiento revolucionario con la esperanza de que se repartieran las tierras de las haciendas. El retorno de los zapatistas a la lucha armada en Morelos, tras la proclamación del Plan de Ayala en noviembre de 1911, hizo aún más precaria la posición de Madero, que debía además afrontar la presión de los representantes extranjeros en defensa de las inversiones de sus nacionales en México y, en particular, del intrigante embajador estadounidense, Henry Lane Wilson, en torno al cual se reunieron muchos de los opositores al presidente.

Chihuahua, que había sido el epicentro de la revolución maderista, se convirtió ahora en uno de los principales focos de descontento. Las medidas de Madero favorecieron a sectores de las clases medias que pudieron acceder ahora a los cargos electivos locales, desplazando a los partidarios de la vieja oligarquía, y se vieron beneficiados por una descarga fiscal en detrimento de las grandes empresas. El nuevo régimen maderista benefició también a obreros y mineros que pudieron organizar sus primeros sindicatos y hacer uso del derecho de huelga. Sin embargo, la situación era muy distinta en el campo. La Administración maderista fue incapaz de cumplir su promesa de obligar a las haciendas a restituir las tierras y derechos de pasto que habían arrebatado a las comunidades rurales durante el porfiriato. El Gobierno federal tampoco dedicó fondos para el deslinde y reparto de terrenos nacionales o para la compra de algunas haciendas para ser parceladas y vendidas, como propuso el gobernador Abraham González, ni aprobó una legislación que permitiera suavizar las duras condiciones de vida de los peones en las haciendas. Con todo, la gota que hizo rebosar el vaso de la indignación popular fue la decisión de Madero de proteger a la familia Terrazas-Creel, que no solo conservó intactas sus inmensas propiedades, sino que consiguió que el Gobierno interviniera para sobreseer la causa abierta a Creel a raíz del fraudulento robo al Banco Minero Chihuahuense en 1908.

Las primeras revueltas estallaron en febrero de 1912, cuando los magonistas se rebelaron tras la negativa del Gobierno a expulsar a las colonias de mormones establecidas en el noroeste de Chihuahua sobre tierras reclamadas por varios pueblos. El 27 de febrero, la

guarnición de Ciudad Juárez se pronunció contra Madero, pero el levantamiento no cobró fuerza hasta que Orozco se unió el 2 de marzo a los sublevados. El prestigio del comandante de la Policía Rural de Chihuahua arrastró a la mayoría de los contingentes de tropas irregulares del estado. Orozco obtuvo además el apoyo encubierto de los hacendados chihuahuenses, que esperaban desgastar al Gobierno de Madero y conseguir que el Ejército Federal regresara a Chihuahua. Pronto, la mayor parte de Chihuahua estuvo en manos de los rebeldes.

El Gobierno respondió concentrando distintos contingentes militares en Torreón para formar la División Federal del Norte, al tiempo que solicitaba a los caudillos revolucionarios chihuahuenses que no habían seguido a Orozco que reclutaran nuevas fuerzas irregulares. Así lo hicieron los coroneles Torio Ortega y José de la Cruz Sánchez en el distrito de Ojinaga, el mayor Tomás Ornela en Camargo y el coronel Villa en los municipios de Satevó y Valle de Zaragoza.

Villa logró levantar rápidamente una partida de 500 hombres, pero no llegó a tiempo de impedir que Orozco se apoderara de la capital del estado y su posterior ataque contra esta fue rechazado por las fuerzas orozquistas, reforzadas por numerosos voluntarios que temían que los hombres de Villa saquearan la ciudad si llegaban a tomarla. Derrotado pocos días después en Boquilla del Conchos, la mayor parte de sus tropas desertó y el contingente villista quedó reducido a medio centenar de hombres. La momentánea derrota de Villa coincidió con la de las fuerzas federales enviadas apresuradamente a Chihuahua, lo que las obligó a replegarse nuevamente a Torreón. Ello facilitó la extensión del levantamiento orozquista a la comarca lagunera, una estratégica región situada entre Durango y Coahuila, donde numerosos exrevolucionarios se incorporaron después de que Orozco proclamara el 25 de mayo el denominado Plan de la Empacadora, que propugnaba una serie de reformas sociales y agraristas, incluida la expropiación de las tierras no cultivadas de las haciendas para su reparto a los campesinos.

La audacia de Villa le permitiría salvar la situación al lograr apoderarse por sorpresa a finales de marzo de la importante ciudad de Parral, en combinación con el mayor Maclovio Herrera, que sublevó a una parte de la guarnición. Este sorprendente triunfo

impidió a Orozco marchar inmediatamente hacia el sur sin recuperar antes esta importante plaza. Villa y Herrera lograron resistir hasta el 4 de abril el ataque de 2.500 orozquistas antes de abandonar la ciudad por la noche para reunirse al sur con las fuerzas federales.

Ello dio tiempo al Ejército Federal para recuperarse de su derrota. Entre mayo y junio, la División del Norte del Ejército Federal, dirigida por el general Victoriano Huerta tras el suicidio de su anterior comandante, avanzó lentamente hacia Chihuahua, derrotando en una serie de encuentros a las tropas orozquistas con la ayuda de las unidades irregulares comandadas por Villa, a quien Madero nombró general honorario. La colaboración de Villa con las tropas federales no fue fácil. La indisciplina de las fuerzas irregulares bajo su mando dio lugar a continuas fricciones. El caudillo tuvo que soportar además el desprecio y las continuas burlas de los oficiales federales, lo que contribuyó a alimentar su rencor. La antipatía mutua que desde un principio se profesaron Huerta y Villa se fue acentuando conforme se acumulaban en la comandancia numerosas quejas contra los hombres de Villa, a los que se acusaba de practicar el pillaje en las poblaciones y haciendas que iban siendo tomadas por el ejército. El primer choque directo entre ambos se suscitó cuando Huerta ordenó fusilar a Urbina por saquear la hacienda de Tlahualilo, propiedad de una empresa anglo-estadounidense, lo que suscitó las protestas del representante norteamericano. Villa, secundado por los jefes de las restantes unidades irregulares, logró evitar la ejecución, pero el incidente terminó por dañar irreversiblemente su relación con Huerta.

El propio Villa proporcionó el pretexto que el comandante federal estaba buscando para deshacerse del guerrillero duranguense. El 26 de mayo de 1912, Ciudad Jiménez fue ocupada sin combatir por la vanguardia del Ejército Federal, dirigida por el general Antonio Rábago, a la que acompañaban varios cientos de jinetes irregulares de Villa. Tras entrar en la ciudad, el Centauro del Norte ordenó realizar una requisa de caballos para reponer los perdidos en la campaña y aprovechó para apoderase de una yegua de raza perteneciente a la viuda de un comerciante polaco. Dos días más tarde, Huerta llegó a Ciudad Jiménez con el grueso de las tropas federales. Atendiendo la queja de la propietaria de la yegua, el

general en jefe ordenó que le fuera devuelta. Ello enfureció a Villa cuando regresó a la ciudad el 3 de junio, después de acompañar a Rábago a reconquistar Parral. El antiguo guerrillero se dirigió entonces al cuartel general, donde se quejó destempladamente ante Huerta, amenazando con separarse de las fuerzas federales para hacer la guerra por su cuenta a los orozquistas. Este comportamiento indignó al comandante federal que, tras marcharse Villa, ordenó que un destacamento rodeara durante la noche a sus hombres para desarmarlos. Estos dormían sin mostrar signos de amotinamiento, por lo que la orden no se verificó hasta la mañana siguiente. Cuando Villa regresó al cuartel general para solicitar telegráficamente a Madero que se le permitiera separarse del Ejército Federal, Huerta se negó a recibirlo y ordenó que fuera arrestado y fusilado inmediatamente por robo e insubordinación.

Aturdido, Villa apenas pudo reaccionar mientras era escoltado hasta un corral cercano, donde advirtió alarmado que ya lo esperaba formado un pelotón de fusilamiento. Casi todos los testimonios coinciden en que Villa se derrumbó por completo. El teniente coronel Guillermo Rubio Navarrete, poco sospechoso de antipatía hacia el guerrillero, relata que encontró a Villa "hincado y llorando, suplicando en voz alta que no se le fusilara, que se le permitiera ver al general Huerta. Estaba de rodillas, teniendo cogido de una pierna al coronel O'Horan"[2]. El propio Villa, que pasa casi de puntillas por este episodio en sus memorias, reconoce que "las lágrimas se me rodaban de los ojos, no sé si del sentimiento de verme tratado de aquella manera sin merecerlo, o quizás de cobardía, como me han gritado tanto mis enemigos"[3]. Su falta de entereza frente al pelotón de fusilamiento debió ser sumamente mortificante para un hombre que había demostrado su valor —y lo volvería a hacer— en múltiples ocasiones. Este episodio traumático sería continuo motivo de burla para sus enemigos en el futuro y quizás explique el hecho de que Villa se prodigara posteriormente en aplicar este castigo a sus enemigos, lo que llevó incluso a su colaborador Felipe Ángeles a hablar de una auténtica "monomanía" de Villa por los fusilamientos.

Villa sería salvado in extremis por el teniente coronel Rubio Navarrete, a quien Huerta había encargado previamente desarmar al contingente villista y que paralizó la ejecución mientras

convencía a su comandante de que no había indicios de que Villa estuviera planeando una rebelión. Fue secundado por Emilio y Raúl Madero, que en ese momento acompañaban al cuerpo de Ejército Federal. Huerta recapacitó y decidió enviar preso a Villa a la Ciudad de México para que fuera juzgado por la Secretaría de Guerra. En un telegrama a Madero, el futuro dictador le acusaba de graves cargos:

Este sujeto, que es un bandido de cuenta, ampliando el informe que he tenido el honor de dar a usted, ha hecho lo siguiente: robarse, según me informan en Parral, doscientos y tantos mil pesos; robarse cada 24 horas todo lo que tenía a su mano, y su mano estaba representada por 500 hombres [en el telegrama anterior mencionaba que eran 300] que tenía a sus órdenes. A mayor abundamiento, jamás quiso, como debe ser un soldado, someterse a las órdenes de este Cuartel General. Siempre aislado, siempre lejos de la División, como todo ladino y, últimamente, habiendo marchado a las órdenes del general Rábago a la ciudad de Parral, se segregó de dicha brigada y al amonestarlo yo por este hecho y por otros mil motivos de queja que tengo yo de él, fue en la noche a su cuartel y ordenó se armara su gente para desconocer y oponer resistencia a las órdenes de este Cuartel General[4].

Más allá de la veracidad o no de los primeros cargos, el último resultaba infundado, ya que Villa no había dado órdenes a sus hombres en ese sentido. Su detención puso fin a su carrera como jefe de irregulares en las filas del Ejército Federal. Profundamente humillado, Villa fue conducido en tren bajo escolta hasta la Ciudad de México, adonde llegó el 7 de junio. Para entonces, la historia de su frustrado fusilamiento se había difundido y lo esperaba un buen número de reporteros que trataron sin éxito de entrevistarlo. Si Villa pensaba que Madero intervendría para liberarlo, sus esperanzas se vieron pronto defraudadas. Tuvo que afrontar su proceso encerrado en una sombría celda de la penitenciaría del Distrito Federal, la vieja prisión de Lecumberri. Sometido a una campaña de descrédito por parte de la prensa conservadora, que desempolvó todas sus antiguas fechorías ficticias o reales, Villa negó

todos los cargos: las autoridades solo lograron probar finalmente que no había podido justificar los fondos de un préstamo forzoso impuesto a varios comerciantes y banqueros de Parral cuando sus fuerzas entraron en esta ciudad precediendo a las tropas federales del general Rábago. Los cargos de insubordinación eran más problemáticos, ya que remitían, a su vez, al problema de si las fuerzas irregulares estaban sometidas o no al fuero militar. Ello dilató el proceso.

Desesperado, Villa se dirigió repetidamente a González y a Madero en demanda de ayuda. Solo obtuvo el decidido respaldo del gobernador de Chihuahua, que solicitó infructuosamente su liberación al tribunal militar que lo juzgaba y al propio presidente. Madero decidió, en cambio, no intervenir debido, en parte, a las presiones de Huerta, pero también a la campaña de descrédito desplegada contra el presidente por la prensa conservadora, que lo acusaba de asociarse con connotados forajidos, como era el caso del procesado. El antiguo general honorario de irregulares escribió varias veces en tono lastimero a Madero, protestando su lealtad, recordando sus pasados servicios y solicitando ser enviado a combatir contra sus enemigos en Chihuahua o Morelos. Cuando sus ruegos fueron rechazados por el presidente, que tampoco accedió a concederle una audiencia, pidió sin éxito que se le exiliara en España.

Para entonces, las fuerzas federales habían derrotado decisivamente a los orozquistas el 4 de julio en Bachimba y un mes más tarde tomaban Ciudad Juárez. La captura de la última ciudad importante controlada por los rebeldes no puso fin sin embargo a la rebelión. Los orozquistas se dispersaron en pequeñas partidas para llevar a cabo una cruenta guerra de guerrillas en Chihuahua y Durango, sin que las fuerzas federales lograran erradicarlas, como sucedería cuatro años más tarde con el villismo. Ello sancionó la permanencia indefinida del Ejército Federal en Chihuahua en detrimento de las milicias locales de irregulares levantadas por González, que quedaron subordinadas al mando federal.

La derrota del orozquismo como fuerza organizada fue seguida por el fracaso en octubre del levantamiento contrarrevolucionario protagonizado por los seguidores de Félix Díaz en Veracruz. Era el

segundo intento de los partidarios del régimen porfirista para acabar con Madero tras la derrota, un año antes, de la intentona protagonizada por el general Reyes en Nuevo León. Este doble éxito se vería empañado, sin embargo, por la creciente dependencia del Gobierno de Madero del Ejército Federal. En este contexto, no resulta extraño que Madero no interviniera cuando el tribunal militar que juzgaba a Villa se negó a sobreseer su proceso. Este había aprovechado, entretanto, su estancia en prisión para terminar de aprender a leer y escribir rudimentariamente, ayudado por el zapatista Gildardo Magaña, que estaba encerrado igualmente en Lecumberri. La cárcel le permitió adquirir algunas nociones muy básicas acerca de la historia de México que lo ayudarían más tarde a construir su discurso de defensa de los oprimidos.

La desesperación del antiguo caudillo revolucionario ante la decisión de Madero de abandonarlo a su suerte lo llevó a planear su fuga. Con este objetivo en mente, Villa solicitó ser trasladado a la menos segura prisión militar de Santiago Tlatelolco. La destitución de Huerta como comandante militar de Chihuahua por su pasividad en la persecución de las guerrillas orozquistas allanó probablemente su petición y Madero autorizó el traslado en noviembre de 1912. Villa lograría escapar solo un mes más tarde gracias a la decisiva ayuda de Carlos Jáuregui, un empleado del tribunal militar a quien había sobornado. Su fuga tuvo todos los ingredientes que agrandarían posteriormente su leyenda. El día de Navidad, tras serrar los barrotes de su celda, atravesó el patio disfrazado para escapar en un automóvil hacia Toluca, en compañía de Jáuregui. Desde allí se dirigieron en tren a Manzanillo, donde abordaron un barco con destino a Mazatlán para desplazarse nuevamente en tren hasta Nogales, por donde cruzaron la frontera. En enero de 1913 ya estaba establecido en la ciudad texana de El Paso, donde para pasar desapercibido se registró —quizás por última vez— con su verdadero nombre en el hotel Roma.

Instalado en la frontera, Villa volvió a solicitar a González que su caso fuera sobreseído y que se le permitiera regresar para comandar a las fuerzas irregulares que el gobernador de Chihuahua estaba reuniendo a fin de perseguir a las guerrillas orozquistas, ante la sospechosa pasividad mostrada por el Ejército Federal. Resentido con Madero, el antiguo guerrillero amenazó esta vez con acabar

plegándose a las presiones que decía recibir de la oposición conservadora para levantarse contra el Gobierno. Fueran ciertos o no estos contactos, alarmaron lo suficiente a González como para ofrecer a Villa el pago de su sueldo como general honorario, al tiempo que enviaba a un emisario para entrevistarse con él en El Paso. Más difícil fue vencer la resistencia de Madero que, preocupado por sus amenazas, aceptó finalmente amnistiar a Villa el 6 de febrero, dando carta blanca a González para tratar con este. Tres días después, un nuevo golpe de Estado contrarrevolucionario precipitaría la caída y asesinato de Madero y daría lugar a un levantamiento generalizado contra la dictadura de Huerta.

Capítulo 3

La lucha contra la dictadura huertista

y el ascenso de Villa

La nueva marea revolucionaria

El 9 de febrero de 1913, parte de la guarnición de la Ciudad de México y los cadetes de la Escuela Militar se pronunciaron contra el Gobierno de Madero y liberaron a los generales Reyes y Díaz, encarcelados tras sus fallidos pronunciamientos contra Madero. Sin embargo, el asalto de los sublevados contra el Palacio de Gobierno se vio frustrado por la oposición del general Lauro Villar, comandante militar de la capital. Fracasado el golpe, los conjurados se atrincheraron en el cuartel de la Ciudadela, donde fueron cercados por las tropas leales a Madero. Este, sin embargo, cometió un error fatal al sustituir a Villar, que había sido herido, por el general Huerta. El nuevo jefe militar de la capital impidió que las tropas leales aplastaran a los sublevados y, secundado por el embajador Wilson, negoció con la oposición al régimen maderista mientras los combates ensangrentaban la capital. El golpe se consumó el 18 de febrero con la detención de Madero y de su vicepresidente José María Pino Suárez. Coaccionados, ambos presentaron al día siguiente su renuncia, que fue aceptada por el Congreso. Tras ello, asumió provisionalmente la presidencia el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin, solo para dimitir tras designar a Huerta como secretario de Gobernación, lo que le convirtió automáticamente en presidente. Tres días más tarde, Madero y Pino Suárez fueron vilmente asesinados.

La apariencia de legalidad con que los conspiradores supieron revestir el golpe permitió que Huerta fuera reconocido por la mayoría de los países extranjeros, excepto Estados Unidos, donde el nuevo presidente Woodrow Wilson desautorizó a su embajador y negó el reconocimiento a Huerta. El Gobierno huertista fue respaldado por el Ejército Federal y la Administración mexicana, incluidos casi todos los gobernadores estatales, con tres significativas excepciones: Abraham González en Chihuahua, José María Maytorena en Sonora y Venustiano Carranza en Coahuila. El primero fue detenido y asesinado antes de que pudiera organizar la resistencia de los partidarios de Madero en su estado. Ello hizo que la oposición al golpe fuera encabezada por Carranza, quien el 23 de

marzo de 1913 proclamó el Plan de Guadalupe, por el que llamaba a todos los mexicanos a levantarse contra el régimen huertista para restablecer el orden constitucional. Su llamamiento fue secundado por la legislatura estatal y los comandantes de las milicias sonorenses, mientras que Maytorena se retiraba prudentemente a Estados Unidos. El hecho de que Coahuila y Sonora carecieran de guarniciones federales y contaran con poderosas milicias locales convirtió a estos estados en el foco inicial de la revuelta, junto a Morelos, donde los zapatistas continuaron con nuevos bríos el levantamiento iniciado en noviembre de 1912.

La situación en Chihuahua era muy diferente. El estado estaba ocupado por las tropas federales que luchaban contra las guerrillas orozquistas, pero tras la caída de Madero, Huerta llegó rápidamente a un acuerdo con Orozco y los seguidores de este se convirtieron en tropas auxiliares del nuevo régimen. El asesinato de González descabezó al maderismo chihuahuense, por lo que la revolución adoptaría en este estado la forma de levantamientos espontáneos de los cuerpos paramilitares integrados casi exclusivamente por antiguos combatientes del movimiento maderista de 1910-1911. El primero en pronunciarse fue el regimiento de irregulares de Ciudad Camargo, dirigido por el teniente coronel Rosalío Hernández. Lo mismo hicieron en días sucesivos el mayor Maclovio Herrera en Naica, el coronel Toribio Ortega en Cuchillo Parado y los capitanes José E. Rodríguez, Mateo Almanza y Martiniano Servín en Ciudad Guerrero. Mientras en el vecino Durango, los coroneles Manuel Chao y Rafael Urbina levantaban las fuerzas auxiliares a su cargo para atacar sin éxito Parral, si bien lograban ocupar poco después Ciudad Jiménez. A principios de marzo la revolución se había extendido ya por gran parte de Chihuahua.

Villa se había dirigido entretanto a Tucson para solicitar la ayuda financiera de Maytorena, que se había retirado al otro lado de la frontera mientras se clarificaba el curso de los acontecimientos en México. El gobernador con licencia de Sonora entregó a Villa 1.000 pesos para que se uniera a los rebeldes de Chihuahua. Villa utilizó esta cantidad para equipar a un pequeño grupo de ocho hombres con los que atravesó la frontera el 8 de marzo. Una semana después, logró llegar a San Andrés, el pueblo que había sido su antiguo cuartel general, donde se le unieron varias decenas de sus antiguos

soldados. Su llegada animaría a muchas localidades del montañoso oeste del estado a sumarse al levantamiento, en un momento en que este se extendía también a la totalidad de Durango y La Laguna.

La muerte de González y el cambio de bando de Orozco convirtieron a Villa en el único de los antiguos generales maderistas que se oponía a Huerta y, por consiguiente, en el líder natural de la Revolución en Chihuahua. Sin embargo, ello no fue aceptado de manera inmediata por los restantes caudillos revolucionarios, decididos a mantener la autonomía de la que disfrutaban en sus respectivas regiones. Como explica Katz, Villa tuvo que afianzar antes su posición en el noroeste de Chihuahua, reclutar más fuerzas y reforzar su popularidad entre las masas campesinas del estado. Lo logró poniendo fin a la inseguridad que azotaba a la sierra, al acabar en pocos meses con las gavillas de bandidos que infestaban esta región desde el inicio de la revolución, al tiempo que utilizaba el rencor acumulado por las clases populares para presentarse ante las mismas como una especie de justiciero popular. Este era el efecto que buscaba al ocupar las haciendas de los Terrazas en el territorio que controlaba y hacer ejecutar a los administradores más impopulares, al tiempo que distribuía el trigo y el maíz de sus graneros a los peones, muchos de los cuales terminarían uniéndose a su ejército. La captura de un tren cargado de plata en abril reforzó aún más su posición, al permitirle pagar una soldada generosa a sus soldados y adquirir una gran cantidad de armas en Estados Unidos.

El control del noroeste de Chihuahua hizo posible que Villa entrase en contacto directo con el territorio dominado por los revolucionarios sonorenses. En junio, recibió en el poblado de La Ascensión a varios enviados de Carranza, encabezados por Adolfo de la Huerta, que le presentaron el Plan de Guadalupe. Villa lo suscribió, pero condicionando su aceptación a no quedar sometido al mando de ningún otro jefe militar. Esta decisión le abrió la puerta para enviar el ganado de las haciendas requisadas a la localidad sonorense de Agua Prieta, donde el coronel Plutarco Elías Calles lo intercambiaba en la frontera por armas y municiones estadounidenses. Su distribución entre otros grupos rebeldes ayudó a Villa a consolidar su liderazgo en el norte de Chihuahua. Sus fuerzas aumentaron considerablemente cuando Toribio Ortega se incorporó ese mismo mes a sus filas, lo que colocó al desértico

noreste de Chihuahua también bajo su control. Todo ello permitió a Villa dirigir la hueste revolucionaria más numerosa de todas, formada por más de 1.200 hombres bien equipados, a los que proporcionó cierto entrenamiento militar gracias a la ayuda del antiguo subteniente federal de caballería, Juan Medina, que se había unido a sus filas. Sus fuerzas se distinguían, además, del resto de las partidas revolucionarias por la estricta disciplina impuesta por Villa, que castigaba con el fusilamiento cualquier acto de indisciplina o desobediencia.

Gracias a estos medios, Villa logró tomar Casas Grandes y derrotar en agosto a un nutrido destacamento orozquista en San Andrés, donde se apoderó de dos cañones de montaña. Implacable con los seguidores de su rival chihuahuense, Villa hizo fusilar a 230 prisioneros, perdonando solo a los artilleros que fueron incorporados a sus tropas. Estas acciones incrementaron su prestigio en un momento en que la contraofensiva federal dirigida por Orozco infligía una serie de derrotas al resto de los principales caudillos revolucionarios. La necesidad de agruparse para hacer frente al embate combinado del Ejército Federal y de sus aliados orozquistas acabaría obligando a los distintos jefes revolucionarios a aceptar el liderazgo de Villa. Este proceso no se produjo sin suscitar la resistencia de algunos de los líderes revolucionarios más poderosos, como Chao o Urbina, que contaban con cientos de seguidores y un considerable prestigio tras haber logrado tomar Parral y Durango en el verano de 1913. El propio Carranza, reconocido nominalmente por casi todos los revolucionarios como dirigente nacional, manifestó su preferencia por Chao, quien le había escoltado durante su retirada de Coahuila a Sonora en agosto de 1913. Sin embargo, la enorme popularidad de Villa y el hecho de que comandara el contingente revolucionario más numeroso y disciplinado de todos acabaron llevando a la mayoría de los caudillos revolucionarios a colocarse bajo sus órdenes en el cónclave que tuvo lugar el 26 de septiembre en Ciudad Jiménez. En esta reunión, las distintas partidas revolucionarias de Chihuahua y Durango acordaron fusionarse para constituir la División del Norte, tomando prestado el nombre de la fuerza federal que en 1912 había derrotado a los orozquistas y nombrando comandante en jefe a Villa.

A fin de consolidar su liderazgo, Villa necesitaba una victoria importante y para conseguirla, debía antes reforzar sus fuerzas con contingentes de otros estados. Se los proporcionarían las partidas revolucionarias que se habían dispersado por La Laguna y Durango tras el fracasado ataque de Carranza a Torreón en julio de 1913. Ello llevó a Villa a concebir el arriesgado plan de tomar Torreón y conquistar la estratégica y rica comarca lagunera. La ciudad, un importante nudo ferroviario que conectaba la capital del país con el norte, estaba defendida por más de 3.000 soldados federales e irregulares orozquistas a las órdenes del general Eutiquiano Munguía, un anciano que había servido con Díaz en la guerra de Intervención. Este había atrincherado a sus tropas en los cerros que rodeaban la ciudad, protegidos por una poderosa artillería.

Como Villa había previsto, las diversas partidas de revolucionarios dispersas por Durango y Coahuila fueron engrosando sus fuerzas conforme la División del Norte penetraba en La Laguna. Ello elevó el número de sus efectivos a entre 6.000 y 8.000 hombres, según las distintas fuentes, que el 29 de septiembre chocaron en el poblado de Avilés con la vanguardia de 500 soldados enviada imprudentemente por Munguía para contener el avance de los rebeldes. Las tropas federales fueron rápidamente rodeadas y masacradas por la caballería villista. La carnicería desmoralizó al resto de la guarnición de Torreón, que esperó a Villa parapetada en sus fortines y confiada en su artillería. No les serviría de mucho.

En la madrugada del 30 de septiembre, Villa inició el asalto sobre Torreón, al mismo tiempo que Maclovio Herrera atacaba la ciudad gemela de Lerdo, situada a solo 13 kilómetros al oeste, pero separada de Torreón por el río Nazas, la cual estaba defendida por el general orozquista Emilio Campa. La estrategia de Villa consistió en ordenar sucesivos asaltos simultáneos contra cada una de las tres colinas fortificadas que defendían Torreón, impidiendo que la artillería pudiera concentrar su fuego en un punto. Los ataques se prolongaron durante toda la noche, momento en que la resistencia de los federales se derrumbó. Una vez que los villistas tomaron las colinas que rodeaban la ciudad, la resistencia se hizo imposible. Murguía ordenó un contraataque que tuvo un cierto éxito, pero en vez de consolidar las posiciones recobradas, aprovechó para evacuar la plaza en la madrugada del 1 de octubre, huyendo con los

1.700 hombres que le quedaban. Más tarde sería condenado por un consejo de guerra, acusado de cobardía frente al enemigo.

La toma de Torreón constituyó la primera de las grandes victorias sobre las que se cimentaría la conversión de Villa en una de las principales figuras de la Revolución mexicana. El botín fue inmenso. Los revolucionarios obtuvieron gran cantidad de víveres, armas y municiones, incluidas cinco ametralladoras y 11 cañones, entre ellos, una monstruosa pieza de 88 mm montada sobre una plataforma de ferrocarril denominada “el Niño”. Villa también logró reunir tres millones de pesos tras imponer a la oligarquía local una contribución forzosa por haber financiado la creación de un cuerpo de voluntarios en apoyo de las tropas federales. Como señala Knight, la conquista de Torreón constituyó un verdadero parteaguas en el curso de la Revolución mexicana, ya que marcó el tránsito de una guerra de guerrillas a una verdadera guerra regular, al tiempo que afianzaba definitivamente el prestigio de Villa —que contaba entonces con 35 años— en el norte de México.

La disciplina mostrada por la División del Norte al ocupar Torreón y las terminantes órdenes de Villa de impedir cualquier acto de pillaje por parte de las masas populares contrastaban notablemente con el brutal saqueo sufrido por la ciudad en abril de 1911. Villa fusiló a una veintena de federales que no habían podido escapar, pero respetó a la población civil. La moderación mostrada por Villa sorprendió a todos los observadores y contribuyó a proyectar una imagen más positiva del caudillo, tanto en México como en el extranjero. El Centauro del Norte tuvo incluso tiempo para casarse con una muchacha de la localidad, Juana Torres, a la que había conocido en un baile y con la que viviría una tórrida luna de miel en un vagón de tren. Sería una más de las múltiples “esposas” que Villa iría coleccionando a lo largo de su vida.

Tras dejar a parte de su ejército en Torreón bajo el mando de los generales Calixto Contreras y Urbina, Villa se dirigió con 6.000 hombres a Ciudad Jiménez. Embarcó en los trenes capturados a la infantería y artillería, mientras la caballería atravesaba el largo desierto que se extiende entre ambas ciudades. Desde Jiménez se desplazó con la totalidad de sus efectivos a Camargo, donde pasó varias semanas, reorganizando sus fuerzas y consolidando su

autoridad sobre la División del Norte. Para ello, destituyó de sus mandos a varios caudillos revoltosos e incluso hizo fusilar por insubordinación al general Benjamín Yuriar. Desde Camargo, Villa se dirigió contra la ciudad de Chihuahua, según Salmerón en contra del parecer de sus principales generales. La capital contaba con una fuerte guarnición de varios miles de hombres, muchos de ellos duros veteranos orozquistas. El general Salvador Mercado, comandante de la plaza, había fortificado a sus tropas en los cerros que rodeaban la ciudad, mientras mantenía varios regimientos en reserva, listos para acudir a cualquier punto de la línea defensiva amenazado por los revolucionarios. El ataque comenzó el 5 de octubre por medio de una carga frontal de la infantería villista, acompañada por el poco eficaz bombardeo de las posiciones federales. Durante los dos días siguientes, los sucesivos asaltos villistas fueron rechazados por los defensores, que ocasionaron a los rebeldes cerca de 1.000 bajas.

Esta derrota puso en peligro el reciente liderazgo de Villa, discutido por varios caudillos revolucionarios que, como Urbina, daban muestra de querer recuperar su autonomía. Villa reaccionó con una estratagema maestra. Tras amagar con un nuevo ataque contra la ciudad de Chihuahua, envió en tren a la infantería y artillería a Parral para que pareciera que se retiraba hacia el sur. En vez de eso, Villa rodeó por la noche la ciudad y se dirigió velozmente con 5.000 jinetes hacia el norte con la intención de atacar por sorpresa Ciudad Juárez. La suerte le favoreció en este punto, porque el 12 de noviembre se hizo con un tren cargado de carbón que se dirigía hacia la ciudad de Chihuahua. Villa embarcó entonces a cerca de 2.000 hombres y obligó al jefe de máquinas a telegrafiar a las autoridades de Ciudad Juárez, informando que la vía estaba cortada por los villistas y que el tren debía volver para no caer en sus manos. Lógicamente, estas le autorizaron a regresar, ordenándole que informara de la situación en las distintas estaciones que atravesara a su paso. Villa repitió la treta en cada una de las estaciones telegráficas situadas en el camino a la localidad fronteriza. En la medianoche del 14 de noviembre el tren llegó a Ciudad Juárez, donde la sorprendida guarnición federal fue rápidamente derrotada por los villistas que irrumpieron sorpresivamente desde sus vagones.

La conquista de Ciudad Juárez puso fin a cualquier debate en las filas revolucionarias en torno a la jefatura de Villa y lo catapultó a la fama, especialmente al norte del Río Grande, donde la prensa estadounidense celebró la forma en la que Villa, que comenzaba a ser conocido como el Centauro del Norte, se había hecho con la principal puerta de acceso a Estados Unidos. La estratagema utilizada para tomar Ciudad Juárez, que recordaba al caballo de Troya, y las victorias con las que extendería su control al resto de Chihuahua durante las siguientes semanas sentarían el nacimiento del mito en torno a este personaje.

El Gobierno federal era consciente de que la posesión de Ciudad Juárez proporcionaba a los revolucionarios chihuahuenses un acceso directo al mercado de armas estadounidense. Pese al embargo armamentístico impuesto a México, Villa podía contar con la benevolencia de la Administración de Wilson, decidida a provocar la caída de Huerta, como pondría de manifiesto la ocupación de Veracruz por la infantería de marina estadounidense pocos meses más tarde. El alto mando federal ordenó, por tanto, al general Mercado que enviara a una parte de sus fuerzas contra Ciudad Juárez, sin esperar a que las tropas que desde el sur se dirigían a recuperar Torreón pudieran restablecer las comunicaciones con la capital del país. El enfrentamiento se produjo en Tierra Blanca, unos 20 kilómetros al sur de Ciudad Juárez, donde Villa esperó a las fuerzas federales que llegaban en tren. Los más de 5.000 federales, dirigidos por el general orozquista José Inés Salazar, fueron derrotados después de tres días de reñida batalla por alrededor de 6.000 villistas, dejando más de 1.000 muertos y diez cañones, que pasaron a engrosar la artillería rebelde. La superioridad artillera de los federales fue insuficiente para contrarrestar las decididas cargas de caballería villistas, cuya victoria se vio asimismo facilitada por el agotamiento de las municiones del enemigo.

En esta batalla hizo su irrupción en la historia el siniestro Rodolfo Fierro. Un antiguo ferrocarrilero que se había incorporado a las huestes de Urbina, cuyo extraordinario valor llevaría a Villa a convertirlo en uno de sus hombres de confianza. Pronto se pondría de manifiesto que la valentía no era su único rasgo distintivo, sino que esta iba acompañada por una crueldad casi patológica, que le

haría desempeñar a menudo el papel de verdugo voluntario de Villa, lo que lo llevaría a ser conocido entre los propios villistas como “el Carnicero”. Sarcástico, poco calculador y alcohólico consuetudinario, Fierro contrastaba en muchos aspectos con la personalidad de Villa, quien sin embargo supo utilizar para sus propios fines tanto la valentía como la innata predisposición a la violencia de su subordinado que le profesaba una lealtad perruna.

La derrota de Tierra Blanca hizo que un aterrorizado Mercado evacuara la capital de Chihuahua para dirigirse a la ciudad fronteriza de Ojinaga, 200 kilómetros al noreste, acompañado por buena parte de la administración y de la oligarquía chihuahuense, incluidos Luis Terrazas y Enrique Creel. También Orozco y sus hombres se vieron obligados a acompañar al ejército en su retirada. El convoy de trenes que transportaba a buena parte de los fugitivos tuvo que parar casi a mitad de camino al encontrar un puente dinamitado. Ello obligó a las tropas federales y a los civiles que los acompañaban a emprender una penosa marcha a través del desierto, tras abandonar la artillería y gran parte del bagaje.

El ejército villista entró en perfecto orden en la ciudad de Chihuahua el 8 de diciembre de 1913. Su conquista entregaba a Villa el control de todo el estado, salvo la ciudad fronteriza de Ojinaga, donde se habían refugiado las derrotadas tropas federales, que sería atacada y conquistada un mes más tarde por el propio Villa. Tras el desfile triunfal, los jefes de la División del Norte eligieron a Villa como gobernador provisional de Chihuahua. El antiguo bandido se convertiría durante los siguientes dos años en el auténtico dueño de este estado y de buena parte del norte de México.

El gobierno de Villa en Chihuahua

Tras ser designado como gobernador provisional de Chihuahua, Villa adoptó una serie de decisiones que irían conformando las bases del difuso programa político del villismo. Consciente de sus limitaciones intelectuales, Villa puso al frente de la nueva Administración estatal al periodista Silvestre Terrazas, director del diario maderista El Correo de Chihuahua. Pese a estar emparentado lejanamente con la poderosa familia Terrazas, el nuevo secretario general del estado había sido uno de los principales promotores del movimiento local antirreeleccionista, lo que lo convirtió en una figura popular entre las clases medias chihuahuenses. Desde sus profundas convicciones ligadas al catolicismo social de la Rerum novarum, Terrazas influiría en algunas de las decisiones adoptadas por Villa durante su breve etapa como gobernador de Chihuahua, logrando ganarse su confianza y dando forma mediante decretos a las ideas expresadas rudimentariamente por el caudillo duranguense. Alrededor de Terrazas se reagruparían los restos de la antigua Administración regional durante la etapa de Abraham González, como Sebastián Vargas, tesorero general, y Matías García, encargado de Instrucción Pública. A ellos se irían sumando a lo largo de 1914 algunas personalidades del maderismo nacional descontentas con la dirección de Carranza.

Las principales preocupaciones de Villa tras hacerse con el poder en Chihuahua fueron, por este orden, conseguir recursos para reorganizar y equipar a la División del Norte y asegurarse el respaldo de las clases populares y medias de Chihuahua. El Decreto de confiscación de los bienes de los enemigos de la Revolución, promulgado el 12 de diciembre de 1913, iba dirigido a satisfacer ambas necesidades. Este bando expropiaba los bienes del clan Terrazas-Creel, así como los de otros latifundistas opuestos al movimiento revolucionario, como las familias Falomir, Cuilty, Luján y Molinar, y disponía que fueran administrados por el Banco del Estado de Chihuahua, creado ese mismo día. El decreto de Villa

establecía que el estado de Chihuahua se quedaría con una parte de dichas propiedades para resarcir el cobro de las contribuciones atrasadas y pagar las pensiones de las viudas y huérfanos del movimiento revolucionario. Otra parte sería destinada a los soldados de la División del Norte, a los que se entregarían pequeñas parcelas de tierra de las haciendas expropiadas. Finalmente, se establecía la devolución a los pueblos de los terrenos comunales que les habían sido arrebatados por las haciendas gracias a la legislación porfirista sobre tierras baldías.

Todo ello se posponía, sin embargo, hasta que se produjera el triunfo de la Revolución mexicana. Mientras esto tenía lugar, la totalidad de las haciendas, empresas y mansiones pertenecientes al sector expoliado de la oligarquía chihuahuense serían gestionadas por administradores designados directamente por Villa, colocados bajo la supervisión del Banco del Estado de Chihuahua, y los beneficios obtenidos serían destinados al mantenimiento de la División del Norte, así como a sufragar el coste del esfuerzo bélico contra la dictadura huertista.

Existe una gran controversia en torno a si el villismo fue o no un movimiento propiamente agrarista. Knight destaca que la estructura socio-económica y la propia geografía de Chihuahua determinaron que el reparto de los grandes latifundios nunca fuera una demanda social. Gómez, que es sin duda el principal especialista sobre esta cuestión, coincide con el anterior, al señalar que no existen indicios de ningún reparto de tierras en el territorio controlado por los villistas. Otros autores más favorables a Villa, como Calzadíaz, Salmerón o Taibo, defienden por el contrario el carácter intrínsecamente agrarista del villismo. Katz, por su parte, se sitúa entre ambas posiciones, cuando afirma que el imaginario villista en torno a las antiguas colonias militares constituyó la principal fuente de inspiración de su estrategia reformista. Un plan de reparto de tierras limitado a sus soldados que no alteraría substancialmente la estructura de la propiedad de la tierra en Chihuahua, basada en la coexistencia entre grandes haciendas ganaderas, de difícil reparto, y pequeñas propiedades pertenecientes a las comunidades agrarias situadas en los valles fluviales, que constituían en buena medida la principal base social del villismo.

Ciertamente, las medidas adoptadas por Villa no fueron muy diferentes de las que en ese momento estaban llevando a cabo en Sonora o Tamaulipas los grupos revolucionarios controlados por Carranza, que también intervinieron haciendas para sufragar la lucha contra Huerta. La diferencia radicaba en que dichas medidas tenían un carácter excepcional y, por tanto, temporal y no planteaban un futuro reparto de las haciendas intervenidas. La peculiaridad del villismo residía, en cambio, en la promesa de que dicho reparto tendría lugar tras el triunfo de la revolución. Esta promesa nunca llegó a materializarse, pero contribuyó a mantener la fidelidad a Villa de los soldados de la División del Norte, así como de los miembros de las comunidades rurales cuyas tierras se habían visto afectadas por la extensión de las haciendas durante el porfiriato.

Una parte de las haciendas y de las lujosas residencias de la oligarquía en la capital escaparon al control del Gobierno revolucionario del estado de Chihuahua, al ser ocupadas por distintos generales villistas que las convirtieron en su propiedad personal. Difícilmente hubiera podido Villa oponerse a estas acciones, ya que ello lo habría enfrentado con comandantes que conservaban la lealtad personal de los hombres de las unidades que dirigían. Por ello, el gobernador interino se limitó a hacer la vista gorda y sancionar una situación que, en definitiva, le permitía asegurarse la fidelidad de los antiguos caudillos revolucionarios sobre los que se cimentaba su liderazgo.

El decreto excluía las propiedades de aquella parte de la oligarquía chihuahuense que se había mantenido neutral, como los extensos latifundios de la familia Zuloaga, emparentada con los Madero. Villa se cuidó, asimismo, de no afectar a las importantes inversiones extranjeras en Chihuahua, especialmente en el caso de las propiedades estadounidenses. El caudillo duranguense se esforzó, de hecho, por ganarse la benevolencia de la Administración de Wilson a fin de asegurar que no se interrumpiera el flujo de armas y municiones para la División del Norte, pero también para consolidar su autonomía frente a Carranza, cuyo teórico liderazgo había reconocido.

La única excepción a esta política se dio en el caso de los españoles,

a los que Villa expulsó del estado un día después de tomar posesión del Gobierno de Chihuahua, al tiempo que embargaba sus propiedades. No están claras las razones de la hispanofobia del Centauro del Norte que, por otra parte, era un sentimiento bastante extendido entre las clases populares mexicanas. Villa fundaba su decisión en el apoyo real o ficticio de los peninsulares a la dictadura de Huerta, lo que habría podido aplicarse perfectamente a la casi totalidad de los extranjeros en México. La postura de Villa contrastaba además con la petición realizada a Madero desde su encierro en Lecumberri para que se le permitiera exiliarse en España. Ello hace pensar que probablemente se trató, más que de una animadversión personal, de una medida demagógica, destinada a contentar a las clases más humildes de la sociedad chihuahuense que identificaban a los españoles con la clase dirigente porfirista. Fuera esta razón o cualquier otra, la medida provocó el penoso éxodo hasta la frontera de cerca de 400 peninsulares que residían en Chihuahua. La orden de expulsión se repetiría pocos meses después en la comarca lagunera, muchas de cuyas plantaciones de algodón y comercios eran propiedad de peninsulares. Es cierto que Villa matizaría considerablemente su política hacia los españoles a partir de junio de 1921, cuando las presiones de Carranza y de Washington lo llevaron a autorizar el regreso de aquellos peninsulares que no hubieran intervenido en la política mexicana. Pocos lo harían antes de la derrota del villismo.

Tampoco es que el resto de los extranjeros en Chihuahua estuvieran completamente a salvo, sobre todo si no eran estadounidenses. Pocos episodios de la carrera de Villa resultarían tan perjudiciales para su imagen en el extranjero como el asesinato en Ciudad Juárez del hacendado escocés William Benton en febrero de 1914. Este fue liquidado en un acceso de cólera por el propio Villa a raíz de que aquel le reprochara violenta e imprudentemente los continuos robos de ganado que sufría su hacienda. Villa hizo enterrar secretamente el cadáver y negó tener nada que ver con su desaparición, pero tuvo que acabar confesando al cónsul estadounidense —que representaba al Gobierno británico ante Villa— que lo había hecho fusilar por haber intentado asesinarlo. La autopsia del cuerpo puso de manifiesto esta nueva mentira y contribuyó a engrosar la leyenda negra de Villa.

Si la promesa de un reparto de tierras diferido iba dirigida a sus soldados, las recurrentes distribuciones de comida y bienes —procedentes de las haciendas y comercios expropiados— formaban parte de la estrategia de atracción de Villa hacia los grupos más humildes de la sociedad. Hacia ellos iba dirigido también el indudable interés de Villa por promover la educación pública en el estado mediante la creación de una Escuela de Artes y Oficios, así como de numerosas escuelas rurales durante el periodo en que gobernó Chihuahua. Villa también consiguió atraerse a una parte importante de las clases medias al retomar muchas de las reformas puestas en marcha durante la época de Abraham González y lograr pacificar el estado mediante la concesión de un indulto a las partidas orozquistas que depusieran las armas y la eficaz persecución y exterminio de aquellos grupos que rechazaron rendirse. El carácter limitado de la represión llevada a cabo por Villa en Chihuahua, en parte debido al influjo moderador de Silvestre Terrazas, tuvo también un impacto positivo sobre la percepción del caudillo por las clases medias del estado, que recibieron con alivio que no se persiguiera a la mayoría de los funcionarios de la Administración huertista y a los miembros de la defensa social que había ayudado a rechazar en octubre el asalto villista.

La estabilidad fue acompañada por el inicio de un breve, pero intenso, periodo de prosperidad económica en Chihuahua, ligado a la masiva venta en el mercado estadounidense de los cientos de miles de vacas que pastaban en los vastos latifundios expropiados. Un negocio cuya magnitud llegó a provocar el hundimiento del precio de la carne en el mercado estadounidense hasta que el estallido de la Primera Guerra Mundial incrementó de nuevo la demanda. El hecho de que Villa tuviera como rehén a Luis Terrazas, hijo del patriarca del clan, que imprudentemente se había quedado en Chihuahua con la esperanza de poder llegar a un acuerdo con los revolucionarios, impidió que su padre pudiera bloquear en los tribunales estadounidenses la venta del ganado de su propiedad. Su captura permitió además a Villa hacerse con medio millón de pesos en oro que los Terrazas habían ocultado en el Banco Minero de Chihuahua, cuya localización reveló Terrazas tras ser torturado por Fierro.

La prosperidad también sería apuntalada por la afluencia a Chihuahua de la riqueza procedente del saqueo de otras regiones de México conforme la División del Norte iba ocupando gran parte del norte y del centro del país. Estos recursos permitieron a Villa resolver los problemas derivados de la falta de dinero en circulación mediante la emisión de su propio papel moneda, que sería aceptado tanto en el norte del país como en Estados Unidos, al menos mientras se sucedieron los triunfos miliares de Villa. Esta momentánea prosperidad permitiría al Gobierno villista poner en marcha una política de fomento económico, cuyo principal reflejo sería la aparición de varias fábricas textiles para la producción de uniformes y arreos militares, y el desarrollo de una incipiente industria conservera cárnica. La otra cara del efímero florecimiento económico de Chihuahua durante la Administración villista estuvo constituida por la rampante corrupción de sus funcionarios y comandantes. Una faceta en la que destacó especialmente su hermano Hipólito Villa.

La sustitución de Villa por Chao al frente de la gobernatura de Chihuahua en enero de 1914, a instancias de Carranza, no alteró en absoluto la situación. Villa siguió manteniendo de facto el control de Chihuahua, cuya Administración civil continuó en manos de Silvestre Terrazas. Ello permitió al caudillo duranguense dedicarse de lleno a convertir la División del Norte en una poderosa máquina de guerra.

La División del Norte

La imagen de Villa es inseparable de la del ejército popular que encabezó entre 1913 y 1915, la famosa División del Norte. Durante el invierno de 1913 a 1914, Villa se dedicó a reorganizar lo que, hasta ese momento, había sido un conjunto heterogéneo de partidas guerrilleras procedentes de distintas poblaciones y comarcas de Chihuahua, Durango y el suroeste de Coahuila que respondían a las órdenes de sus respectivos caudillos regionales. Los enormes recursos procedentes de la expropiación de las fincas y bienes de una parte de la oligarquía chihuahuense permitieron a Villa uniformar y pertrechar a este ejército de voluntarios, especialmente a partir de que Wilson decretara en febrero de 1914 el levantamiento del embargo de armas impuesto a las distintas facciones revolucionarias. La creciente popularidad de Villa facilitó el reclutamiento de nuevos contingentes, lo que —según Salmerón — permitió a la División del Norte contar con entre 22.000 y 23.000 soldados en marzo de 1914. Ello la convirtió en el mayor de los ejércitos revolucionarios.

La creación de un ejército revolucionario regular fue acompañada por la reorganización de los antiguos contingentes rebeldes en brigadas, regimientos y escuadrones que, sin embargo, mantuvieron el carácter regional de los primitivos destacamentos guerrilleros y quedaron bajo el mando de sus respectivos caudillos locales, ahora supeditados a Villa. El fracaso de un intento inicial para refundir a varias de estas brigadas obligó al caudillo a admitir que la mayoría de ellas conservaran un elevado grado de autonomía y que incluso sus hombres siguieran eligiendo a sus líderes si moría el general que los dirigía. Como señala Salmerón en su estudio sobre la División del Norte, esta mantuvo intacta su división en contingentes de carácter regional casi hasta el final, ya que los voluntarios que acudían a alistarse desde todos los rincones de Chihuahua y Durango eran encuadrados en las unidades correspondientes a su comarca natal. Ello contribuyó seguramente a crear fuertes vínculos

de solidaridad entre los miembros de las distintas unidades villistas, muchos de los cuales eran vecinos de una misma localidad y, en ocasiones, incluso estaban emparentados entre sí. En contrapartida, este sistema permitía a los principales caudillos revolucionarios mantener un considerable grado de autonomía, lo que alimentó las rivalidades internas y debilitó el control que Villa podía ejercer sobre sus generales en determinadas ocasiones.

Para hacer frente a este problema, Villa adoptó una serie de medidas dirigidas a dotar de cierta unidad a la División del Norte. En primer lugar, creó un Estado Mayor que se ocupara tanto de coordinar a todas las unidades en la batalla como de la logística relativa al movimiento y aprovisionamiento de las tropas. Junto a este, Villa estableció una pagaduría central para gestionar el pago de la soldada a sus hombres, incluyendo a las viudas de los caídos. Ello hizo posible que las distintas unidades del ejército villista dejaran de vivir del terreno y pasaran a depender directamente de la caja de la División del Norte, controlada por Villa. Este tuvo un especial cuidado en imponer una férrea disciplina a fin de evitar los saqueos y poder canalizar la mayoría de los recursos procedentes de las exacciones impuestas a las compañías mexicanas y de la explotación de las haciendas ocupadas al sostenimiento del ejército y a la compra de armas y municiones al norte de la frontera. Estas eran obtenidas por los representantes personales de Villa en Estados Unidos —el empresario coahuilense Lázaro de la Garza, el comisionista estadounidense Félix Sommerfeld y su hermano Hipólito— y distribuidas por el Estado Mayor a las distintas brigadas de la División del Norte.

Estas medidas no pudieron evitar que muchos de los generales villistas requisaran mansiones y haciendas para su propio uso y que utilizaran los recursos así obtenidos para recompensar a sus hombres y reforzar de este modo su lealtad hacia ellos. Esta situación condujo a Villa a tratar de incrementar el número de tropas controladas directamente por él mismo o, al menos, por hombres de su entera confianza que no contaran con un número significativo de seguidores propios dentro del ejército, como Fierro, Ángeles o Raúl Madero. Katz calcula que en el verano de 1914 alrededor de una cuarta parte de la División del Norte se encontraba bajo el mando de comandantes incondicionales de Villa.

Después de la segunda batalla de Torreón, el caudillo norteño creó además un cuerpo de élite conocido como “los Dorados”, reclutado entre sus partidarios más fervientes y del que formaban parte algunos de sus antiguos compañeros de fechorías, así como varios parientes, en los que Villa depositó siempre una mayor confianza. Inicialmente, esta especie de guardia pretoriana tenía la misión de escoltarlo, servir de enlace entre las diversas brigadas del ejército y ocuparse de tareas especiales, como arrestos y ejecuciones, pero con el tiempo fue convirtiéndose en un batallón de élite que llegó a contar con casi medio millar de hombres reclutados entre los combatientes más valerosos de la División del Norte. No pocos de los comandantes villistas más destacados procedían de este grupo, como Nicolás Fernández, Candelario Cervantes, Manuel Baca, Martín López, Juan B. Vargas o Encarnación Márquez, entre otros.

Estas medidas fueron acompañadas por el control ejercido por Villa sobre varias ramas estratégicas del ejército, como la artillería, los trenes y la sanidad militar. Tras la conquista de Ciudad Juárez, la artillería había pasado a estar integrada por cerca de una treintena de cañones, incluidas dos piezas de grueso calibre montadas en plataformas de ferrocarril, en tanto que la casi totalidad de los artilleros eran prisioneros federales a los que se les había dado a elegir entre alistarse o ser fusilados, así como mercenarios extranjeros. La artillería conformó desde un principio una unidad independiente del resto de las brigadas del ejército, cuyo mando fue entregado en marzo de 1914 al exgeneral federal Felipe Ángeles, a quien Carranza había nombrado subsecretario de Guerra, pero que carecía de una base de poder propia dentro del ejército revolucionario y dependía, por tanto, del propio Villa. La incorporación de Ángeles contribuiría a mejorar un tanto la eficacia de la artillería villista que, si bien nunca llegó a ser determinante, logró minar la moral de los federales durante las batallas de Torreón y de Zacatecas.

El Centauro del Norte colocó además bajo el mando de un superintendente los trenes militares en los que se desplazaba la tropa. Este era designado directamente por el propio Villa y trabajaba en estrecha coordinación con su Estado Mayor. El cargo fue entregado inicialmente a Fierro, pero su desastrosa gestión durante la segunda batalla de Torreón y sus continuos

enfrentamientos con los trabajadores ferroviarios, especialmente después de que asesinara de un disparo a un maquinista que se había retrasado, acabaron obligando a Villa a sustituirlo. Bajo la autoridad directa del Estado Mayor villista se encontraba igualmente la brigada sanitaria, dirigida por el médico Andrés Villareal. Se trataba de una unidad que no existía en los restantes ejércitos revolucionarios y que agrupaba en un solo cuerpo a los médicos y camilleros de las distintas brigadas. Llegó a contar con varias decenas de médicos, centenares de camilleros e incluso con sus propios trenes-hospital que servían como hospitales de campaña.

El indudable carisma de Villa contribuyó además a reforzar su liderazgo sobre la División del Norte, cuyas unidades —ya fueran o no controladas directamente por este— cargaban unánimemente al clamor de "¡Viva Villa!", el grito de combate que harían suyo los sectores más humildes de la población al celebrar la entrada de la División del Norte en las distintas ciudades del país y que respondía tanto al rencor como a los anhelos de reforma social de los desheredados. La leyenda de Villa ayudó a aglutinar a este heterogéneo ejército popular tanto o más que las distintas reivindicaciones sociales que impulsaban a una parte de sus combatientes o la simple ansia de pillaje que movía a otros.

A ello contribuyó, sin duda, la creciente mitificación de un Villa cada vez más identificado en el imaginario popular con la figura legendaria del Centauro del Norte, primero de la mano de los corridos populares en torno a sus supuestas hazañas como bandido y, más tarde, cimentada sobre los grandes triunfos de la División del Norte. El interés despertado entre la prensa estadounidense por el caudillo norteño a raíz de la toma de Torreón y, especialmente, tras la novelesca conquista de Ciudad Juárez contribuyó a extender la fama de Villa en México y en el extranjero. La voracidad del público estadounidense por las noticias relativas al proceso revolucionario que se desarrollaba al sur de su frontera atrajo pronto a Chihuahua a un sinfín de reporteros. Villa se convirtió, en gran medida, en el centro de esa atracción, que lo presentaba como la encarnación de muchos de los estereotipos estadounidenses sobre México. Ello hizo que numerosos reporteros de guerra acompañaran en adelante a la División del Norte en sus campañas. El personaje de Villa atrajo

desde periodistas radicales como John Reed, quien presentó al Centauro como una suerte de brutal caudillo preocupado genuinamente por la suerte de los pobres, hasta escritores consagrados, como el septuagenario Ambrose G. Bierce, que cruzó la frontera texana para unirse a las fuerzas villistas y desapareció sin dejar rastro pocos meses después. Su desaparición sigue siendo hoy objeto de controversia histórica y dio lugar incluso a la novela Gringo viejo, de Carlos Fuentes, que fue llevada al cine en 1989 con la participación de un crepuscular Gregory Peck en el papel del propio Bierce. La suerte del escritor, como mucho de lo que rodea a Villa, quedó envuelta en la bruma de la leyenda[5].

Una de las personalidades que contribuyeron más a la difusión de este incipiente imaginario en torno a Pancho Villa, mezcla a un tiempo de fascinación y repulsión, fue el magnate editorial William Randolph Hearst, propietario de una inmensa hacienda en Babícora, con varios miles de reses, que Villa se cuidó mucho inicialmente de respetar, al igual que a las restantes propiedades norteamericanas en Chihuahua. Hearst, quien después del ataque a Columbus se convertiría en uno de sus mayores críticos, contribuyó al principio a difundir una imagen sumamente positiva de Villa, a quien presentaba como el hombre fuerte y providencial que necesitaba un país como México:

El hombre que se ha erguido entre los demás en el conflicto en México por su poder personal, su capacidad, su magnetismo para mandar y su habilidad para gobernar es Francisco Villa. Hay muchos hombres en México más cultivados que Villa, muchos mejor educados, muchos más entrenados en servicios diplomáticos y en las finas artes de gobernar. Pero estas cualidades no son las que se requieren […]. Se necesita una mano fuerte, un propósito determinado, una mente maestra, una experiencia ganada del contacto personal con las masas […]. Francisco Villa posee estas cualidades como ningún otro hombre en México[6].

Este imaginario de Villa como el único caudillo capaz de restaurar el orden social en México y de garantizar al mismo tiempo las

enormes inversiones estadounidenses en este país iría creciendo en los cenáculos políticos de Washington, donde cada vez se lo veía más como una posible alternativa al huertismo y al nacionalismo económico representado por Carranza. El hecho de que Villa se abstuviera de condenar la ocupación de Veracruz por los marines estadounidenses en abril de 1914, lo que contrastaba notablemente con las airadas protestas de Carranza, contribuiría a revalorizar su figura al norte del Río Grande.

No todos coincidían con esta apreciación positiva pero simplista de Villa. El cónsul británico Patrick O'Hea, que lo trató personalmente, resaltaría en cambio las múltiples facetas de su contradictoria personalidad para describir a un personaje impredecible, envuelto en una serie de capas y que, en definitiva, cambiaba continuamente de acuerdo con el ritmo de los acontecimientos.

Si me pidiese una definición de Pancho Villa, mi respuesta sería: ¿cuál de todos? Porque el hombre cambiaba al ritmo de sus éxitos o sus fracasos. Multiplíquense estos por su fiera reacción ante cualquier obstáculo; sus represalias salvajes contra los enemigos; la indecible vileza de sus lugartenientes al lado de la excelente calidad de algunos de sus consejeros civiles y militares; su magnanimidad con los pobres; su eterna desconfianza; su candor ocasional […] y de ese modo, quizá, podrá descubrirse al hombre como nunca pude yo[7].

El interés suscitado por Villa acabó extendiéndose a Hollywood, que probablemente contribuyó más que ningún otro medio a convertir a este personaje en un mito universal. El 5 de enero de 1914, la famosa Mutual Film Corporation firmó en Ciudad Juárez un acuerdo con los apoderados de Villa para rodar una película en torno al caudillo duranguense que estuviera ambientada en tomas reales de algunas de las batallas de la División del Norte. El acuerdo permitió a Villa recibir 25.000 dólares y a los camarógrafos de la Mutual conseguir la exclusividad para rodar la conquista de Ojinaga y de Torreón e incluso hacer que Villa mostrara sus habilidades como jinete en algunas de las tomas. Este creciente protagonismo

no parecía molestar al Centauro, a quien se veía sonriente en su nuevo papel de actor cinematográfico. El resultado fue la primera de las numerosas películas que se rodarían sobre Villa, dirigida por David Wark Griffith y estrenada en Nueva York el 7 de mayo de 1914 con el título de La vida del general Villa.

De Torreón a Zacatecas

Las primeras victorias contra el Ejército Federal y el levantamiento del embargo de armas impuesto a los revolucionarios por Estados Unidos facilitaron el avance de las fuerzas constitucionalistas hacia el sur en tres poderosas columnas. Por la costa del Pacífico, el Ejército del Noroeste, comandado por el general Álvaro Obregón, comenzó a penetrar en Sinaloa y Nayarit desde sus bases sonorenses. Más dificultades tuvo el Ejército del Noreste, dirigido por el general Pablo González, para concretar su dominio sobre Tamaulipas, Nuevo León y el norte de Coahuila y avanzar por la Huasteca. La División del Norte, por su parte, controlaba la totalidad de Chihuahua y el norte de Durango, situados en la región central del norte de México, pero su avance hacia el sur era obstaculizado por las considerables fuerzas federales atrincheradas en torno al estratégico enlace ferroviario de Torreón.

El Ejército Federal había retomado esta ciudad a principios de diciembre de 1913, obligando a replegarse hacia el norte a la guarnición villista dirigida por los generales Urbina y García. Desde entonces, el general José Refugio Velasco, uno de los comandantes federales más capaces, había establecido un perímetro fortificado entre las ciudades de Lerdo, Gómez Palacio y Torreón. El núcleo principal de sus fuerzas era la División del Nazas, una de las pocas unidades de élite del Ejército Federal, cuyos 7.000 hombres estaban reforzados por otros cuerpos, incluida la caballería irregular del general orozquista Benjamín Argumedo. De acuerdo con Salmerón, las fuerzas federales estarían integradas por alrededor de 13.000 hombres, apoyados por una veintena de cañones y 11 ametralladoras.

Velasco esperaba compensar la superioridad numérica y artillera de la División del Norte disponiendo a sus tropas en una línea continua de fortines y cerros fortificados. No lo consiguió debido a la habilidad con la que Villa movió a sus fuerzas para ir atacando por

separado las distintas posiciones federales por medio de una serie de asaltos nocturnos con un elevado coste de bajas. Los villistas solo pudieron tomar Lerdo el 21 de marzo, después de tres días de sangrientos combates. El 26 caía Gómez Palacio tras una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo marcada por los contraataques diurnos del Ejército Federal para recuperar las posiciones perdidas durante la noche. Solo entonces Villa pudo iniciar el sitio de Torreón. Ninguno de los dos bandos dio cuartel y Villa rechazó incluso el alto el fuego solicitado por los federales para recoger a los heridos. El 2 de abril, los agotados defensores habían quedado relegados a la última línea defensiva dentro de la ciudad y estaban casi sin municiones. Velasco aprovechó entonces una tormenta de arena para evacuar la ciudad al anochecer con los 4.000 soldados que le quedaban. De este modo, la batalla más sangrienta que había tenido lugar hasta ese momento en la revolución concluyó con la victoria villista, la cual costó a cada bando alrededor de 2.000 muertos y varios miles de heridos. La División del Norte hizo además 1.500 prisioneros. Un intento de las fuerzas federales para reagruparse en San Pedro de las Colonias, en las cercanías de Torreón, fue frustrado por las tropas villistas el 13 de abril. Tras lo cual los restos del derrotado Ejército Federal se retiraron en desorden hacia Saltillo.

La conquista de la rica región lagunera proporcionó a Villa un enorme botín, incluidos miles de fardos de algodón que serían vendidos al otro lado de la frontera. Varias haciendas decomisadas a los sectores de la oligarquía lagunera que habían respaldado a Huerta pasaron a ser administradas por una comisión designada por Villa a fin de obtener recursos para financiar la División del Norte. Si bien no repartió ninguna de dichas haciendas entre los numerosos campesinos sin tierra de la región, Villa logró atraerse a los sectores más humildes mediante distribuciones gratuitas de alimentos y permitiendo el saqueo de los numerosos comercios propiedad de españoles de la localidad. Como había sucedido en Chihuahua, cerca de un millar de infortunados peninsulares fueron expulsados de sus hogares y vieron como sus propiedades eran incautadas por los revolucionarios.

La toma de la capital lagunera dejaba abierto el camino hacia Zacatecas y, más al sur, a la Ciudad de México. Fue en este momento cuando Carranza intervino por primera vez para impedir

que Villa pudiera terminar con las unidades federales que protegían el camino hacia el sur y se abriera paso por sí mismo hasta la capital mexicana, eclipsando de este modo el protagonismo de Carranza como primer jefe de la revolución constitucionalista.

Carranza había intentado sin éxito extender su control a Chihuahua al imponer la sustitución de Villa por Chao como gobernador del estado en enero de 1914. Poco antes, había intentado infructuosamente convencer al caudillo duranguense de que no imprimiera su propio papel moneda y usara los billetes que el mismo Carranza había puesto en circulación en las zonas bajo su dominio. Villa resistió todos estos intentos de mermar su autonomía y siguió controlando estrechamente su feudo chihuahuense. La visita de Carranza a Chihuahua en abril reavivó las tensiones entre ambos caudillos. Villa creyó ver la mano de Carranza en la negativa de Chao a desplazarse con su brigada para participar en la toma de Torreón, por lo que ordenó el arresto y fusilamiento del gobernador a quien acusó de haber conspirado con Carranza para asesinarlo. La ejecución no llegó a producirse finalmente, bien porque Chao logró convencerlo de su inocencia, bien por la frontal oposición de Carranza, unida al hecho de que la mayoría de las tropas presentes en ese momento en Ciudad Juárez pertenecían a la brigada del propio Chao y a la escolta del primer jefe. En cualquier caso, Villa obligaría a Chao a desplazarse con sus tropas hasta Torreón, donde estaba concentrado el resto de la División del Norte y, un mes más tarde, lo forzaría a renunciar a la gubernatura del estado para entregársela a su compadre Fidel Ávila, quien carecía de una base de poder propia. Paralelamente, Villa comenzó a acercarse en secreto a Maytorena con motivo del creciente conflicto que enfrentaba al gobernador de Sonora con los generales Obregón y Calles, que contaban con el respaldo de Carranza. La negativa de Villa a secundar la dura nota enviada el 22 de abril por Carranza al Departamento de Estado a raíz de la ocupación estadounidense de Veracruz contribuyó a tensionar aún más las relaciones entre ambos líderes revolucionarios.

En medio de todo este forcejeo, Carranza ordenó a la División del Norte desviarse hacia el este para atacar Saltillo. Esperaba que la División del Norte invirtiera varias semanas en esta tarea a fin de dar tiempo al resto de los ejércitos constitucionalistas para

progresar hacia el sur y llegar antes que Villa a la Ciudad de México. El dirigente coahuilense era consciente de que el prestigio y los recursos que Villa conseguiría si llegaba a conquistar la capital mexicana lo convertirían en un serio rival para sus propias aspiraciones presidenciales.

Villa no albergaba realmente ambiciones presidenciales, pero comenzaba a darse cuenta de que le sería muy difícil conservar su libertad de acción en el norte de México si Carranza llegaba al poder. En esta ocasión decidió sin embargo obedecer las órdenes del primer jefe. Su audacia desbarató los cálculos de Carranza. Las tropas federales habían levantado en su huida las vías del tren, pero Villa dejó atrás a su infantería y artillería, y avanzó por sorpresa con la caballería. El 17 de mayo, 8.000 jinetes de la División del Norte arrollaron en Paredón a 5.000 soldados federales, a los que tomaron completamente desprevenidos, que huyeron en desbandada tras dejar sobre el campo de batalla más de 500 muertos. Ello abrió al Centauro del Norte el camino hacia Saltillo, donde las avanzadas de su ejército penetraron el 20 de mayo mientras la guarnición federal evacuaba precipitadamente la plaza.

Tras entregar a los enviados de Carranza la capital de su estado natal, Villa regresó a Torreón, donde reanudó los preparativos militares para marchar contra Zacatecas. El 8 de junio envió a Silvestre Terrazas a Saltillo para negociar con Carranza los términos de la ofensiva y solicitarle la devolución del control sobre los ferrocarriles de Chihuahua a fin de coordinar el traslado de sus tropas. Mientras tanto, el primer jefe había encontrado una alternativa para tratar de evitar que la División del Norte progresara hacia el sur para conquistar la antigua ciudad minera. Para ello, había logrado fusionar a las fuerzas de Domingo Arrieta, rival de Urbina y de Villa en Durango, con las del recién constituido Ejército del Centro, comandado por el revolucionario zacatecano Pánfilo Natera, y les había encomendado la toma de Zacatecas.

El fracaso del ataque de Natera y Arrieta contra esta ciudad, defendida por una fuerte guarnición federal, acabaría precipitando la ruptura entre Villa y Carranza. El primer jefe telegrafió el 11 de junio a Villa desde Saltillo para ordenarle enviar refuerzos a Natera. Era una forma, apenas disimulada, de debilitar a la División del

Norte. Villa se dio cuenta perfectamente y se negó, al tiempo que recababa el apoyo de sus generales para conseguir que Carranza permitiera a la División del Norte desplazarse a Zacatecas. En una larga conversación telegráfica celebrada dos días después, el caudillo duranguense amagó con presentar su renuncia y Carranza aprovechó para aceptársela de inmediato. Como Villa había esperado, ello provocó la rebelión de sus generales, que solicitaron telegráficamente al día siguiente a Carranza que reconsiderara su decisión. Este se mantuvo inamovible, al tiempo que trataba de dividir a los comandantes villistas ordenando a varios de ellos acudir a Saltillo para recibir órdenes. La jugada le salió mal, ya que los 15 generales de la División del Norte decidieron en bloque desobedecer sus órdenes y marchar bajo el mando de Villa a Zacatecas.

La ciudad estaba rodeada por una serie de lomas de escasa altura tras las que se encontraban los altos cerros de La Bufa y El Grillo, que flanqueaban el centro urbano. Los cerca de 12.000 soldados federales de su guarnición se hallaban desplegados en las alturas a lo largo de una línea de trincheras, más pensada para aguantar una carga de caballería que el ataque frontal de la infantería villista, y habían situado su artillería en los cerros de La Bufa y El Grillo, mejor defendidos. Villa, siguiendo el consejo del general Ángeles, decidió concentrar el fuego de la poderosa artillería villista sobre las alturas que constituían la primera línea de defensa, mientras la infantería atacaba simultáneamente desde todas las direcciones. El Centauro del Norte desplegó además fuertes destacamentos en los accesos a la ciudad para impedir que las fuerzas federales pudieran huir, como habían hecho en Parral y Torreón.

El ataque comenzó la mañana del 23 de junio. La infantería villista barrió en poco tiempo a los defensores de la línea exterior de trincheras. Ello permitió emplazar la artillería en las alturas conquistadas, desde donde concentró su fuego sobre la cima de los cerros de La Bufa y El Grillo, acallando después de unas horas la artillería federal, que estaba mal emplazada, mientras las fuerzas villistas trepaban por ambos cerros. Conquistados estos, la resistencia se derrumbó por completo. Lo que siguió fue una espantosa matanza, mientras los villistas baleaban desde las alturas a las despavoridas tropas federales que trataban de abandonar el

caso urbano, encontrando todas las salidas cerradas. La voladura del polvorín del Ejército Federal para evitar que cayera en manos de los villistas mató por igual a decenas de atacantes, defensores y ciudadanos, al tiempo que destruía buena parte del centro de la ciudad. Zacatecas fue la más emblemática de las victorias de Pancho Villa y, sin duda, la más sangrienta. De acuerdo con Cumberland, más de 6.000 federales, en torno a un millar de villistas y otros tantos civiles quedaron en el campo de batalla. El precio pagado fue muy alto, pero la toma de Zacatecas puso fin prácticamente a la capacidad del Ejército Federal para continuar la lucha.

La ruptura de la coalición revolucionaria

Su resonante victoria en Zacatecas no sirvió a Villa para poder culminar su triunfo y forzar la rendición de un Ejército Federal que se desintegraba aceleradamente. Su derrota definitiva tendría lugar dos semanas más tarde, cuando el Ejército del Noroeste derrotó al último cuerpo del Ejército Federal en las cercanías de Guadalajara, tras lo cual se dirigió a marchas forzadas hacia la capital, mientras Huerta partía al exilio.

Varios fueron los factores que impidieron a Villa dirigirse hacia el sur y conquistar la Ciudad de México. Tradicionalmente, se ha invocado la negativa de Carranza a suministrar carbón a sus trenes, dado que el primer jefe controlaba la vital región carbonífera de Coahuila, pero esta no fue la única razón. Villa hubiera podido probablemente adquirir carbón en Estados Unidos, pero el gobierno estadounidense había restablecido temporalmente el embargo de armas y municiones a México tras la ocupación de Veracruz, exceptuando significativamente del mismo a las fuerzas carrancistas. Esta medida fue levantada poco después, pero la actitud estadounidense desconcertó a Villa, consciente de que dicho embargo impedía a la División del Norte reponer la gran cantidad de municiones consumidas en la batalla de Zacatecas para poder enfrentarse con los restos del Ejército Federal reagrupados en torno al capital, que suponían aún cerca de 25.000 hombres. Villa y sus generales temían, por otra parte, que su flaco oriental quedara expuesto a un ataque del Ejército del Noreste, que se estaba concentrando en Saltillo, si alargaban aún más sus líneas de suministro y se dirigían hacia la capital, provocando con ello una ruptura abierta con Carranza.

Todas estas razones llevaron finalmente a Villa a decidir replegarse hacia el norte y permitir que fueran las fuerzas carrancistas comandadas por Obregón las que ocuparan la Ciudad de México. Las diferencias entre Villa y Carranza eran ya insalvables, pero la

mayoría de los generales de ambos caudillos no deseaban una nueva guerra y los forzaron a negociar. Sus representantes firmaron el 6 de julio en Torreón un acuerdo que trataba de cerrar la brecha. Villa reconocía a Carranza como primer jefe de la revolución constitucionalista y este aceptaba el mando de Villa sobre la División del Norte y renunciaba a interferir en la conducción de la guerra. Los acuerdos de Torreón establecían asimismo que, una vez hubiera terminado la guerra contra Huerta, se reuniría una convención de comandantes revolucionarios para determinar la elección de un nuevo Gobierno. El pacto encomendaba a Carranza la preparación de las futuras elecciones presidenciales y excluía expresamente a los militares como candidatos a la presidencia de México.

En realidad, ni Villa ni Carranza estaban dispuestos a llegar a un acuerdo. Este último vio reforzada su posición cuando consiguió obtener la rendición incondicional del Ejército Federal tras la firma de los acuerdos de Teoloyucan, lo que permitió que las fuerzas de Obregón entraran el 15 de agosto en la capital, seguidas poco después por el propio Carranza. La capitulación de la Administración huertista consolidó la imagen del primer jefe como dirigente nacional del movimiento revolucionario y le permitió extender su control a gran parte del sureste del país, al tiempo que se hacía con los depósitos de armas del Ejército Federal. Tanto Carranza como Villa se dedicaron desde entonces a reclutar nuevas tropas y a buscar aliados entre los caudillos regionales que habían surgido en todo el país durante la revolución. El Centauro del Norte incorporó incluso a su ejército a varias decenas de oficiales federales apresados en Zacatecas y cuya ejecución había sido interrumpida por Ángeles.

La rivalidad entre los líderes revolucionarios sonorenses contribuyó a ahondar las diferencias en el campo revolucionario. La pugna enfrentaba al gobernador Maytorena con los principales líderes militares de este estado, que le reprochaban haber huido a Estados Unidos cuando estalló el movimiento revolucionario. El hecho de que la mayoría de las fuerzas revolucionarias sonorenses bajo el mando de Obregón se hubieran desplazado hacia el sur otorgaba ventaja al gobernador, que contaba con el respaldo armado de los principales líderes yaquis. Sin embargo, los partidarios de Obregón,

dirigidos por Plutarco E. Calles y Benjamín Hill, todavía controlaban la localidad fronteriza de Agua Prieta desde la que podían amenazar su posición. Carranza respaldaba las aspiraciones de Obregón a restablecer su control sobre Sonora, que constituía la base regional de su poder y de donde provenían la mayor parte de sus fuerzas. Ello condujo a Villa a aliarse, a su vez, con Maytorena, a quien asoció a sus preparativos contra Carranza.

La creciente inquietud de Obregón por la situación sonorense lo acabó llevando a desplazarse personalmente a Chihuahua con una pequeña escolta para tratar de llegar a un acuerdo con Villa. El 24 de agosto era recibido en la capital chihuahuense por el caudillo duranguense. Este se mostró dispuesto a mediar en la búsqueda de un arreglo que satisficiera a Obregón y apartara de Carranza a su principal general. Por ello, aceptó acompañarlo personalmente a Nogales para entrevistarse con Maytorena. En esta localidad, Villa y Obregón forzaron a un desconcertado Maytorena a aceptar un acuerdo que colocaba teóricamente las fuerzas de Calles y Hill bajo su autoridad, pero lo supeditaba a su vez a Obregón, como jefe del Ejército del Noroeste. Cuando el gobernador sonorense trató de retractarse, Villa lo presionó para que cediera la gobernatura al general sonorense Juan Cabral, quien se había mantenido neutral durante el conflicto, a cambio de la salida del estado de las fuerzas de Calles y Hill. Como contrapartida al respaldo de Villa en el pleito por el dominio de Sonora, Obregón se comprometió a conseguir que Carranza renunciara a presentarse a las futuras elecciones presidenciales y a que se realizaran con anterioridad elecciones locales y estatales a fin de impedir que el nuevo Gobierno pudiera influir en la elección de las nuevas autoridades regionales.

El acuerdo suscrito a principios de septiembre por Villa y Obregón naufragó casi desde el momento de su firma debido a la negativa de los restantes implicados a cumplir el papel que se les había asignado. A la reanudación de los combates en Sonora siguió la convocatoria por Carranza de un congreso que debía reunirse el 1 de octubre en la capital y en el que los carrancistas se habían asegurado una holgada mayoría. La negativa del primer jefe a renunciar a su candidatura presidencial convenció a Villa de que Obregón lo había engañado. Su furia creció cuando se enteró de que Carranza estaba atizando el conflicto entre los hermanos Arrieta y

Urbina por el control de Durango, que socavaba el dominio villista en ese estado. Claro que el propio Villa no era ajeno a estos preparativos prebélicos y había enviado a la Ciudad de México a uno de sus secretarios, el futuro novelista Martín Luis Guzmán, para tratar de atraer a su bando a varios generales carrancistas, como Lucio Blanco o Eulalio Gutiérrez.

En este marco, tuvo lugar una nueva visita de Obregón a Villa. En una de las decisiones más arriesgadas de su larga carrera, el militar sonorense se desplazó nuevamente hasta Chihuahua para tratar de persuadir a Villa de que mantuviera la parte del pacto relativa a Sonora, a sabiendas de que era probable que fuera un viaje sin retorno. El 16 de septiembre fue recibido a su llegada a la capital chihuahuense por Fierro, uno de los verdugos personales de Villa, en lo que constituía un lúgubre anticipo del nuevo talante del caudillo duranguense hacia Obregón. Villa lo obligó a contemplar al día siguiente desde el Palacio de Gobierno el desfile de varios miles de soldados de la División del Norte durante varias horas. Un día después, lo recibió en su mansión de Quinta Luján, donde lo acusó a gritos de ser un traidor y de haber intentado engañarlo. En uno de sus habituales arranques de ira ordenó formar un pelotón de ejecución para fusilarlo allí mismo. Obregón, que diría después de Villa que "es un hombre que controla muy poco sus nervios"[8], salvó la vida gracias a la oportuna intervención de Raúl Madero y de Ángeles que, con la ayuda de Luz Corral, lograron calmar al enojado caudillo. Con todo, este aún dudaba de lo que debía hacer con Obregón. Según Katz, sus generales se mostraban divididos. Los caudillos de extracción popular, como Manuel Banda, Urbina y Fierro, eran partidarios de ejecutarlo, pero finalmente se impuso el parecer de aquellos generales que aún creían que era posible evitar una nueva guerra y que, como Ángeles, Madero, Eugenio Aguirre Benavides o José Isabel Robles, procedían casi en su totalidad de las clases medias o altas de la sociedad mexicana. De hecho, Obregón aprovechó su estancia en Chihuahua para convencer a algunos de ellos de la necesidad de buscar una vía alternativa a Carranza y Villa.

Después de suscribir conjuntamente una nueva nota que refrendaba el acuerdo anterior, Obregón pudo abordar un tren hacia el sur. En este punto intervino Carranza, quien ordenó a Natera levantar las

vías del tren entre Zacatecas y la capital. La medida, que no se llevó a cabo y precipitó el cambio de bando del general zacatecano, estaba dirigida a impedir un ataque por sorpresa de la División del Norte contra el centro del país. Fuera intencionadamente o no, la orden de Carranza puso nuevamente en peligro la vida de Obregón. Nada más enterarse, Villa publicó un manifiesto por el que desconocía a Carranza como primer jefe de la revolución y llamaba al resto de los caudillos revolucionarios a deponerlo. También hizo retornar a Chihuahua el tren en el que viajaba Obregón, a quien cubrió de insultos y volvió a amenazar con el paredón. Lo sucedido a partir de este momento es confuso y difiere según las distintas versiones. La mayoría coinciden en que Villa decidió esta vez ejecutar al general sonorense, pese a la oposición de sus generales más moderados, pero prefirió ordenar a uno de sus comandantes que parase el tren en algún punto durante el largo viaje de regreso y procediera a asesinar discretamente a Obregón. Posiblemente, pretendía de este modo evadir la responsabilidad personal por el crimen. Una estrategia que Villa ya había ensayado exitosamente tras el asesinato de Benton y que utilizaría más adelante con motivo del ataque a Columbus o de la matanza de Santa Isabel, cuya autoría siempre negó para culpar a uno de sus comandantes. La suerte y la intervención de los generales Aguirre y Robles, que llegaron en tren para rescatarlo, permitirían a Obregón llegar vivo a la Ciudad de México. Villa habría de lamentar amargamente en el futuro haber dejado escapar al mejor general constitucionalista.

La colisión entre los dos principales líderes revolucionarios parecía ya inevitable. De hecho, Villa envió a Calixto Contreras a ocupar Durango, que sería evacuada por los hermanos Arrieta. No obstante, la presión de la mayoría de los caudillos militares de ambos bandos opuestos a una nueva guerra impidió, por el momento, que estallara el conflicto. Una cincuentena de comandantes del Ejército del Noroeste se pronunció a favor de un entendimiento y acordó con sus contrapartes de la División del Norte convocar una convención, a la que solo asistirían los distintos caudillos militares revolucionarios o sus representantes personales.

La convención se reunió en Aguascalientes el 10 de octubre. Desde un principio, los 39 delegados villistas centraron su estrategia en la pública renuncia de Villa a ocupar la presidencia y en manifestar

que aceptarían como presidente a cualquier general constitucionalista que no fuera Carranza. Sus reivindicaciones iban dirigidas en realidad a garantizar el gobierno autónomo de Chihuahua y Durango y, en general, el de todos los caudillos revolucionarios sobre sus respectivas regiones. Los villistas solicitaban además que se invitara a la convención a los delegados del Ejército Libertador del Sur y reclamaban algún tipo de compromiso relativo a la reforma agraria. Esta posición dividió al bloque carrancista, que constituía la mayoría de los 150 delegados que asistieron inicialmente a Aguascalientes. Un buen número de generales, pertenecientes en su mayoría al Ejército del Noreste, rechazó cualquier medida dirigida a impedir la llegada de Carranza a la presidencia. Sin embargo, la mayoría de los comandantes del Ejército del Noroeste se mostraron favorables a que tanto Villa como Carranza renunciaran para dejar paso a un tercer candidato a la presidencia. Este grupo estaba liderado por un conjunto de generales que en algunos casos aspiraban personalmente a la presidencia —como Obregón, Blanco, Antonio Villareal y Eduardo Hay— y, en otros, coincidían con los villistas en querer establecer un Gobierno central débil, que no limitara el poder adquirido por los nuevos caudillos revolucionarios en sus respectivas regiones. Tampoco el bloque villista era completamente homogéneo, ya que varios generales villistas, como Robles, Aguirre y Herrera, habían manifestado reservadamente a Obregón que estaban dispuestos a abandonar a Villa en caso de que este no aceptara una renuncia conjunta.

La estrategia de Villa en la convención, concebida y orquestada por Ángeles, pasaba por conseguir una mayoría que arrinconara a Carranza. Este objetivo se vio reforzado cuando Ángeles convenció a los zapatistas para que se incorporaran a los trabajos de la asamblea. La llegada de los 26 delegados zapatistas selló la alianza entre Villa y Zapata contra Carranza cuando la convención aprobó las líneas generales de la reforma agraria enunciada en el Plan de Ayala. La alianza entre villistas y zapatistas reforzó el número de los partidarios de la renuncia simultánea de Villa y Carranza, y permitió a Obregón conseguir que la convención designara el 2 de noviembre como presidente provisional a un oscuro dirigente minero potosino, el carrancista Eulalio Gutiérrez, para que se encargara de organizar las futuras elecciones presidenciales.

Gutiérrez nombró poco después al general villista Robles como su secretario de Guerra. La asamblea destituyó a continuación a Carranza como primer jefe y a Villa como comandante de la División del Norte. Para entonces, la presencia de las tropas villistas a las puertas de Aguascalientes ejercía una cierta coacción sobre los delegados.

Consciente de que Carranza no renunciaría por ningún motivo, Villa aceptó la decisión de la convención e incluso llegó a proponer teatralmente su propia ejecución y la de Carranza si la asamblea estimaba que estas eran necesarias para la paz. Según Katz, se trataba en realidad de una representación destinada a presentar a Carranza como responsable de la guerra civil que se aproximaba ante la opinión pública mexicana y extranjera. Villa pretendía también atraer de este modo a su bando a algunos de los generales carrancistas.

Los cálculos de Villa se mostraron acertados. Inseguro de la actitud del general Blanco, cuyas tropas guarnecían la Ciudad de México, Carranza abandonó subrepticiamente la capital el 1 de noviembre para dirigirse a Puebla y luego a Córdoba, controladas por las fuerzas de Francisco Coss y Cándido Aguilar, dos de sus generales más leales. Desde allí, se negó a recibir durante varios días a la delegación encabezada por Obregón y González que venía a informarle de las decisiones tomadas en Aguascalientes. Cuando finalmente lo hizo, fue para negar que la convención fuera competente para destituirlo y ordenar la retirada de sus delegados. Ello colocó a la mayoría de los generales carrancistas que habían tratado de impulsar una tercera vía en la tesitura de optar por Villa o Carranza. La mayoría eligieron a este último. Este fue el caso de Obregón, que había perdido su base de poder personal en Sonora y cuyo Ejército del Noroeste se encontraba disperso por distintas regiones, cuyos comandantes militares —Calles, Hill y Manuel Diéguez— habían manifestado su apoyo a Carranza. Este perdonó sus intrigas y, consciente de su valía, terminó nombrándolo general en jefe de las fuerzas constitucionalistas.

La previsible negativa de Carranza a aceptar su destitución facilitó a Villa el control de lo que restaba de la convención tras la salida de la mayoría de los delegados carrancistas. Según Cumberland y

Knight, esto era lo que Villa había buscado desde un principio. El 10 de noviembre la convención declaró a Carranza en abierta rebeldía. El escaso número de generales fieles al Gobierno convencionista de Gutiérrez colocaría a la convención bajo la protección de Villa. Ello obligó a Gutiérrez a ratificar el título de general en jefe de las fuerzas convencionistas que Villa se había atribuido a sí mismo y a encargarle conducir las operaciones militares para reducir a las fuerzas leales a Carranza. De este modo, tenía lugar el inicio de la última y más sangrienta etapa de la Revolución mexicana.

Capítulo 4

La guerra civil y la derrota del villismo

Los dos bandos

El desenlace de la Convención de Aguascalientes significó que la totalidad de los caudillos militares que controlaban de facto las distintas regiones del país se agruparan en torno a alguno de los dos grandes bandos que se habían ido conformando desde el verano de 1914. Por un lado, los partidarios de Carranza y, por otro, la heterogénea coalición formada por villistas y zapatistas, a la que se sumó momentáneamente un tercer grupo de generales que habían abogado en la convención por una vía intermedia entre Villa y Carranza y que no habían terminado de decantarse por uno u otro caudillo.

Más allá de la existencia de un núcleo de generales que eran partidarios decididos de Villa o de Carranza, la adscripción de un gran número de los caudillos revolucionarios a una u otra facción estuvo determinada a menudo por razones de oportunismo y, en ese sentido, su lealtad estuvo condicionada por el desarrollo del conflicto. Ello supuso que muchos de estos generales bascularan alternativamente entre una y otra facción y que no fueran infrecuentes los cambios de bando.

Inicialmente, existía un precario equilibrio de poder entre ambos grupos. Tanto los constitucionalistas como la alianza constituida por Villa y Zapata partían con algunas ventajas y desventajas respecto a su rival. Los carrancistas controlaban inicialmente la capital —aunque pronto la perderían— y la mayor parte de Veracruz, Tabasco, Tamaulipas, Nuevo León, Puebla, Hidalgo, Guanajuato, Querétaro y Jalisco, así como amplias regiones de Campeche, Yucatán y Chiapas. Carranza contaba, asimismo, con importantes enclaves en Coahuila, Sonora y Sinaloa y dominaba el estratégico ferrocarril del itsmo de Tehuantepec. La vulnerabilidad de su posición en la Ciudad de México llevó pronto a Carranza a establecer su Gobierno en la ciudad de Veracruz, que había sido evacuada por las tropas estadounidenses en noviembre de 1914 después de casi un año y medio de ocupación.

El control de los puertos mexicanos del golfo de México, a través de los cuales tenía lugar la mayor parte del comercio mexicano con el exterior, así como de las principales regiones productoras de petróleo, henequén y café, que constituían el grueso de las exportaciones mexicanas, cuyo valor se había incrementado además a causa de la Gran Guerra, otorgaba sin embargo a los carrancistas una decisiva ventaja sobre sus rivales. De acuerdo con Katz, los ingresos fiscales de los territorios controlados por Carranza prácticamente duplicaban a los de las zonas dominadas por la convención. Ello permitió al Gobierno constitucionalista no solo adquirir gran cantidad de armas y municiones en el extranjero, sino también disponer de los grandes depósitos de armas, pertrechos y municiones que la dictadura de Huerta había acumulado en Veracruz y que las autoridades estadounidenses entregaron intactos a Carranza al abandonar el puerto.

El primer jefe contaba además con la adhesión de la mayoría de los generales de dos de los tres principales cuerpos de ejército revolucionarios: el Ejército del Noroeste, comandado por Obregón, y el del Noreste, dirigido por González, cuyos veteranos constituirían el embrión del futuro ejército regular constitucionalista que crecería rápidamente en torno a este núcleo entrenado. Si bien dentro del constitucionalismo coexistían diferentes sensibilidades, los liderazgos territoriales tenían menos peso y, debido a ello, menor autonomía que entre los convencionistas. La decisión de Obregón y del grupo de generales afines a este de aceptar el liderazgo de Carranza que, a su vez, colocaría a sus principales fuerzas bajo el comando de quien, sin duda, era su mejor general dotó a los constitucionalistas de un mando unificado que las fuerzas convencionistas nunca tuvieron. Este último factor resultaría decisivo.

En contra de Carranza jugaba la falta de continuidad territorial de las regiones controladas inicialmente por el constitucionalismo que, tras la rápida ofensiva de Villa, se vieron reducidas a tres grandes enclaves: Veracruz y los estados del sureste, parte de la región centro-occidental, en torno a Guadalajara, y el noreste de México. Su control sobre el sureste del país era, por otra parte, bastante precario al enfrentar una fuerte oposición local, si bien los caudillos conservadores que la protagonizaron nunca llegaron a coordinar sus

esfuerzos con los de la convención, pese a que en algunos casos, como en Chiapas, llegaran a proclamarse nominalmente villistas. Con todo, quizás el principal problema de los constitucionalistas radicaba en el escaso entusiasmo despertado por Carranza entre las masas populares frente al considerable carisma de Villa o Zapata. Según Ulloa, este hecho, unido a la presión de sus generales más progresistas, acabaría forzando al primer jefe a imprimir un giro social a su programa para terminar asumiendo algunas de las demandas de los grupos populares que habían secundado la revolución.

La heterogénea coalición convencionista contaba, por el contrario, con la ventaja proporcionada por la indudable popularidad de sus dos principales caudillos entre las masas populares y con el aura de invencibilidad que rodeaba a la División del Norte tras su decisivo papel en la derrota del Ejército Federal. Si bien las fuentes en torno a la magnitud de las fuerzas militares de cada bando difieren notablemente, la mayoría de los especialistas considera que en un primer momento este factor era favorable a los convencionistas. Taibo llega a señalar que la coalición convencionista contaba originalmente con 60.000 soldados frente a tan solo 30.000 constitucionalistas. Sean correctas o no estas cifras, la creencia casi generalizada de que el poderío militar de las fuerzas convencionistas les permitiría aplastar rápidamente a sus rivales fue probablemente la razón que llevó a numerosos caudillos regionales a alinearse con Villa, al mismo tiempo que su alianza con Zapata atraía a sectores agraristas de distintas partes del país, como sucedió en San Luis Potosí y Tlaxcala. Ello permitió a villistas y zapatistas dominar, junto a sus aliados, casi todo el noroeste y buena parte del centro de México.

La continuidad territorial de las extensas áreas controladas por las fuerzas leales a la convención constituía otra ventaja. Estas ocupaban una amplia franja del país que se extendía desde la frontera con los Estados Unidos, donde se abastecían de armas y pertrechos militares, hasta la zona de dominio zapatista en Morelos y los estados colindantes de México, Puebla y Guerrero. Sus tropas podían además desplazarse con facilidad gracias al control de las principales líneas férreas que comunicaban el centro-occidente del país con la frontera norte. La rápida conquista de la zona

carbonífera de Coahuila, inicialmente bajo dominio carrancista, garantizaba además el suministro de carbón, que resultaba vital para el movimiento de los trenes que transportaban a las tropas y cuya falta había impedido a la División del Norte llegar hasta la Ciudad de México durante la guerra contra Huerta.

Si bien los recursos económicos de las regiones dominadas por la convención eran inferiores a los de sus rivales, tampoco resultaban desdeñables. El levantamiento zapatista había hundido la antaño próspera producción azucarera de Morelos, pero el territorio villista contaba con importantes recursos ganaderos y mineros y la revolución no había interrumpido la producción algodonera de la comarca lagunera. Los convencionistas tenían además un fácil acceso al mercado estadounidense. De hecho, el desarrollo del conflicto no interrumpió en ningún momento el denso movimiento de trenes de mercancías hacia la frontera norte.

La aparente complacencia de la Administración de Wilson con Villa, quien había tenido especial cuidado en no afectar a los importantes intereses estadounidenses en el norte de México, contrastaba con la creciente inquietud suscitada en Washington por el nacionalismo revolucionario de Carranza, lo que también parecía favorecer inicialmente a las fuerzas convencionistas, que no tuvieron problemas para adquirir grandes cantidades de armas y pertrechos en Estados Unidos. La ambigua actitud de la Administración de Wilson solo comenzaría a cambiar a raíz de las sucesivas derrotas sufridas por Villa, lo que acabaría provocando que este experimentara un fuerte resentimiento personal contra el vecino del norte.

En contra de Villa y Zapata jugaba la propia heterogeneidad de la coalición anticarrancista, cuyas bases sociales e intereses eran muy dispares. El villismo era originalmente —como han estudiado Katz y Salmerón— un amplio y difuso movimiento interclasista que incluía a rancheros, peones de hacienda, mineros, ferroviarios, trabajadores industriales e incluso a algunos sectores de las clases medias de Chihuahua, Durango y el suroeste de Coahuila, cada uno con sus propios objetivos. En otras regiones del país, como en San Luis Potosí o Tlaxcala, las fuerzas villistas se nutrieron en cambio de los movimientos agraristas locales que aspiraban a un reparto

inmediato de las tierras de las haciendas. Por el contrario, los principales aliados de Villa en el noroeste del país (Maytorena en Sonora, Felipe Rivero en Sinaloa y Rafael Buelna en Nayarit) si bien contaban con el respaldo de algunos sectores populares, como el caso de los yaquis en Sonora, respondían en mayor medida a los intereses de los hacendados locales, por lo que eran reacios a desarrollar cualquier proyecto de reforma agraria, así como a abandonar su territorio para apoyar a Villa. Una actitud similar a la de otros caudillos regionales aliados por oportunismo con el Centauro del Norte, como el antiguo general felicista Manuel Peláez, quien dominaba la zona petrolera de Tuxpan en connivencia con las compañías petroleras estadounidenses y anglo-holandesas que, paradójicamente, exportaban su petróleo por Tampico, dejando grandes ganancias aduaneras a Carranza.

El movimiento zapatista, por su parte, representaba exclusivamente los intereses de las comunidades indígenas de Morelos y de las áreas colindantes con este estado. Su programa, radicalmente agrarista, contaba con algunos partidarios fuera de Morelos, especialmente en aquellas áreas donde las comunidades indígenas habían logrado mantener cierta cohesión; pero como indica Ulloa, no despertaba apenas interés ni entre los rancheros independientes del norte y el occidente de México ni entre los obreros industriales y las clases medias.

A esta amalgama de fuerzas con intereses encontrados habría que sumar aquellos generales que constituían el principal respaldo del inoperante Gobierno de Gutiérrez. Hombres como los antiguos generales villistas Robles y Aguirre Benavides, a los que Obregón había logrado atraerse en Torreón, o como el general carrancista Blanco, gobernador militar de la Ciudad de México, cuya defección obligaría a los constitucionalistas a evacuar la capital. Todos ellos habían defendido una tercera vía en la convención, sin decantarse por Villa o por Carranza, pero —a diferencia de Obregón y sus aliados— se negaron a sumarse al bando constitucionalista tras la ruptura del bloque revolucionario.

Esta heterogeneidad impidió una coordinación eficaz entre las distintas fuerzas de la coalición, lo que provocó que, en la práctica, Villa nunca pudiera actuar como un verdadero comandante en jefe

de las tropas convencionistas. Ello se vio acentuado por la reticencia de los zapatistas a abandonar sus zonas de influencia, compartida por muchos de los caudillos regionales que apoyaron inicialmente a Villa. Esta falta de un comando único perjudicaría notablemente a las fuerzas convencionistas y haría recaer todo el peso del enfrentamiento decisivo en la poderosa División del Norte, comandada personalmente por Villa.

Existe un debate historiográfico en torno a si la alianza convencionista tenía o no un verdadero proyecto de nación, más allá de la aceptación formal de una parte del Plan de Ayala por la convención. La mayoría de los historiadores responden negativamente a esta cuestión y consideran que la alianza aglutinada en torno a Villa y Zapata se vio lastrada por la falta de un verdadero proyecto nacional y por la ambigüedad del propio Villa en torno a la reforma agraria, al margen de las promesas realizadas a sus bases agrarias en Chihuahua y Durango. Estas promesas estaban centradas, como vimos, en la devolución a los pueblos de las tierras arrebatadas por las haciendas y en la creación de nuevos asentamientos para sus veteranos. Villa no pretendió en ningún momento extender este modelo al resto del país y defendió un tipo de regionalismo extremo —no necesariamente federalista— que dejara a los distintos caudillos revolucionarios la posibilidad de decidir por su cuenta el nuevo orden político-social que se construiría en las regiones controladas por cada uno de ellos. Es decir, un régimen político muy parecido al establecido en China por los señores de la guerra tras la caída del régimen imperial en 1911.

Esta situación contrastaba con el programa carrancista para reconstruir un Estado mexicano fuertemente centralizado sobre las ruinas del viejo aparato porfirista destruido por la guerra. Un Estado que fundara su legitimidad en un nuevo orden constitucional y que consagrara la autoridad del poder civil —representado por el propio Carranza— sobre los caudillos militares surgidos de la revolución. Este programa se vería complementado por un conjunto de reformas políticas y sociales dirigidas al conjunto del país e incorporadas al Plan de Guadalupe en diciembre de 1914. Ello permitió a los constitucionalistas atraerse el apoyo de los sectores urbanos de clase media, que anhelaban el retorno de la legalidad democrática que había encarnado Madero y el final de la

arbitrariedad militar. Su programa también resultó atractivo para el incipiente movimiento obrero mexicano, representado por la Casa del Obrero Mundial, cuyo pacto con Carranza en febrero de 1915 se traduciría en la formación de los célebres Batallones Rojos, que tan útil servicio prestarían al constitucionalismo en los campos de batalla del Bajío y de la Huaxteca potosina.

La ofensiva villista

Consumada la ruptura, Villa actuó con rapidez y movilizó a la División del Norte, acantonada en Aguascalientes, contra la capital, que se veía atenazada además por el avance zapatista por el sur. Los trenes villistas cargados de tropas atravesaron Guanajuato, entrando sin resistencia en León, Silao y Celaya. En esta última ciudad, Villa recibió, no sin reticencias, la supuesta adhesión de los cabecillas convencionistas de Michoacán, Gertrudis G. Sánchez, Joaquín Amaro y Juan Espinosa, quienes se habían desplazado en tren desde Morelia para solicitar municiones y dinero para sus fuerzas. Villa, en uno de esos episodios ciclotímicos que tanto lo caracterizaban, estuvo a punto de apresarlos por desconfiar de sus intenciones, pero finalmente optó por entregarles todo lo que solicitaban entre muestras de afecto. En este caso, su desconfianza estaba justificada, ya que poco después la mayoría de los revolucionarios michoacanos lo traicionaría para unirse a Carranza.

Conforme las fuerzas carrancistas se replegaban hacia Guadalajara o Veracruz y las débiles guarniciones situadas en el camino a la Ciudad de México iban cayendo rápidamente una tras otra, el avance de las fuerzas villistas parecía confirmar las apreciaciones de la mayoría de los observadores mexicanos y extranjeros sobre el inminente triunfo de Villa. La facilidad con la que sus tropas se abrieron paso hasta la capital y los recibimientos multitudinarios que se les tributaban en las localidades que iban atravesando debieron contribuir, sin duda, a incrementar la autoconfianza de la División del Norte y del propio Villa.

Mientras las acosadas fuerzas carrancistas dejaban libre el camino hacia la capital, Carranza trasladaba su Gobierno a Veracruz, que había sido evacuada por el cuerpo expedicionario estadounidense el 23 de noviembre. Obregón se vio obligado entretanto a abandonar la Ciudad de México tras la defección de la guarnición de la capital, comandada por el general Blanco, que se declaró a favor de la

convención y abandonó la capital para evitar un enfrentamiento con los zapatistas, cuyas avanzadas habían penetrado ya en Xochimilco y San Ángel. La ciudad, sobrecogida por el temor, fue ocupada el 24 de noviembre por las fuerzas surianas. Cuatro días más tarde llegaría a Tacuba la vanguardia de la División del Norte, al mando del general Ángeles, donde quedaría estacionada en espera de Villa.

Este había desviado a una parte de sus fuerzas hacia Hidalgo para evitar que los constitucionalistas pudieran amenazar la capital desde el norte. El 29 de noviembre, los generales José Félix Bañuelos y Roberto Martínez desalojaban de Pachuca al Ejército del Noreste, que abandonó en su huida parte de su artillería y gran cantidad de pertrechos. Esta derrota provocó la desbandada de varios miles de soldados carrancistas, si bien González logró replegarse hacia la Huasteca con la mayor parte de su ejército. El 3 de diciembre de 1914, Villa hizo finalmente su entrada en la Ciudad de México para reunirse con Zapata un día más tarde en Xochimilco.

El encuentro entre los dos famosos líderes revolucionarios ha pasado a la historia tanto por su transcendencia como por la famosa fotografía tomada dos días más tarde en el Palacio Nacional, en la que Villa posa sonriente sentado en el supuesto sillón presidencial, junto a un taciturno Zapata y varios de los lugartenientes de ambos. Esta imagen icónica pasó a simbolizar con el tiempo la posibilidad truncada del acceso al poder de las clases populares y de una revolución más social. En realidad, Villa y Zapata sostuvieron dos reuniones en la localidad famosa por sus chinampas. Una, pública y multitudinaria, en compañía de varias decenas de colaboradores en la que se abordaron asuntos generales relacionados con su alianza y otra, privada, donde adoptaron algunos acuerdos en torno a la estrategia militar contra Carranza y en la que, de acuerdo con diversas versiones, también pactaron la ejecución de varios enemigos políticos que se encontraban bajo el amparo del Gobierno convencionista.

Existen diversos testimonios sobre la primera reunión, la cual se desarrolló en un clima de franca cordialidad y en el curso de la cual Villa se esforzó por agradar a su aliado, hasta el punto de que, pese

a su conocida aversión al alcohol, llegó a brindar con coñac para no desairar a este. Ambos dirigentes declararon representar al "pueblo ignorante" —en palabras del propio Villa— y manifestaron su total falta de interés por la presidencia, dejando de paso patente su desdén por los políticos civiles que habían desempeñado el cargo hasta entonces. En este sentido, los dos líderes revolucionarios no ocultaron su desconfianza hacia cualquier tipo de autoridad central, expresando su firme intención de controlar estrechamente en el futuro al Gobierno convencionista. Para ello, Villa aseguró que solo elegirían a aquellos ministros que no fueran a dar problemas, en tanto que Zapata declaraba de manera mucho más truculenta "aconsejaré a todos nuestros amigos [en referencia a los miembros del gabinete convencionista] que tengan mucho cuidado, si no, sentirán el filo del machete"[9]. Ello anticipaba la difícil relación de ambos líderes con el gobierno de Gutiérrez que daría pie a la rápida erosión de la coalición convencionista. En el curso de la conversación, Villa se mostró genéricamente de acuerdo con Zapata en incorporar más adelante a la agenda nacional la reforma agraria planteada por el Plan de Ayala, pero sin especificar cuándo y de qué manera pensaba aplicarla en las regiones bajo su control. Ya en privado, los dos dirigentes revolucionarios acordaron que Villa dirigiera sus fuerzas contra sus enemigos en el noreste y el occidente del país, en tanto que Zapata se ocuparía del sur. Los dos líderes acordaron además la participación conjunta de villistas y zapatistas en la próxima campaña contra Carranza en Veracruz.

Si bien, en ocasiones, se ha sobredimensionado el contenido de los acuerdos de Xochimilco, la cumbre sirvió básicamente para refrendar la alianza militar entre Villa y Zapata. Fuera de esto, ambos caudillos revolucionarios se limitaron a realizar declaraciones genéricas sobre la legitimidad de su lucha contra Carranza, expresar su intención de limitar el margen de acción del Gobierno convencionista y reiterar la necesidad de poner fin a las profundas desigualdades sociales mediante una reforma agraria basada en el Plan de Ayala. El encuentro no supuso la formulación de un verdadero programa de gobierno a nivel nacional que sirviera para reforzar la posición del bando convencionista atrayendo a nuevos sectores sociales que, como los obreros o las clases medias urbanas, acabarían basculando hacia el constitucionalismo.

Para poner de manifiesto cuál era realmente la base sobre la que descansaba su poder, Villa y Zapata encabezaron dos días más tarde el desfile triunfal de varias decenas de miles de soldados convencionistas por las calles de México. La popularidad de Villa se puso de manifiesto en la numerosa multitud reunida para contemplar el paso del Centauro del Norte y de sus legendarios Dorados y en las aclamaciones, jalonadas por frecuentes gritos de "Viva Villa" que, de acuerdo con diversos testimonios, acompañaron su paso. El desfile terminó en el Zócalo, frente al Palacio Nacional, donde ambos caudillos acudieron a cumplimentar al presidente Gutiérrez. Después del banquete, Villa propuso a Zapata, como una broma, posar en el sillón decorado con un águila para la fotografía que pasaría a la historia y que, quizás de manera inconsciente, reflejaba el verdadero equilibrio de poder entre las distintas fuerzas que integraban el bando convencionista, liderado de manera indiscutible por el propio Villa.

El desfile triunfal por las calles de la Ciudad de México constituyó probablemente el momento cumbre de la extraordinaria trayectoria de Villa. El ascenso del caudillo semianalfabeto de Durango tuvo lugar como consecuencia de un conjunto de acontecimientos históricos que, en gran medida, resultaban ajenos al propio Villa, pero también respondió a sus indudables méritos personales, como su liderazgo y carisma, así como a su notable capacidad organizativa y talento como guerrillero. Sin embargo, la cumbre de su poder marcó también el inicio de su declive. La magnitud de los éxitos conseguidos incrementó desmesuradamente la autoconfianza de Villa e hizo que comenzara a desatender los consejos de aquellos que, como Ángeles, habían contribuido hasta entonces de manera notable a sus victorias. Ello condujo a Villa a adoptar una serie de decisiones erróneas que acabarían resultando desastrosas.

La captura de la capital con su enorme importancia simbólica y económica proporcionaba una importante ventaja a la alianza convencionista. El triunfo permitió a Villa comenzar a gestionar el ansiado reconocimiento estadounidense por medio de las gestiones directas de sus representantes en Washington y de las realizadas al mismo tiempo desde la capital por el propio Gobierno de la convención. También permitió a Villa reclutar a varias decenas de antiguos oficiales federales en un intento de profesionalizar aún

más la División del Norte. Pese a todo, Villa nunca se sintió a gusto en la Ciudad de México, un sitio que le resultaba extraño y donde probablemente temía algún atentado, por lo que no se separaba de su escolta en ningún momento.

Ello no significa que el antiguo guerrillero, que conocía perfectamente el poder de los gestos simbólicos, desaprovechara el foco proporcionado por su control de la capital, como puso de manifiesto la ceremonia de exhumación de los restos de Madero para su entierro solemne, la restauración de las placas colocadas por Carranza para renombrar la calle Plateros como Francisco I. Madero —que habían sido retiradas días antes por los zapatistas— o el envío de varias decenas de huérfanos a un internado-escuela creado con este fin en Chihuahua. Si Villa hubiera utilizado al gabinete convencionista para crear una verdadera alternativa al Gobierno de Carranza, probablemente habría hecho dudar a algunos de los sectores que apoyaban al bando constitucionalista e incluso habría podido persuadir a Wilson a plantearse el reconocimiento de la coalición convencionista. En lugar de eso, negó cualquier autoridad real al Ejecutivo de Gutiérrez, poniendo de manifiesto que el único poder real residía en el conjunto de generales encabezados por Villa y Zapata.

La ruptura con Gutiérrez se vio acelerada por la campaña de terror desatada en la Ciudad de México contra antiguos funcionarios de la Administración huertista y miembros de la élite social y económica del país, muchos de los cuales fueron objeto de ejecuciones sumarias, secuestros, extorsiones y confiscaciones. Numerosos ciudadanos comunes fueron también víctimas de esta violencia revolucionaria, como los comerciantes y empleados que murieron al oponerse al robo de sus comercios o los transeúntes que perecieron a causa de diversos tiroteos entre los escoltas de caudillos revolucionarios rivales. La violencia alcanzó incluso a varios disidentes del villismo y del zapatismo colocados bajo la protección del Gobierno convencionista, como los delegados de la convención David G. Berlanga —que había llamado públicamente bandido a Villa—, Paulino Martínez y Guillermo García Aragón. El mismo secretario convencionista de Instrucción Pública, José Vasconcelos, fue objeto de serias amenazas de muerte por parte del general villista Juan Banderas, sin que Villa aceptara intervenir pese a los

ruegos de Gutiérrez.

Es difícil precisar el grado de responsabilidad de Villa en todos estos sucesos. Comparado con las cruentas matanzas que se produjeron durante todo el proceso revolucionario, el número de asesinatos en la capital no parece excesivamente alto. Knight los cifra en alrededor de 200, en tanto que Katz los rebaja a 150, aunque los afectados por otras formas de violencia revolucionaria, como extorsiones o secuestros, debieron ser más. Según ambos autores, tanto Villa como Zapata fueron responsables directos de una parte de estos crímenes, en tanto que otros fueron probablemente iniciativa personal de algunos de sus subordinados.

Como en otras ocasiones, Urbina y Fierro parecen haber estado directamente implicados en muchas de estas turbias actividades. El primero destacó especialmente a la hora de secuestrar, torturar y extorsionar a miembros de la oligarquía capitalina, así como a algunos de los numerosos hacendados que habían buscado refugio en la capital del país. No queda claro si Urbina actuó siempre por órdenes de su superior. En cualquier caso, es seguro que este debió conocer y autorizar la conducta de su subordinado. Hay que recordar que Villa ya había impuesto contribuciones forzosas a la oligarquía mexicana en el norte del país a fin de conseguir los recursos necesarios para mantener a su ejército. Resulta extraño, por tanto, que no utilizara la misma táctica en la capital y, en su lugar, recurriera a ese tipo de prácticas criminales. Katz trata de explicarlo por la reluctancia del Gobierno de la convención a autorizar cualquier contribución extraordinaria, pero ello no basta para aclarar la decisión de Villa, que podría haber impuesto sin problemas una medida de este tipo, como hizo más tarde en Guadalajara o Monterrey.

Las protestas de Gutiérrez contra las arbitrariedades y crímenes cometidos por las tropas villistas y zapatistas en la capital no solo no fueron atendidas, sino que pusieron de manifiesto la ficción representada por el Ejecutivo convencionista. Ello agrió rápidamente las relaciones de Gutiérrez con Villa y Zapata, que no estaban dispuestos a conceder al primero ningún tipo de autonomía. No fue esta la única consecuencia del terror revolucionario. Ciertamente, las acciones de Villa le enajenaron el respaldo de la

oligarquía y de las clases medias capitalinas, pero sobre todo empezaron a afectar a su imagen en el extranjero cuando la prensa internacional empezó a publicar noticias sobre los asesinatos y robos cometidos por los villistas en la Ciudad de México. Si bien muchos de esos casos no eran atribuibles directamente al propio Villa sino a sus subordinados, en otros su responsabilidad era innegable, como cuando detuvo a la propietaria francesa de un hotel que osó proteger a una cajera acosada por el caudillo, siendo necesaria la intervención de los representantes extranjeros para liberarla. Todo ello acrecentó la leyenda negra de Villa y contribuyó a alimentar la maquinaria propagandística del carrancismo, que presentaba la nueva guerra civil como un enfrentamiento entre civilización y barbarie. Los artículos del prestigioso crítico del porfiriato John Kenneth Turner, que resaltaban en toda su crudeza la trayectoria violenta de Villa, presentándole como un feroz forajido desprovisto de cualquier propósito de reforma social, tuvieron un especial impacto dentro y fuera de México.

Si la ruptura con Gutiérrez fue el primer gran error de Villa, el segundo fue probablemente no atacar de manera inmediata Veracruz, mientras las fuerzas constitucionalistas, minadas por las deserciones, estaban aún desmoralizadas por las sucesivas derrotas y su prolongada retirada hacia el Golfo. Tras la caída de la Ciudad de México, Felipe Ángeles recomendó repetidamente a Villa atacar la capital constitucionalista a fin de "pegar a la cabeza", antes de que las fuerzas carrancistas tuvieran tiempo para reorganizarse bajo la competente dirección de Obregón. Villa había conseguido además en Xochimilco el compromiso de Zapata de que el Ejército Libertador del Sur participaría en la campaña contra Carranza a cambio de la entrega de grandes cantidades de armas y municiones.

Resulta imposible saber si un ataque directo contra el corazón del constitucionalismo habría podido tener éxito en ese momento, pero de haberlo logrado, habría conducido seguramente al final de la guerra civil. Sin embargo, Villa hizo caso omiso de los consejos de su general más sobresaliente y prefirió dividir a sus fuerzas para hacer frente a la amenaza representada por los constitucionalistas en el occidente y el noreste del país. Su decisión se vio precipitada por un ataque de las fuerzas carrancistas contra Torreón. La pérdida de este estratégico nudo ferroviario del suroeste de Coahuila habría

interrumpido las comunicaciones directas de Villa con Chihuahua, la región que constituía su principal centro de poder. Eso era algo que el Centauro del Norte no podía permitirse.

Las noticias sobre la ofensiva constitucionalista en Coahuila condujeron a Villa a suspender la proyectada campaña contra Veracruz y enviar al general Ángeles con parte de su ejército a defender Torreón, mientras él mismo se dirigía con el resto contra las fuerzas constitucionalistas de Jalisco. Las dos maniobras tuvieron éxito. El avance de la División del Norte obligó a los carrancistas a evacuar Guadalajara, donde Villa entró triunfalmente el 17 de diciembre. Los abusos y el radicalismo anticlerical del comandante constitucionalista, Manuel Diéguez, le habían enajenado el apoyo de la mayor parte de la población tapatía. Esto hizo que Villa fuera recibido casi como un libertador y que se le tributara una recepción verdaderamente entusiasta. Quizás por ello el caudillo norteño no llevó a cabo una represión sangrienta como en la capital, limitándose a imponer una contribución extraordinaria de un millón de pesos a la oligarquía jalisciense, a la que amenazó veladamente con llevar a cabo la temida reforma agraria si no colaboraba. Durante su breve estancia en Guadalajara sus medidas parecen haber estado dirigidas a incrementar su popularidad entre las masas populares, a las que distribuyó generosamente dinero y víveres.

El general Ángeles consiguió un éxito todavía mayor en el norte. Una brillante campaña le permitió ocupar Saltillo, la capital del estado natal de Carranza, para a continuación infligir una dura derrota al Ejército del Noreste en la batalla de Ramos Arizpe en enero de 1915. Se trató del primer enfrentamiento de gran envergadura de la nueva guerra civil. Los constitucionalistas perdieron cerca de un tercio de sus fuerzas, dejando en el campo de batalla más de 2.000 muertos y 2.000 prisioneros, entre ellos, varios generales. La victoria permitió a los villistas apoderarse de Monterrey, principal centro industrial del norte del país, así como de grandes cantidades de armas, municiones, caballos e incluso de 25 locomotoras. El alcance de la victoria se vio un tanto rebajado por la decisión de Ángeles de liberar a los prisioneros tras hacerles jurar que no volverían a empuñar las armas contra las fuerzas convencionistas, lo que, en definitiva, permitió la reincorporación

de una gran parte a las filas constitucionalistas. Se trataba de un extraño acto humanitario en un conflicto en el que ambas facciones acostumbraban a ejecutar a sus prisioneros, especialmente a los oficiales. No resulta extraño que la decisión de Ángeles no fuera bien recibida por la mayoría de los generales villistas, si bien Villa —que conocía perfectamente su forma de pensar— se limitó a refrendar las medidas tomadas por este cuando acudió a Monterrey, semanas más tarde.

El éxito de la doble ofensiva villista contra los constitucionalistas en el centro-occidente y el noreste de México entregó a Villa el control de las tres principales ciudades del país y de la región carbonífera de Coahuila, que le aseguraba el suministro de carbón necesario para el movimiento de los trenes que transportaban a su ejército. Paralelamente a estas victorias, el Ejército Libertador del Sur abandonó por fin sus bases en Morelos y logró ocupar Puebla a mediados de diciembre, aprovechando el temor de las fuerzas constitucionalistas a un inminente ataque de la División del Norte.

Sin embargo, estos triunfos no sirvieron para aniquilar a los carrancistas en ninguna de estas regiones. En el noreste se fortificaron en torno a Tampico, reteniendo el control de su vital zona petrolera, mientras recibían importantes refuerzos desde Veracruz. En el occidente, las fuerzas de Diéguez, que estaban casi intactas y eran continuamente abastecidas desde el puerto de Manzanillo, en el Pacífico, se vieron reforzadas por la duplicidad de los generales convencionistas de Michoacán, que en enero pactaron con el general Francisco Murguía y se incorporaron al bando constitucionalista. Mientras tanto, Obregón había ganado tiempo para poder reorganizar a las fuerzas constitucionalistas en Veracruz y cuando quedó claro que no se produciría el esperado ataque villista contra el puerto pasó a la ofensiva, expulsando fácilmente a los zapatistas de Puebla y logrando retomar temporalmente la Ciudad de México a finales de enero de 1915.

La contraofensiva de Obregón fue posible por la desintegración del bloque convencionista. Entre los documentos del Estado Mayor del Ejército del Noreste incautados por Ángeles tras la batalla de Ramos Arizpe se encontraba la comprometedora correspondencia sostenida por Gutiérrez con varios generales carrancistas. Nada más enterarse

de su contenido, Villa telegrafió en un acceso de ira al general Robles, que ocupaba la cartera de Guerra, ordenándole la inmediata ejecución del presidente convencionista. Sin embargo, Robles se negó a cumplir la orden e informó a Gutiérrez, que huyó junto con sus partidarios de la Ciudad de México en la madrugada del 14 de enero.

La huida de Gutiérrez desbarató todo el dispositivo militar convencionista en el centro de México. Los acontecimientos sorprendieron a Villa de regreso de Ciudad Juárez, a donde se había trasladado para negociar con las autoridades estadounidenses un pacto para suspender los ataques contra el enclave fronterizo constitucionalista de Naco en Sonora. El propio caudillo, al frente de su escolta personal, logró desarmar a su paso por Querétaro a una columna de 1.800 soldados convencionistas que se preparaban para unirse a las fuerzas de Gutiérrez en San Luis Potosí. Villa, que estableció su cuartel general en Aguascalientes mientras se aclaraba la situación, pudo impedir con facilidad el intento del expresidente convencionista para establecer un Gobierno independiente en la capital potosina. Los escasos generales que apoyaban a Gutiérrez fueron pronto abandonados por sus tropas o derrotados, pero el proceso le costó a Villa varios miles de soldados y permitió a Obregón atacar a los zapatistas y recuperar Puebla y la Ciudad de México, donde entró el 28 de enero mientras los restos de la convención se refugiaban en Cuernavaca. Por si fuera poco, la defección de las fuerzas convencionistas leales a Gutiérrez impidió a Villa continuar la campaña contra Diéguez y Murguía, lo que dio a estos la oportunidad para reorganizarse y reconquistar Guadalajara tras derrotar a la guarnición villista comandada por Fierro.

Por indicación de Villa, los delegados que quedaban de la convención eligieron casi inmediatamente al villista Roque González Garza como nuevo presidente interino, pero la defección de Gutiérrez puso de manifiesto ante la opinión pública mexicana y extranjera que no existía un Gobierno convencionista central. El mismo Villa lo reconoció implícitamente cuando semanas después estableció su propio Gobierno autónomo en el norte de México, presidido por él mismo e integrado por tres antiguos intelectuales maderistas, Juan Escudero (Relaciones Exteriores), Miguel Díaz Lombardo (Hacienda) y Luis de la Garza (Comunicaciones). Zapata,

por su parte, nunca había reconocido las órdenes del Gobierno convencionista en Morelos.

El desmoronamiento del bloque convencionista coincidió además con los esfuerzos de la Administración de Carranza para reforzar su legitimidad por medio de una serie de adiciones al Plan de Guadalupe en diciembre de 1914, seguidas un mes más tarde por la promulgación de su famoso decreto de reforma agraria y de varias reformas sociales y políticas, que iban desde la concesión de nuevos derechos laborales a la autonomía municipal o el sufragio universal.

La desaparición de la cobertura legal que el Gobierno convencionista de Gutiérrez había prestado a la alianza entre Villa y Zapata fue acompañada además por la pérdida del aura de invencibilidad que, hasta ese momento, había acompañado a su ejército. Villa era plenamente consciente de la importancia de este último aspecto para la moral de sus tropas y para asegurar la lealtad de muchos de los caudillos regionales que lo seguían. Ello explicaría su reacción de lanzarse inmediatamente contra Diéguez y Murguía, a quienes derrotó totalmente el 18 de febrero en Sayula. La generosidad de Villa se manifestaba sobre todo después de una victoria de gran envergadura, como puso de manifiesto el hecho de que interrumpiera la ejecución de varios cientos de prisioneros carrancistas por un rencoroso Fierro, lo que le permitió al mismo tiempo disponer de mano de obra para la reparación de los rieles levantados por los constitucionalistas en su huida. Sayula fue la última gran victoria de la División del Norte, pero Villa no pudo acabar con la mayor parte del Ejército del Occidente que logró retirarse en orden hacia Colima en la costa del Pacífico. Se lo impidieron las reiteradas peticiones de ayuda de Felipe Ángeles para hacer frente a una nueva ofensiva constitucionalista contra Monterrey.

Salmerón ha subrayado el error estratégico cometido por Villa al no perseguir a las tropas vencidas y tomar el estratégico puerto de Manzanillo. El propio Villa culparía posteriormente a su mejor general de haberle impedido destruir por completo al ejército constitucionalista en el centro de México, permitiendo que este se rehiciera y reforzara decisivamente al Ejército de Operaciones de Obregón durante la campaña del Bajío. Máxime cuando poco

después se puso de manifiesto que Ángeles había sobreestimado el ataque carrancista y disponía en realidad de fuerzas suficientes para hacerle frente. Lo cierto es que el temor a perder su centro neurálgico en el norte llevó a Villa a acudir en ayuda de Ángeles, quizás movido, como apunta Krauze, por su condición de caudillo regional.

Tras dejar una parte de sus fuerzas en Jalisco y enviar una columna a atacar a los constitucionalistas de Michoacán, Villa partió al norte para reunirse con Ángeles en Monterrey, a donde llegó el 13 de marzo. Su llegada provocó el inmediato repliegue de las fuerzas enemigas. Al igual que en Guadalajara, Villa fue objeto de una recepción multitudinaria. La élite de la ciudad organizó incluso una corrida de toros en su honor, a la que Villa permitió asistir gratuitamente a las masas populares. Ello no fue obstáculo para que este no impusiera a la oligarquía regiomontana una contribución extraordinaria de un millón de pesos, acompañada por la amenaza de fusilar a los integrantes de la cámara de comercio local, logrando recaudar en los 11 días que permaneció en Monterrey cerca de 280.000 pesos. La financiación de la guerra preocupaba a Villa, que expidió un decreto en el que se disponía que las compañías mineras extranjeras, casi todas estadounidenses, debían reanudar sus operaciones en el norte de México antes de 60 días o serían expropiadas.

En Monterrey, Villa y Ángeles hicieron los preparativos para expulsar de Tamaulipas a los constitucionalistas por medio de un doble ataque contra la franja norte de este estado y el puerto petrolero de Tampico, situado en el sur. El ataque principal iba dirigido contra Tampico, cuya aduana proporcionaba al Gobierno constitucionalista una buena parte de sus ingresos. Para ello, Villa envió a Chao y Urbina, con cerca de 20.000 hombres, a conquistar la comarca huasteca de El Ébano, punto de paso obligado para alcanzar este puerto, defendido, a su vez, por más de 15.000 constitucionalistas bien atrincherados y que disponían de una poderosa artillería e incluso de varios aeroplanos que participarían por primera vez en el conflicto.

Los planes de Villa se verían nuevamente trastocados por la decisión de Obregón de avanzar hacia Querétaro y penetrar en el Bajío,

presionando a las guarniciones villistas de esa zona. En contra del criterio de Carranza, Obregón consideraba que era mejor adoptar una estrategia ofensiva para atraer a Villa al centro del país y disminuir la presión sobre Tampico. Se trataba de un plan arriesgado, ya que suponía abandonar la Ciudad de México a los zapatistas, que volvieron a ocuparla el 10 de marzo, al tiempo que dejaba expuestas sus líneas de comunicación con Veracruz. Sin embargo, Obregón había dispuesto de varios meses para entrenar a sus bien pertrechadas tropas, cuya moral había mejorado notablemente tras sus triunfos sobre el Ejército Libertador del Sur. El pacto de Carranza con la Casa del Obrero Mundial, firmado a instancias del propio Obregón, le permitió además sumar a sus filas a varios miles de obreros voluntarios agrupados en los denominados Batallones Rojos, pero sobre todo Obregón había estudiado las tácticas de Villa y confiaba en poder vencerlo.

La campaña del Bajío

Como esperaba Obregón, Villa decidió salir a su encuentro en cuanto recibió noticias de su avance hacia el norte. Ello lo obligó a modificar sus planes de campaña dirigidos a expulsar a los constitucionalistas de las zonas que todavía controlaban en el noreste de México. Dejó, sin embargo, numerosas fuerzas en esta región, enviando al general Rosalío Hernández contra Laredo y a los generales Severiano Ceniceros y Máximo García a tomar Ciudad Victoria. Tampoco suspendió la ofensiva de Urbina contra El Ébano, en la que tenía empeñada a buena parte de sus tropas. Ello acentuó la dispersión de su ejército en varios frentes y le impidió concentrar todo el poder de la División del Norte contra el Ejército de Operaciones de Obregón.

Esto no preocupaba mucho a Villa porque subestimaba a su adversario. Por una parte, despreciaba personalmente a Obregón, a quien se refería a menudo como "el perfumado", aludiendo a su supuesto afeminamiento por su costumbre de bañarse y afeitarse con regularidad. Por otra, incluso sin una parte importante de sus efectivos, el núcleo principal de la División del Norte constituía todavía una fuerza impresionante. Una buena parte de su ejército estaba conformada por los duros veteranos que habían vencido al Ejército Federal en Torreón y Zacatecas y a los carrancistas en Sayula y Ramos Arizpe y que nunca habían sido derrotados en combate mientras se encontraban bajo la dirección del propio Villa. La moral de sus hombres era, por lo tanto, casi tan alta como la de su comandante. Esta arrogancia les resultaría fatal.

Mientras los trenes que trasladaban al ejército villista se desplazaban velozmente hacia el sur, Obregón buscaba cuidadosamente un campo de batalla adecuado para sus planes. Lo encontró en Celaya, en el estado de Guanajuato, donde las fuerzas villistas habían comenzado a concentrarse. El general sonorense era consciente de que la principal táctica de Villa consistía en lanzar

cargas masivas de caballería contra el enemigo, lo que no significaba que sus jinetes no desmontaran y actuaran como infantería cuando se enfrentaban a un enemigo atrincherado. Obregón estaba perfectamente informado de los cambios producidos en la estrategia militar a raíz del desarrollo de la Primera Guerra Mundial. El inicio de la guerra de trincheras en el frente occidental a finales de 1914 había puesto de manifiesto el elevado costo de los ataques frontales contra un enemigo bien atrincherado y Obregón pensaba arrastrar a Villa a una trampa de este tipo. Por ello, desplegó a sus tropas en los alrededores de Celaya, surcados por numerosos canales de riego que podían servir como trincheras y que más adelante reforzaría con alambre de espino y nidos de ametralladora. Según Hart, el conocimiento especializado de tales tácticas podría deberse a la presencia de asesores militares extranjeros. Otros autores, como Katz, consideran que Obregón pudo adquirirlo de la información proporcionada por la prensa extranjera sobre el desarrollo de la Gran Guerra. Salmerón cree, por su parte, que el origen de las tácticas defensivas de Obregón habría que buscarlo más en su conocimiento de las tácticas usadas en la guerra de Secesión o en la guerra ruso-japonesa, más parecidas al conflicto mexicano que la Primera Guerra Mundial. En cualquier caso, Obregón decidió esperar a Villa bien atrincherado. Sus tropas sumaban 5.000 infantes y 6.000 jinetes frente a un número de villistas probablemente muy similar, aunque difícil de precisar dadas las enormes disparidades existentes entre las distintas fuentes. Obregón tenía solo 13 piezas de artillería de campaña contra las 22 de Villa, pero contaba con 86 ametralladoras, cuya acción resultaría devastadora para las filas villistas.

Confiado en la superioridad de sus tropas, Villa no atendió el consejo que le había dado Ángeles de completar la conquista del noreste y esperar luego a Obregón en Zacatecas. Su lugarteniente, que no había podido acompañarlo al sur debido a una caída de caballo, temía que Villa se precipitara a atacar a Obregón en el campo de batalla escogido por este sin estudiar antes el terreno. Sus temores estaban bien fundados. El Centauro del Norte no se molestó en reconocer la zona donde tendría lugar el enfrentamiento, tampoco le importó la momentánea escasez de municiones en el mercado estadounidense a causa de la Gran Guerra y ni siquiera

espero a recibir el millón y medio de cartuchos que su hermano Hipólito le acababa de mandar desde Ciudad Juárez. De hecho, utilizó esta situación para no enviar las armas y municiones prometidas a Zapata, lo que lógicamente movió al caudillo suriano a no tomarse con excesivo interés su compromiso de interrumpir las vulnerables conexiones ferroviarias de Obregón con el golfo de México. Esta eventualidad constituía el principal talón de Aquiles del Ejército de Operaciones, que se hubiera visto privado de los refuerzos y municiones suministrados continuamente por Carranza desde Veracruz.

La batalla comenzó el 6 de abril e inicialmente pareció favorecer los planes de Villa, quien sorprendió a la vanguardia del ejército constitucionalista en la hacienda de El Guaje, ocasionándole cientos de bajas, si bien la mayor parte logró retirarse en orden hasta Celaya. Este éxito resultó a la postre negativo. Lo que parecía una fácil victoria provocó un exceso de confianza en Villa, quien ordenó a su caballería realizar un ataque masivo contra las posiciones constitucionalistas en Celaya sin esperar siquiera la llegada de la artillería. Las violentas, pero desorganizadas, cargas de la caballería villista se estrellaron una y otra vez contra el muro de fuego de las posiciones carrancistas sin conseguir atravesarlas. El combate se reanudó al día siguiente sin que Villa modificara un ápice su estrategia. Una y otra vez, la caballería y la infantería villistas se lanzaron en oleadas contra las trincheras constitucionalistas, provistos de tablones para pasar los canales, para ser rechazadas con grandes pérdidas por el fuego de fusilería y ametralladora. Tan solo en una ocasión parecieron estar a punto de perforar las líneas enemigas, aprovechando la momentánea falta de municiones de varios batallones constitucionalistas, pero Obregón utilizó sus reservas para cerrar el hueco, acudiendo en persona para evitar una desbandada. El truco utilizado por el general sonorense de hacer sonar el toque de retreta provocó además el desconcierto de parte de los atacantes que creyó que Villa había ordenado la retirada.

El combate puso de manifiesto las limitaciones de Villa como estratega a la hora de dirigir una batalla convencional. El Centauro del Norte se limitó a ordenar una y otra vez ataques generalizados sobre toda la extensión de las líneas constitucionalistas, sin concentrar en ningún momento sus fuerzas en algún punto para

provocar la ruptura de las líneas enemigas. Tampoco dejó tropas de reserva. Esto último resultaría fatal cuando, una vez agotadas las fuerzas villistas, Obregón lanzó en una maniobra envolvente a su caballería, que se había mantenido en la retaguardia, y obligó a retirarse en desorden a las tropas norteñas, que además comenzaban a estar escasas de municiones. La División del Norte dejó en el campo de batalla más de 1.800 muertos y 500 prisioneros. Los carrancistas, por su parte, no tuvieron más que medio millar de muertos y un número menor de heridos. La primera batalla de Celaya coincidió además con la derrota de las fuerzas que Villa había dejado en Guadalajara al mando de Fierro y Pablo Seáñez, que fueron desalojadas de la capital tapatía por las fuerzas combinadas de Diéguez y Murguía.

El desenlace del primer encuentro de Celaya irritó a Villa que consideraba que había estado a punto de ganar la batalla antes de quedarse sin municiones. El caudillo norteño se negó a aceptar que "el perfumado" le hubiera podido vencer tácticamente y por ello resolvió volver a atacarlo en el mismo teatro de operaciones. El popular Corrido de Celaya recoge el encono de Villa y sus ansias de revancha: "Dice Don Francisco Villa / de nuevo voy a atacar / me han matado mucha gente / su sangre voy a vengar". Mientras preparaba la nueva batalla, su ira encontró como blanco a los españoles de Irapuato, a los que acusó sin fundamento de haber suministrado armas a Diéguez, por lo que amenazó con fusilarlos, si bien el vicecónsul español en esta ciudad logró disuadirlo a cambio de la entrega de un donativo.

Pese a todo, esta primera derrota no desalentó a Villa, que suplió sus pérdidas con nuevos contingentes provenientes de Jalisco, Zacatecas y San Luis Potosí, al tiempo que recibía por fin los cargamentos de municiones enviados por su hermano Hipólito desde Chihuahua. Gracias a ello, pudo reunir entre 15.000 y 22.000 hombres, según las distintas fuentes. Reforzado de ese modo, Villa decidió volver a atacar las posiciones constitucionalistas en Celaya, tras un frustrado intento de utilizar a los vicecónsules extranjeros en esta ciudad para que las fuerzas de Obregón la desalojaran y se le enfrentaran en campo abierto a fin de evitar bajas civiles.

La gestión de Villa ante los agentes consulares, dirigida más a

exaltar su prestigio entre la opinión pública extranjera, no tuvo más efecto que advertir a Obregón del inminente ataque villista. Las fuerzas constitucionalistas habían recibido, por su parte, importantes refuerzos desde Veracruz, a los que se sumó una brigada de caballería procedente de Michoacán bajo el mando del general Amaro, con lo que el Ejército de Operaciones contaba ahora con más de 15.000 soldados. Obregón aprovechó la momentánea tregua para reforzar sus trincheras con alambre de púas, pozos de tirador y nichos para ametralladoras, al tiempo que ocultaba a un contingente de 6.000 jinetes en un bosque fuera de la ciudad.

El 13 de abril dio inicio la segunda batalla de Celaya. Villa apenas modificó su táctica y se limitó a lanzar repetidas cargas de caballería e infantería contra las líneas constitucionalistas que circunvalaban la ciudad. Esta vez había logrado reunir 36 piezas de artillería de campaña de distinto calibre y confiaba en que la acción de estas, combinada con los rápidos ataques de su caballería, sería suficiente para desalojar a los constitucionalistas de sus trincheras. Sin embargo, la carencia de artillería pesada, la propia extensión de las líneas enemigas y un fuerte aguacero limitaron considerablemente la efectividad del bombardeo, mientras que la movilidad de su caballería se vio muy afectada por las numerosas acequias, a las que ahora se sumaban el barro y las alambradas enemigas.

Los villistas atacaron valientemente, pero sus repetidos asaltos se estrellaron una y otra vez contra las líneas obregonistas, siendo rechazados con grandes pérdidas. La reanudación de los ataques al día siguiente llegó a comprometer la posición de los constitucionalistas por el agotamiento de sus reservas de municiones. En esa hora se puso de manifiesto el error de Villa al no haber interrumpido las comunicaciones ferroviarias del enemigo, que pudo ser abastecido por un tren cargado de municiones enviado por Carranza. La fatiga de los atacantes llevó a Obregón a ordenar una contraofensiva general en la madrugada del 15 de abril. Mientras su infantería abandonaba las trincheras para lanzarse frontalmente contra las desprevenidas tropas villistas, la caballería surgió de su escondite y atacó los flancos y la retaguardia de los sorprendidos norteños.

Esta vez la derrota fue completa. El ataque provocó la desbandada de la División del Norte, al tiempo que unidades enteras quedaron copadas. Los villistas no solo tuvieron más de 3.000 bajas y numerosos prisioneros, incluyendo a 120 oficiales, que fueron inmediatamente ejecutados, sino que abandonaron casi toda su artillería intacta y grandes cantidades de caballos, armas y municiones. En contraste, los constitucionalistas tuvieron menos de 500 bajas. El mito de la invencibilidad de la División del Norte se desmoronó por completo. La derrota desmoralizó tanto a las tropas villistas, que, de acuerdo con Salmerón, muchos de los vencidos inventaron la leyenda de que las municiones que se les habían entregado eran de fogueo.

El hecho de que Villa no se desesperara tras el desastre de Celaya dice mucho de su temple y autoconfianza. Había perdido a muchos de los valiosos veteranos de la División del Norte, pero su magnetismo entre las masas populares estaba aún intacto. Ello le permitió reclutar nuevas tropas, al tiempo que llamaba a gran parte de las que tenía dispersas por el centro y norte del país, incluyendo a 8.000 soldados de Urbina, lo que suponía en la práctica interrumpir su ofensiva sobre El Ébano y renunciar a la conquista de Tampico.

Tras la derrota, Villa se replegó hacia León, negándose a escuchar los consejos de Ángeles de retirarse hasta Torreón, donde le sería mucho más fácil rechazar los ataques de Obregón, cuyas líneas de suministro quedarían entonces muy expuestas. Villa consideraba, no sin fundamento, que abandonar el Bajío conferiría un fuerte impulso a los constitucionalistas y probablemente llevaría a Wilson, que hasta ese momento había mostrado una posición ambigua, a reconocer a Carranza como presidente de México. El caudillo norteño era consciente además de que una retirada hacia el norte podría provocar la defección de muchos de los partidarios que aún conservaba en otras partes del país. Ello lo llevó a concluir que su mejor opción era vencer a Obregón y recuperar el control del centro de México. Más allá de su inveterado optimismo, todavía disponía de considerables fuerzas y a lo largo de la batalla pudo alinear entre 25.000 y 30.000 hombres. Frente a ellos, Obregón, al que se habían unido Diéguez y Murguía, contaba inicialmente con un número parecido de efectivos, bien pertrechados y con la moral muy alta

tras sus recientes triunfos.

Las derrotas de Celaya llevaron a Villa a aceptar a regañadientes el cambio de táctica sugerido por Ángeles y adoptar una posición defensiva. Ello enfrentó desde finales de abril a los dos ejércitos en una sangrienta guerra de posiciones entre León y Silao, en un campo de batalla delimitado por la estación de Trinidad y la hacienda de Santa Ana. El estancamiento llevó a ambos bandos a una situación límite. Como en Celaya, Villa no consiguió romper las vitales líneas de suministros de Obregón. Finalmente, como el general sonorense esperaba, Villa acabó perdiendo la paciencia y el 2 de junio inició una ofensiva general en la que empleó todas sus reservas. Dirigiendo personalmente la caballería, Villa logró tomar Silao, amenazando momentáneamente la retaguardia carrancista, pero la retirada de las reservas dejó a la agotada infantería villista expuesta a un asalto general del enemigo contra sus trincheras. Era la oportunidad que los constitucionalistas habían estado esperando. El 5 de junio, mientras el general Diéguez contenía a retaguardia a la caballería villista, los constitucionalistas lanzaron un ataque general contra las desgastadas líneas villistas que se vinieron abajo. El ataque fue dirigido por el general Benjamín Hill, ya que Obregón había sido gravemente herido dos días antes por una granada en una visita de inspección al frente, a resultas de lo cual perdió un brazo, por lo que en adelante sería conocido —incorrectamente— como “el manco de Celaya”.

Los restos de la División del Norte se retiraron desorganizadamente hacia el norte dejando más de 2.500 muertos y 3.000 prisioneros, y abandonando gran cantidad de material de guerra. Numerosos villistas originarios de los estados centrales de la república se separaron tras la batalla del cuerpo principal de la División del Norte para disgregarse en pequeñas partidas, que en muchos casos acabaron dedicándose al bandidaje en Jalisco, San Luis Potosí, Guanajuato o Hidalgo. La batalla coincidió además con la contraofensiva victoriosa de las fuerzas de Jacinto B. Treviño en El Ébano, que pondría fin al sueño de Villa de controlar Tampico y su rica región petrolera, y que marcaría el inicio de la ofensiva constitucionalista en el noreste del país que pronto haría retroceder a las fuerzas villistas hacia Chihuahua.

La batalla de León o de Trinidad, como también es conocida, terminó de decidir el resultado de la guerra civil y enterró por completo el prestigio de Villa como líder militar, que no como guerrillero, aunque los restos de su desmoralizado ejército tardarían todavía algunos meses en ser derrotados por completo.

Villa realizó un último intento para hacer frente al Ejército de Operaciones de Obregón en Aguascalientes. Sus derrotas lo llevaron a adoptar tardíamente la estrategia defensiva recomendada anteriormente por Ángeles y fortificar esta ciudad en espera de Obregón, al tiempo que infiltraba tras las líneas carrancistas a 3.000 jinetes, dirigidos por los generales Fierro y Canuto Reyes, con la misión de interceptar las comunicaciones del enemigo y crear el caos en la retaguardia constitucionalista. Esta vez Fierro cumplió con creces su misión y demostró que su valía como guerrillero era muy superior a la que había mostrado en Jalisco como comandante de la División del Norte. Durante varias semanas tuvo en jaque a la retaguardia constitucionalista al interrumpir el tráfico ferroviario y llevar a cabo una serie de brillantes acciones guerrilleras que le permitieron ocupar temporalmente León, engañando mediante un telegrama al comandante carrancista, y más tarde Pachuca, donde se le unió un pequeño contingente zapatista. Ello llevaría a Pablo González a evacuar brevemente la Ciudad de México ante el temor a sufrir un ataque en dos frentes. La columna de Fierro sería finalmente desbaratada por las fuerzas lanzadas por Carranza en su persecución, pese a lo cual lograría reunirse con Villa en Torreón a mediados de agosto.

Villa contaba esta vez con grandes reservas de municiones compradas en Estados Unidos que no habían llegado a tiempo para las grandes batallas del Bajío. Sus fuerzas, engrosadas por los restos del ejército de Urbina, derrotado por los constitucionalistas en El Ébano, totalizaban todavía cerca de 15.000 hombres. Con ellos estableció una fuerte posición defensiva en el desfiladero de Peñuelas, por donde pasaba la vía férrea que comunicaba Aguascalientes con el sur, excavando trincheras reforzadas por alambradas, si bien tan solo contaba con una veintena de ametralladoras y había perdido la mayor parte de su artillería. La moral de sus hombres era, asimismo, muy baja tras las sucesivas derrotas encadenadas en el Bajío guanajuatense. Pese a todo, Villa

confiaba en poder contener a los constitucionalistas, obligándolos a desgastarse al atacar una posición fortificada.

Como Villa esperaba, Obregón tuvo que enviar a gran parte de su caballería en persecución de Fierro y Reyes. Debido a ello, el Ejército de Operaciones vio reducidos sus efectivos a unos 20.000 hombres, apoyados por una poderosa artillería de campaña. El plan de Villa quizás hubiera funcionado si Obregón hubiera dispuesto de municiones y víveres suficientes para plantear una batalla de desgaste, pero la interrupción de sus líneas de comunicación no le dejó otra alternativa que hacer que una parte de su infantería flanqueara arriesgadamente las trincheras villistas para atacarlas por la retaguardia. El 10 de julio los constitucionalistas realizaron un ataque general. Esta vez las tropas villistas apenas plantaron resistencia y, ante el temor a ver cortada su retirada, se apresuraron a abandonar en desorden sus posiciones y abordar los trenes que los conducirían al norte. El caos subsiguiente fue tan grande que los constitucionalistas pudieron capturar ocho trenes con millones de cartuchos y numeroso material de guerra y hacer más de 2.000 prisioneros. Otros miles de villistas optaron por dispersarse y desertar, regresando en muchos casos a sus comunidades de origen. El mismo Urbina abandonó con sus hombres a Villa poco antes de que comenzara la batalla. Tras Aguascalientes, la División del Norte dejó de representar una amenaza real para el constitucionalismo y Villa perdió sus últimas opciones para ganar la guerra civil.

El hundimiento

Todavía hoy sorprende la rapidez con la que se produjo el colapso del villismo como movimiento nacional, máxime cuando hacía pocos meses que parecía estar en disposición de alcanzar la victoria. Durante el verano de 1915 las fuerzas carrancistas avanzaron lentamente desde el sur y el noreste casi sin oposición para ocupar sucesivamente San Luis Potosí, Zacatecas, Monterrey, Saltillo, Torreón y Durango. La lentitud de su avance se explica por la extensión del territorio todavía controlado por el Centauro del Norte y por la existencia de numerosos focos villistas en Guerrero, Michoacán, Nayarit, San Luis Potosí o Sinaloa, si bien en algunos casos su identificación real con el villismo era bastante dudosa y respondía más bien a razones de oportunismo, como sucedía con Peláez en la Huasteca. Esta situación obligó a Carranza a dedicar una gran parte de sus recursos a ir extinguiendo la mayoría de dichos focos para poder pacificar el resto del país. Un objetivo que no se conseguiría hasta 1919-1920.

El forzado repliegue hacia el norte acentuó el rencor y la irascibilidad de Villa, que no reconocía que sus derrotas pudieran ser consecuencia de sus errores políticos o militares y prefería culpar de ellas a sus generales. Su trato con sus subordinados se hizo cada vez más imprevisible y brutal, al tiempo que se incrementaba su paranoia hacia posibles traiciones. Ello provocó un creciente distanciamiento entre el caudillo y muchos de sus antiguos colaboradores que, al tiempo que veían amenazadas sus vidas, comenzaron a ver a Villa como el principal problema para lograr un acuerdo que pusiera fin a una guerra que todos creían perdida.

Villa contemplaba con impotencia como el territorio bajo su control iba quedando reducido progresivamente a Chihuahua y a algunas regiones de Coahuila y Durango. Su principal preocupación era la progresiva desintegración de la División del Norte, desmoralizada y

minada por las deserciones, que parecía haber perdido las ganas de combatir. También le inquietaba la merma de su popularidad entre parte de la población de Chihuahua y Durango, que hasta ese momento lo había apoyado masivamente, si bien aún contaba con un elevado respaldo entre los grupos más desfavorecidos, esos "pobres" a los que el caudillo decía representar.

La caída en picado del valor del papel moneda emitido por las autoridades villistas, que había circulado hasta ese momento en las regiones controladas por los convencionistas e incluso en la zona fronteriza de Estados Unidos, agravó ambos problemas. La vertiginosa subida del precio de los productos de primera necesidad y la resistencia de los comerciantes a aceptar la devaluada moneda villista produjeron serios problemas de desabastecimiento. Villa, que no entendía nada de economía, trató de resolver este problema amenazando a los comerciantes para que vendieran sus productos a precios bajos y, cuando esta medida se reveló ineficaz, incautó las mercancías que logró localizar y las repartió entre los más necesitados. Todo lo cual no hizo más que provocar la interrupción de la actividad comercial y generar una creciente carestía en las ciudades villistas. La otra consecuencia de la devaluación fue que sus tropas comenzaron a reclamar su pago en dólares o en oro. La imposibilidad de satisfacer esta demanda disminuyó la autoridad de Villa sobre muchos de sus generales. Ello extendió la indisciplina e incrementó tanto las deserciones como las exacciones de los soldados sobre la población civil, lo que a su vez aumentó el descontento contra el régimen villista.

La devaluación de su moneda en torno a un 90% no constituía el único problema afrontado por Villa a la hora de poder pagar a sus tropas y adquirir armas en Estados Unidos. Las derrotas del Bajío eliminaron la posibilidad de continuar extorsionando a la oligarquía de otras partes del país para obtener recursos, como había venido haciendo desde el inicio de su lucha contra Huerta. Sin embargo, el menguante territorio del norte de México todavía bajo su dominio estaba exhausto. El sostenimiento de los distintos ejércitos desde el inicio del proceso revolucionario y la reducción de la productividad de las haciendas expropiadas afectó gravemente a la producción agrícola de Chihuahua, Durango y Coahuila, en tanto que los grandes rebaños de ganado que antaño pastaban libremente habían

desaparecido prácticamente, ya que la exportación masiva de carne y cuero al otro lado de la frontera había servido para financiar las campañas villistas. Las numerosas minas, en su mayoría explotadas por compañías norteamericanas, habían suspendido sus actividades desde el inicio del proceso revolucionario. Las únicas fuentes de ingreso disponibles eran, por lo tanto, las empresas y haciendas pertenecientes a extranjeros, casi todos estadounidenses, o los contados hacendados que eran partidarios del propio Villa, como los Madero.

Esta situación obligó a Villa a intentar obtener recursos de los hacendados y empresarios estadounidenses, cuyas propiedades había respetado hasta ese momento. Para ello, impuso contribuciones forzosas, amenazó a las compañías mineras con ser expropiadas si no reactivaban sus operaciones de inmediato y expropió, de hecho, algunas empresas sospechosas de estar a nombre de testaferros extranjeros de la oligarquía mexicana, como la Compañía Jabonera de La Laguna, propiedad de Juan F. Brittingham, un antiguo socio de Creel. El Gobierno estadounidense logró que todas estas medidas fueran revocadas al amenazar a Villa con imponer un embargo a sus compras de armas, pero la actitud amenazadora del caudillo norteño tensó cada vez más las hasta entonces cordiales relaciones con Washington.

Villa era consciente de haber perdido la oportunidad de ganar la guerra, pero aún confiaba en poder llegar a una situación de impasse en el norte del país, la cual acabara llevando a Washington a intervenir para forzar a Carranza a reconocer el control de Villa sobre las regiones que todavía dominaba. Por ello, reorientó en este sentido las gestiones de sus representantes en Washington, al tiempo que elaboraba una estrategia que le permitiera mantenerse como una fuerza relevante a nivel nacional. El plan de Villa consistía en concentrar a los restos de sus fuerzas en Chihuahua y destruir las vías ferroviarias que comunicaban este estado con el resto del país a fin de ralentizar el avance del ejército constitucionalista. Paralelamente, el propio Villa se desplazaría a Sonora para unir sus fuerzas con las de su aliado Maytorena y terminar con los enclaves constitucionalistas que quedaban en ese estado. Ello le permitiría ayudar a las guerrillas villistas en Sinaloa y descender por la costa del Pacífico a fin de reactivar la guerra en

Jalisco, Nayarit y Michoacán, donde aún operaban varias partidas villistas. Como relataba en una carta a Zapata, su objetivo era poder reunirse con las fuerzas zapatistas, replegadas en Morelos, y obligar a Obregón a abandonar su ofensiva contra Chihuahua para volver a enfrentarse a Villa y Zapata en el centro del país.

Era un plan desmesurado y sumamente arriesgado, muy acorde con la personalidad del propio Villa. Sin embargo, Katz enumera algunos puntos a su favor: la riqueza de Sonora, que apenas se había visto afectada por el proceso revolucionario, la importancia de las inversiones estadounidenses en ese estado y su relativo aislamiento, dada la inexistencia de conexiones ferroviarias con el resto del país. Todos estos elementos podían haber ayudado a Villa a prolongar la lucha y hacer que Washington acabara obligando a Carranza a llegar a algún tipo de acuerdo, como pretendían sus cabilderos en Washington. Su principal inconveniente radicaba en que de no funcionar, abriría las puertas del bastión villista de Chihuahua a las fuerzas carrancistas, que fue lo que finalmente sucedió.

La arriesgada estrategia de Villa quizás hubiera podido tener éxito si este hubiese contado con los elementos que tenía un año antes, pero la División del Norte era una sombra de lo que había sido y muchos de sus principales asesores y generales estaban llegando a la conclusión de que Villa se había convertido en un lastre, por lo que comenzaron a abandonarlo. Las deserciones se multiplicaron entre septiembre y octubre. Muchos huyeron al otro lado de la frontera, como Raúl y Emilio Madero, Buelna o el mismo Maytorena; otros la atravesaron como agentes de Villa ante el Gobierno estadounidense y, fracasadas sus gestiones, decidieron no regresar, como Ángeles y Manuel Chao; algunos se pasaron directamente a los carrancistas, como Rosalío Hernández o, más tarde, Severiano Ceniceros. Lo que más debió doler a Villa fue la traición de su compadre Urbina, un antiguo peón que seguía a Villa desde que ambos se asociaran en 1903 para robar ganado. Este había abandonado a Villa poco antes de la batalla de Aguascalientes para refugiarse en su hacienda de Las Nieves, en el norte de Durango, donde Urbina había construido un auténtico imperio personal, en el cual —en palabras de Reed— “todo le pertenece: la gente, las casas, los animales y las almas inmortales […] él solo, y

únicamente él, administra la justicia alta y baja"[10]. Desde allí, protegido por su propio ejército privado, los denominados "Plateados de Urbina", desafió a Villa y rechazó sus reiteradas órdenes para presentarse ante él. Finalmente, la negativa de Urbina a entregar al jefe de su escolta, implicado en el asesinato de otros villistas, llevó al Centauro del Norte a decidir utilizarlo como ejemplo. En su decisión debió pesar además el interés por hacerse con el enorme tesoro en lingotes y monedas de oro y plata que Urbina había logrado amasar durante años de rapiña y saqueos. Al frente de una columna de varios cientos de hombres, Villa logró tomar por sorpresa Las Nieves tras un intenso tiroteo. Herido, Urbina sostuvo una larga conversación privada con Villa antes de ser ejecutado personalmente por Fierro. Un triste final para quien, pocos meses antes, había posado sentado junto a Villa en la famosa fotografía del Palacio Nacional.

Lejos de hacerlo desistir, las numerosas deserciones y la creciente desmoralización de sus hombres reafirmaron la determinación de Villa de llevar a cabo su proyectada expedición a Sonora. Su primera medida fue enviar a los generales Orestes Pereyra y Juan Banderas con alrededor de 6.000 jinetes a Sinaloa con la misión de unirse a sus partidarios en este estado y, desde allí, asegurar el sur de Sonora. Poco después, reunió en Casas Grandes, en el noroeste de Chihuahua, a la mayor parte de lo que quedaba de la División del Norte, dejando solo unos pocos miles de hombres en el sur de este estado con la misión de ralentizar el avance de las fuerzas constitucionalistas, que a finales de septiembre habían ocupado la ciudad de Durango.

Mientras sus fuerzas se concentraban en Casas Grandes, Villa perdió a quien sin duda había sido uno de sus principales colaboradores, el sanguinario Rodolfo Fierro. El general sinaloense se ahogó al pretender atravesar borracho una laguna por el centro en vez de vadearla. Su muerte no debió ser muy sentida por la mayoría de los villistas, que temían su brutalidad y su desprecio hacia la vida de sus propios hombres. La desaparición de quien a menudo había sido su verdugo personal afectó profundamente a Villa, que tras la ejecución de Urbina y el autoexilio de Ángeles veía como su círculo íntimo se iba reduciendo cada vez más.

El Centauro del Norte emprendió el 15 de octubre el difícil camino que separa Chihuahua de Sonora, atravesando la cordillera de la Sierra Madre. Las deserciones habían reducido su ejército a poco más de 12.000 hombres. Otros más desertarían a lo largo de una travesía de dos semanas a través de una región sumamente abrupta, árida y despoblada. Su avance se vio además ralentizado al tener que arrastrar 42 piezas de artillería y un amplio tren de bagaje formado por decenas de carretas. De acuerdo con Katz, la mayoría de la expedición logró llegar relativamente íntegra a Sonora; Taibo, por su parte, subraya el carácter épico de la travesía, afirmando que Villa perdió una cuarta parte de sus efectivos y 6 cañones.

Entretanto, en el noroeste la situación había cambiado. La columna de Pereyra y Banderas había sido derrotada en El Fuerte, lo que permitió a los constitucionalistas penetrar por el sur de Sonora, al tiempo que otra división desembarcaba en el puerto de Guaymas. Su aliado Maytorena, que se había opuesto a la expedición y temía la reacción de Villa, había huido al otro lado de la frontera, tras ordenar secretamente a sus principales colaboradores, los generales yaquis Francisco Urbalejo y José María Acosta, que apoyaran a Villa dentro de Sonora, pero que de ninguna manera lo acompañaran fuera del estado.

Estas noticias alteraban los proyectos de Villa que decidió, no obstante, mantener su plan original de tomar la localidad fronteriza de Agua Prieta, defendida por 1.200 hombres al mando del general Calles, antes de dirigirse contra los ejércitos constitucionalistas que estaban penetrando por el sur de Sonora. Mientras se dirigía a Agua Prieta, Villa se enteró del reconocimiento de Carranza por Estados Unidos el 19 de octubre. Esta noticia constituyó un golpe devastador, ya que Villa había confiado hasta el último momento en que Wilson no daría ese paso, pese a las presiones que la Casa Blanca soportaba desde las estrepitosas derrotas de la División del Norte en el Bajío. El caudillo duranguense confiaba en las simpatías que todavía despertaba dentro de la Administración estadounidense y, sobre todo, en la preocupación de Washington por las vidas e intereses de sus ciudadanos en el norte de México, que hasta ese momento apenas se habían visto afectadas por el proceso revolucionario en las zonas controladas por Villa.

Tras la caída de Huerta, el Gobierno estadounidense había tratado, sin mucho éxito, de utilizar las divisiones en el seno de la familia revolucionaria para incrementar su influencia en México, desempeñando el papel de árbitro entre las distintas facciones revolucionarias. Sin embargo, el triunfo cada vez más claro de los ejércitos constitucionalistas acabó obligando a Wilson a reconocer a Carranza. El momento elegido no era casual. El inicio de la guerra submarina incrementaba cada vez más el riesgo de que Estados Unidos se viera arrastrado a la Gran Guerra, lo que hacía recomendable contar con una frontera sur segura y estable. Y a finales de 1915 parecía claro que Carranza era el único dirigente en condiciones de pacificar México, poniendo fin al sangriento caos provocado por la Revolución mexicana.

La decisión estadounidense no solo desvanecía las esperanzas depositadas por el caudillo norteño en una hipotética mediación estadounidense, sino que le hacía prácticamente imposible continuar la lucha, al prohibirle la compra de armas y municiones en Estados Unidos, donde el Gobierno carrancista podría en cambio seguir abasteciéndose. La noticia provocó una auténtica conmoción a Villa que hasta el último momento se había negado a creer que Wilson reconocería a Carranza y veía ahora como sus planes se derrumbaban como un castillo de naipes. La sensación de haber sido traicionado alimentó su rencor contra los estadounidenses. Su ira alcanzaría su paroxismo cuando su ataque a Agua Prieta se saldó con un costoso fracaso a causa de la decisión de Washington de permitir el tránsito por su territorio de refuerzos carrancistas que llegaron a tiempo para auxiliar la plaza.

Mientras se retiraba hacia Naco, la desesperación y la rabia invadieron a Villa, que amenazó con arrasar las instalaciones de la mina de Cananea si la Cananea Mining Company no pagaba un rescate y ordenó ejecutar a dos médicos estadounidenses que habían atravesado la frontera para cuidar a sus heridos, acusándolos de ser espías, si bien finalmente fueron liberados como parte de las negociaciones con la compañía estadounidense.

Estas acciones pusieron de manifiesto que la protección a las empresas y ciudadanos estadounidenses se había acabado. El 5 de noviembre, Villa publicaba una proclama en Naco en la que

acusaba a Carranza de haber alcanzado un pacto secreto con Washington que lesionaba la soberanía mexicana. Era falso, pero respondía a la nueva estrategia de Villa, en la que la defensa de las reivindicaciones populares pasó a un segundo plano, para ser desplazada por la bandera del nacionalismo antiestadounidense en la que Villa se envolvería a partir de este momento. Algunos autores consideran que su creencia en torno a dicho pacto era genuina. Resulta difícil establecerlo, pero lo verdaderamente relevante es que la supuesta existencia de ese acuerdo secreto pasó desde entonces a constituir el eje de la estrategia villista.

Tras recibir noticias de la conquista de Hermosillo por Diéguez, Villa decidió reunir sus fuerzas con las de Urbalejo y desalojar a su antiguo enemigo de la capital sonorense. Villa marchó al sur, pero esta vez fue vencido en las afueras de Hermosillo. En medio de la batalla, una parte de las tropas yaquis de Urbalejo se rindió para poder recuperar a sus familias, que habían sido capturadas por los carrancistas. La columna que había dejado en la retaguardia para contener el avance de Calles desde el norte tampoco pudo unirse a la batalla. Derrotado, decidió regresar a Chihuahua con los 3.000 hombres que aún le restaban.

La constatación de su fracaso debió llenarle de amargura. La sensación de haber sido traicionado lo volvió más desconfiado y violento. Ello explicaría la brutal matanza cometida el 2 de diciembre en el pequeño pueblo sonorense de San Pedro de la Cueva, donde sus avanzadas habían sido recibidas a tiros, probablemente por haber sido confundidas con bandoleros. Villa hizo ejecutar a la mayoría de los varones adultos del pueblo, si bien algunos sobrevivieron al ser dados por muertos. El propio Villa mató de un disparo al párroco del lugar mientras imploraba por la vida de sus vecinos. Esta matanza sería la primera de una serie de masacres contra la población civil que en los siguientes años ensombrecerían cada vez más su leyenda. La propaganda carrancista no dejó de aprovechar estos sucesos para hacer que Villa comenzara a ser percibido más como un carnicero que como una especie de Robin Hood de los pobres.

Cuando retornó a Chihuahua con poco más de 2.000 hombres, la situación era ya insostenible. Al llegar a la capital del estado, el 17

de diciembre, encontró un recibimiento gélido, solo una comisión oficial lo esperaba en la estación. Allí se enteró de que las fuerzas constitucionalistas al mando del general Treviño habían tomado Camargo y estaban a pocos días de la ciudad de Chihuahua. Mientras tanto, las deserciones se multiplicaban. La gravedad de la situación no parecía preocupar a Villa que escribió a Obregón para proponerle un pacto contra Estados Unidos. Era parte de su nueva estrategia para presentarse ante la opinión pública mexicana como adalid del acendrado sentimiento antiestadounidense. Al día siguiente, convocó en su residencia a los principales jefes militares para organizar la defensa de Chihuahua. Uno tras otro, sus generales le expusieron la imposibilidad de continuar la lucha ante la negativa de sus tropas a seguir combatiendo. El caudillo norteño no tuvo más remedio que acceder a regañadientes a que quienes no quisieran seguir luchando pudieran deponer las armas y aceptó que se negociara la entrega de Chihuahua y de Ciudad Juárez, las dos únicas ciudades importantes que quedaban en su poder. Sin embargo, Villa se mostraba todavía dispuesto a continuar la lucha y logró comprometer a un grupo de sus comandantes más leales a reunirse con él en la hacienda de Bustillos unos días más tarde.

Ese mismo día, envió a su familia al exilio con instrucciones de abandonar cuanto antes Estados Unidos para dirigirse a Argentina, aunque finalmente se instalarían en La Habana. Los últimos días de Villa en Chihuahua contemplaron a una ciudad sumida en el caos y los saqueos, mientras parte de la población trataba de abordar los últimos trenes hacia la frontera. La convicción de haber sido traicionado acentuó la paranoia de Villa, que ordenó la ejecución de una serie de antiguos colaboradores y de algunos rehenes. El mismo Villa asesinó personalmente al general José Delgado al descubrir que trataba de huir en tren a Ciudad Juárez. También estuvo a punto de fusilar a Silvestre Terrazas, aunque acabó cambiando de parecer. Otros salvaron su vida ocultándose hasta la llegada de los constitucionalistas, como su secretario personal Enrique Pérez Rul, o sobornando a sus captores para escapar, como Luis Terrazas.

El 20 de diciembre, Villa abandonaba Chihuahua, que sería ocupada poco después por las fuerzas de Treviño. Tres días más tarde, el caudillo duranguense no logró convencer de la necesidad de continuar la lucha a los generales que, por lealtad o temor,

acudieron a la hacienda de Bustillos. De acuerdo con Knight, 23 de los 27 comandantes villistas presentes manifestaron su intención de acogerse a la amnistía ofrecida por Carranza o pasar la frontera. Los que no habían acudido negociaban entretanto en Ciudad Juárez la disolución de la División del Norte. En los siguientes días, miles de villistas entregaron sus armas y aceptaron la amnistía del Gobierno de Carranza, muchos de ellos se incorporaron incluso a las filas del vencedor. La guerra civil había terminado con el triunfo del bando constitucionalista, pero Villa no había dicho aún su última palabra.

Capítulo 5

Villa contra Carranza y los Estados Unidos

El asalto a Columbus y la Expedición Punitiva

Villa se negó en redondo a aceptar su derrota. Había sido excluido de la amnistía decretada por Carranza, pero como su hermano Hipólito quizás podría haber atravesado la frontera rumbo al exilio. Sobre él pesaba la amenaza de ser procesado por el asesinato de Benton, pero resulta poco probable que el Gobierno estadounidense le hubiera impedido trasladarse a un país seguro. En cualquier caso, esta posibilidad no pasó nunca por su cabeza. Contaba aún con varios cientos de incondicionales, en su mayor parte Dorados de su escolta personal, y había enterrado importantes depósitos de armas, municiones y dinero en distintos lugares de Chihuahua. Tenía además un conocimiento profundo de las abruptas sierras y las inhóspitas llanuras desérticas de ese estado, adquirido durante sus años como forajido y guerrillero, y conservaba las simpatías de gran parte de su población. Pero, sobre todo, tenía un plan para revertir su derrota. Villa estaba dispuesto a tensar al máximo las relaciones entre México y Estados Unidos para provocar una intervención norteamericana que desenmascarara al Gobierno de Carranza ante la opinión pública mexicana o lo obligara a romper con Washington. Según Katz, Villa fundaba sus esperanzas especialmente en esta última posibilidad, ya que creía que los generales más nacionalistas de Carranza lo forzarían a llegar a un acuerdo con Villa para crear un frente unido contra el invasor.

En espera de que su plan se materializara, Villa dispersó a sus fuerzas por toda Chihuahua, al tiempo que trataba de mantener operativos varios focos guerrilleros en otros lugares de México a fin de impedir que el villismo perdiera su carácter de movimiento nacional. Para ello, trató sin éxito de reabrir la lucha en Sinaloa e intentó reforzar a las guerrillas villistas dirigidas por el general Contreras en Durango, aunque el general Ceniceros, al que encomendó esta misión, cambió de bando para unirse a la contraguerrilla constitucionalista en este estado.

Paralelamente, el Centauro del Norte se dispuso a impedir por todos los medios que las fuerzas gubernamentales pudieran pacificar

Chihuahua y comenzó a amenazar los intereses estadounidenses en la región. Las amenazas de Villa comenzaron a materializarse con el asesinato, el 10 de enero de 1916, de 17 ciudadanos estadounidenses que viajaban en un tren asaltado por una gavilla villista cerca del pueblo de Santa Isabel. La mayoría eran ingenieros de minas que se dirigían a reabrir la mina de Cusihuiriachi. Villa negó a Los Angeles Associated Press la autoría del crimen y la achacó a una iniciativa personal del coronel Pablo López, que dirigía el destacamento villista, pero este declararía unos meses más tarde, poco antes de ser ejecutado, haber actuado bajo órdenes directas de su jefe.

Esta acción supuso un duro golpe para las pretensiones del Gobierno carrancista de haber pacificado Chihuahua, dirigidas a impulsar a los inversores extranjeros a reanudar sus actividades en este estado. La noticia provocó varios tumultos antimexicanos y linchamientos en Texas. Con todo, la reacción de Washington fue comedida, limitándose a exigir al Gobierno mexicano la persecución y castigo de los responsables, así como una indemnización para las familias de las víctimas. Carranza declaró a Villa fuera de la ley, autorizando a cualquier ciudadano a ejecutarlo sin proceso de ningún tipo, pero se negó a pagar ninguna indemnización al aducir que no se trataba de crímenes de guerra, sino de un vulgar acto de bandolerismo.

Apenas una semana después, Villa llevaría a cabo un primer intento para atacar algunas poblaciones fronterizas estadounidenses cercanas a Ojinaga. Contaba con alrededor de 200 hombres, que esperaba ver incrementados por la incorporación de un elevado número de voluntarios en esta región. En vez de eso, Villa sufrió numerosas deserciones. Ello lo obligó a desistir tras varios días deambulando por la frontera. Solo logró poner fin a las deserciones tras permitir que sus hombres asaltaran a los pasajeros de un tren procedente de Ciudad Juárez. En este viajaba el antiguo general villista Tomás Ornella, contra el que Villa descargó su rencor, arrollándolo con su caballo antes de dispararle dos veces. Pocos días después, la partida villista tuvo un primer encuentro con una columna carrancista a la que desbandó con facilidad. Tras este encuentro, Villa reforzó sus filas con los prisioneros, excepto a 90 antiguos villistas a los que hizo fusilar.

El Centauro del Norte necesitaba elevar el número de sus soldados para poder reactivar sus planes contra la frontera. Esta vez ordenó a varias de las partidas que estaban dispersas que se le unieran y envió al coronel Candelario Cervantes a reclutar a los villistas desmovilizados de Namiquipa, uno de los centros originales del movimiento revolucionario. Si bien la popularidad de Villa debía ser todavía muy grande en esta comarca, el caudillo ordenó a Cervantes ejecutar a todos los que se negaran a unirse a sus fuerzas, lo que resulta sintomático del cansancio provocado por la guerra entre la población y de las dificultades encontradas en ese momento por Villa para conseguir voluntarios. De acuerdo con los testimonios recopilados por Osorio, este habría advertido a sus hombres que si desertaban, dejaría a sus familias "colgadas de los álamos del río"[11]. Con objeto de evitar cualquier filtración si se producían nuevas deserciones, Villa no comunicó a sus hombres cuál era su objetivo. Muchos manifestarían más tarde no saber que estaban en territorio norteamericano y que se dirigían contra Columbus.

Tras lograr reunir medio millar de hombres, Villa inició el 24 de febrero la marcha hacia la pequeña población de Columbus, Nuevo México. Llegó a sus inmediaciones el 8 de marzo. Mucho se ha especulado sobre las razones que llevaron a Villa a elegir para su ataque esta pequeña población estadounidense situada a tres kilómetros de la frontera. El hecho de que en la misma residiera Sam Ravel, un traficante de armas que le había engañado, ha sido señalado como una de las razones, dado el carácter vengativo de Villa. De hecho, los atacantes tenían la orden de encontrar y ejecutar a este emigrante judío lituano, así como de quemar sus propiedades, pero parece más probable que Villa eligiera Columbus por la aparente facilidad que ofrecía su conquista. Sus espías le habían informado de que solo estaba guarnecido por un pequeño destacamento de medio centenar de hombres; además, el poblado era el centro comercial y bancario de la extensa comarca ganadera circundante, por lo que su saqueo podría proporcionarle abundantes recursos. Sin embargo, pronto comprobó que sus espías se habían equivocado cuando constató personalmente que el pueblo contaba con un destacamento de 500 soldados. Villa trató entonces de abortar la operación, pero esa vez se lo impidieron sus propios oficiales, conscientes de que un nuevo fracaso podría provocar una desbandada, de modo que el ataque tuvo lugar en la madrugada del

9 de marzo de 1916.

En contra de la creencia general, Villa no tomó parte personalmente en el mismo, ya que permaneció con la reserva, probablemente cerca de la frontera, mientras dos columnas se dirigían respectivamente contra el pueblo y la guarnición. El ataque, pésimamente organizado y dirigido, fue rechazado por las tropas estadounidenses que, pese a la sorpresa inicial, obligaron a huir a los asaltantes tras tres horas de lucha, causándoles en torno a un centenar de bajas. El enfrentamiento provocó más de una veintena de víctimas estadounidenses, la mitad, civiles. Villa no logró consumar su venganza contra Ravel, que se encontraba en El Paso para visitar al dentista. Tampoco pudo hacerse con las armas de la guarnición o el dinero depositado en el banco y sus menguadas fuerzas tuvieron que adentrarse en México cargadas de heridos.

Si desde un punto de vista militar la operación constituyó un fracaso absoluto, desde un punto de vista estratégico resultaría un rotundo éxito para los planes de Villa. El primer ataque directo contra el territorio estadounidense desde la guerra anglo--norteamericana de 1812 conmocionó a la sociedad americana y forzó a Wilson a intervenir en México. Ello tensionó las relaciones con Carranza y dio lugar a una respuesta nacionalista que sería ampliamente aprovechada por Villa. El ataque a Columbus contribuyó adicionalmente, quizás más que cualquier otra acción de Villa, a alimentar su mito. Villa no era, desde luego, el primer dirigente extranjero que desafiaba a Estados Unidos, pero sí el único que se atrevió a atacar directamente el territorio estadounidense hasta el bombardeo de Pearl Harbor por los japoneses. Su figura cobraría un relieve especial en el imaginario estadounidense en torno a México, donde se convertiría en un personaje a la vez demonizado y admirado. El ataque a Columbus tendría un impacto aún mayor dentro del propio imaginario mexicano, en el que Villa pasó a desempeñar desde entonces el papel de una suerte de vengador de los abusos cometidos por Estados Unidos contra México a lo largo de toda su historia. El hecho de que los sucesos de Columbus fueran rápidamente distorsionados y exagerados por la prensa mexicana y extranjera contribuyó a ello. Probablemente sin pretenderlo, Villa terminó por entrar de este modo en el ámbito de la leyenda.

Las repercusiones inmediatas del ataque a Columbus fueron sin embargo mucho más preocupantes para México que para el propio Villa. La furibunda reacción de la opinión pública estadounidense, alimentada por la prensa sensacionalista, obligó a Wilson a enviar un cuerpo expedicionario en persecución de Villa. El presidente norteamericano se vio condicionado, sin duda, por la proximidad de las elecciones en las que se jugaba su reelección. Wilson trató sin embargo de evitar una guerra con su vecino meridional, por lo cual desestimó el plan elaborado por su Estado Mayor para enviar a 250.000 soldados a ocupar la totalidad del norte de México. En su lugar, optó por mandar una fuerza expedicionaria de unos 6.600 hombres bajo el mando del general John J. Pershing, quien se había distinguido años atrás en el aplastamiento de los nacionalistas filipinos.

Las primeras unidades estadounidenses atravesaron la frontera mexicana una semana después del ataque a Columbus y hacia finales de marzo habían penetrado profundamente en Chihuahua. Carranza había tratado de evitar la intervención concentrando buena parte de su ejército en Chihuahua para perseguir a Villa y cuando esta fue inevitable, logró firmar un acuerdo de reciprocidad para que ambos países pudieran perseguir a los forajidos al otro lado de la frontera. Este acuerdo permitió a Carranza guardar las apariencias y evitó probablemente la guerra, al hacer posible que el Encargado del Poder Ejecutivo ordenara a sus comandantes no interferir en las operaciones militares de Pershing, en el entendido de que pronto tendría lugar la rápida retirada de las fuerzas estadounidenses. La permanencia del cuerpo expedicionario en México provocaría, no obstante, un creciente descontento entre muchos de los oficiales constitucionalistas.

La doble persecución a la que fue sometido puso a prueba la considerable capacidad de Villa como guerrillero. En todos los pueblos que atravesaba reunía a la población para arengarla y exhortarla a que se preparara para hacer frente a la invasión estadounidense. En Galeana, la primera localidad importante a la que llegó tras el ataque a Columbus, cientos de personas lo aclamaron en la plaza mayor, si bien apenas logró reclutar algunos voluntarios. Lo mismo sucedió en El Valle, pese a que esta vez aseguró a la población que se había declarado la guerra contra

Estados Unidos antes de solicitar voluntarios. Nadie se presentó, así que se llevó 40 reclutas a la fuerza. Desplazándose siempre de un lugar a otro con rapidez, volvió a saquear la hacienda del magnate de los medios William Randolph Hearst, en Babícora y, poco después, entró en Namiquipa, donde llamó a poner fin al enfrentamiento entre mexicanos para unirse contra la invasión estadounidense.

Sin duda, esta era desde el principio la estrategia de Villa, aunque su llamamiento no tuvo mucho eco entre los constitucionalistas que atacaron a sus fuerzas pocos días después. Tampoco Villa estaba dispuesto a respetar su autoproclamado alto el fuego. El 27 de marzo ocupó Miñana y Ciudad Guerrero tras derrotar a la guarnición local y obtener un importante botín de armas y municiones, al tiempo que incorporaba a sus filas a un centenar de prisioneros.

En este último combate Villa resultó, sin embargo, herido por un balazo en la pierna. Imposibilitado para cabalgar y presa de fuertes dolores, dispersó a sus tropas. A fin de que nadie conociera su paradero y pudiera denunciarle, Villa fue despidiendo progresivamente a los integrantes de su escolta hasta que solo quedaron a su lado dos de sus primos, Joaquín Álvarez y Bernabé Cifuentes, con los que se dirigió a una gruta que conocía de sus tiempos de forajido donde permaneció escondido durante casi dos meses. Durante ese tiempo sus fuerzas en Chihuahua se vieron minadas por las deserciones, las rivalidades internas o los enfrentamientos con los carrancistas o el cuerpo expedicionario. A consecuencia de ello, Villa perdió a varios de sus principales comandantes, como Cervantes López y Manuel Baca, que había acompañado a Villa desde su época de bandido. Por el contrario, el tiempo que permaneció escondido en la cueva permitió a Villa eludir fácilmente la persecución de las fuerzas estadounidenses.

De todos modos, habría sido muy difícil para estas capturar al Centauro del Norte, que contaba aún con un amplio apoyo entre la población rural chihuahuense. Las columnas de la Expedición Punitiva, cuyo número se había incrementado a más de 10.000 hombres, apoyados además por ocho aviones de reconocimiento, se dedicaron a perseguir aparatosamente por toda Chihuahua la

sombra de Villa, sin otro resultado que el de lograr dispersar algunas partidas de villistas y localizar uno de sus principales depósitos de armas cerca de Namiquipa. Su fracaso hizo cada vez más difícil justificar su permanencia en suelo mexicano e incrementó las posibilidades de que un incidente acabara provocando un conflicto entre ambos países. El primer choque tuvo lugar en abril, cuando un destacamento estadounidense entró en Parral, casi 600 kilómetros al sur de la frontera. Una indignada multitud lo obligó a retirarse en medio de un cruce de disparos con la guarnición carrancista.

Los sucesos de Parral indignaron al general Pershing, quien solicitó a Washington que, como respuesta, le permitiera ocupar la ciudad de Chihuahua. La Administración de Wilson se negó, pero desplegó amenazadoramente a 100.000 efectivos de la Guardia Nacional en la frontera. Por su parte, el Gobierno de Carranza, cada vez más presionado por la opinión pública, amenazó con cortar las líneas de suministro de las fuerzas de Pershing si estas no regresaban de una vez a su país. Wilson, que no quería una guerra, ordenó el repliegue de la Expedición Punitiva al norte de Chihuahua. Ello no evitó que las columnas de la caballería estadounidense continuaran internándose en ocasiones hacia el sur en busca de Villa. Una de estas incursiones provocó en junio una escaramuza entre un destacamento constitucionalista y un escuadrón de soldados búfalo del 10º Regimiento de Caballería estadounidense. El enfrentamiento se saldó con varias decenas de muertos y la captura de parte del destacamento norteamericano.

El interés de ambas partes por evitar una escalada impidió de nuevo la guerra, pero la crisis llevó al Gobierno estadounidense a imponer un embargo de armas a Carranza, al tiempo que el cuerpo expedicionario estadounidense quedaba estrechamente confinado a la franja norte de Chihuahua, dejando de representar una amenaza real para Villa. Pocas semanas después, ambos países iniciaron negociaciones en Atlantic City, las cuales conducirían en noviembre a la firma de un acuerdo para la retirada de la Expedición Punitiva. Pese a todo, su permanencia en México hasta febrero de 1917 permitiría a Villa seguir enarbolando hasta entonces la bandera del nacionalismo antiestadounidense. La agitación nacionalista provocada por la invasión estadounidense se vio además

acompañada por el creciente hartazgo de la población chihuahuense ante los repetidos abusos de las tropas constitucionalistas enviadas para capturar a Villa. Todo ello constituiría el caldo de cultivo de la espectacular resurrección del villismo en el otoño de 1916.

El retorno del Centauro del Norte

Tras la capitulación de los restos de la División del Norte en diciembre de 1915, el Gobierno constitucionalista consideró que el villismo estaba acabado política y militarmente. Por ello, Carranza y Obregón no dieron importancia a la decisión de Villa de continuar la lucha mediante una guerra de guerrillas, de manera que trasladaron la mayor parte de sus fuerzas a pacificar otras regiones en el centro y sur del país. En su lugar, trataron de involucrar con poco éxito a la población civil en la defensa de sus propias localidades mediante la creación de defensas sociales. Esta situación hizo que el general Treviño renunciara inicialmente a perseguir a Villa y mantuviera a sus tropas cómodamente acantonadas en las principales ciudades, mientras inflaba la nómina de las fuerzas realmente desplegadas en Chihuahua para enriquecerse.

El ataque a Columbus obligaría al Gobierno federal a reconsiderar esta estrategia y volver a desplegar a su ejército en Chihuahua a fin de perseguir a Villa y evitar la intervención estadounidense. La concentración de las fuerzas federales incrementaría, a su vez, el descontento de la población ante los cada vez más frecuentes abusos de los soldados que trataban a este estado como a un país conquistado. Villa lograría capitalizar tanto este descontento como la ola de nacionalismo producida por la invasión estadounidense para reclutar nuevas fuerzas e ir extendiendo progresivamente su control a gran parte de las zonas rurales, especialmente, cuando la firme actitud de Carranza provocó el repliegue de las tropas estadounidenses al norte de Chihuahua.

Tras recuperarse de su herida, Villa se desplazó a Durango a fin de evadir la persecución de Pershing. Allí logró reunir a principios de julio de 1916 los restos de las partidas dispersas que habían logrado sobrevivir. Al frente de 400 hombres ocupó en una rápida incursión Ciudad Jiménez, en el sureste de Chihuahua, tras lo cual exterminó a la columna del general Ignacio Ramos, a la que emboscó en la

hacienda de Corrales. En el curso de esta expedición, uno de los generales de Villa, Baudelio Uribe, comenzaría a hacerse tristemente célebre como “el Mochaorejas”, al empezar a mutilar a los soldados carrancistas prisioneros antes de liberarlos. Villa aprovechó esta idea para enviar los tristes trofeos al comandante constitucionalista de Parral, acompañados por un mensaje burlón. Uribe convertiría esta práctica en una costumbre, que llevaba a cabo personalmente y que tenía por objeto aterrorizar a las fuerzas enemigas, al tiempo que constituía una advertencia para los prisioneros liberados de que serían ejecutados si volvían a ser capturados vistiendo el uniforme federal. Con todo, el brutal pasatiempo del Mochaorejas resultaba más humanitario que la ejecución masiva de los prisioneros practicada cada vez con más frecuencia por ambos bandos.

Tras sembrar el pánico entre las guarniciones carrancistas de Durango y del sur de Chihuahua, Villa volvió a dispersar a sus fuerzas para reaparecer a finales de agosto, aprovechando la retirada de las tropas expedicionarias estadounidenses al norte de Chihuahua. Su primera acción relevante fue la toma de Satevó, donde haría ejecutar a todos los exvillistas que formaban parte de las defensas sociales, así como a los parientes del general José Ruiz, que se había acogido al indulto. Estas acciones punitivas anticipaban el progresivo endurecimiento de su conducta con la población civil chihuahuense.

El repliegue de la Expedición Punitiva a la franja norte del estado permitió a Villa comenzar a ocupar poblaciones de cierta envergadura e incluso atacar los principales centros urbanos de Chihuahua. El primer objetivo fue la propia capital. En una brillante acción desarrollada el 16 de septiembre, Villa logró infiltrar a sus hombres entre la multitud que abarrotaba las calles celebrando la independencia de México. Los villistas tomaron la prisión y el Palacio de Gobierno, antes de que la sorprendida guarnición pudiera reaccionar. El ataque permitió a Villa liberar a varios presos políticos orozquistas a los que esperaba atraer de ese modo a su causa, entre los que se encontraba su antiguo rival en Tierra Blanca, el general José Inés Salazar. La incursión volvió, sobre todo, a levantar el decaído prestigio del caudillo norteño, que al frente de medio millar de hombres había logrado ocupar durante unas horas

el centro del poder político del estado y retirarse con el grueso de sus fuerzas, sin que la presencia en la ciudad de varios miles de soldados constitucionalistas pudiera hacer nada para evitarlo.

La incursión contra la ciudad de Chihuahua fue seguida por una serie de fulgurantes incursiones que durante los últimos meses de 1916 permitieron a Villa conseguir el control de diversas poblaciones de la zona montañosa del estado, como San Andrés, Cusihuiriachi y Namiquipa, así como batir a las columnas enviadas en su busca, a las que provocó cientos de bajas en la batalla de Santa Isabel. Estas victorias debieron mucho a la habilidad de Villa como guerrillero, aunque —como señala Katz— también se vieron facilitadas por la ineptitud y cobardía de los mandos carrancistas, así como por la falta de municiones que las fuerzas federales comenzaban a sufrir a causa del embargo estadounidense. La corrupción también contribuía a mermar su eficacia. De acuerdo con las acusaciones del sucesor de Treviño, la nómina del Ejército Federal estaba tremendamente inflada, ya que su comandante en jefe recibía fondos para sostener a 21.000 hombres cuando en realidad contaba con menos de 6.000. No resulta, por ello, extraño que el Ejército Federal acabara por quedar prácticamente confinado a la periferia de las grandes poblaciones, desmoralizado, minado por las deserciones e incapaz, por tanto, no solo de perseguir a Villa, sino de impedir la interrupción del tráfico ferroviario y de las comunicaciones telegráficas en la totalidad del estado.

Estos triunfos contribuyeron a alimentar aún más la popularidad de Villa y provocaron la reacción del Gobierno mexicano, que trató de poner en práctica una estrategia más ofensiva, enviando a perseguir a Villa a dos columnas volantes dirigidas por el general Fortunato Maycotte y Domingo Arrieta. La nueva estrategia fracasó al ser emboscados ambos por Villa en La Enramada a principios de noviembre. Esta victoria le permitiría retomar la iniciativa e iniciar una ofensiva que le entregaría momentáneamente el control de la mayoría del estado de Chihuahua.

En un manifiesto dirigido al pueblo mexicano publicado en Santa Isabel, Villa refrendaba su estrategia de apelar al nacionalismo mexicano, llamando a todos los mexicanos a unirse para hacer frente a la invasión estadounidense, sin mencionar que esta había

sido provocada por su ataque a Columbus y que el propio Villa había evitado cuidadosamente enfrentarse a los invasores. El manifiesto acusaba a todos los inmigrantes extranjeros de explotar al país con la connivencia de Carranza e incluía una serie de medidas de corte nacionalista y xenófobo, como la confiscación de sus propiedades y diversas restricciones a su actividad, especialmente, en el caso de estadounidenses y chinos. El manifiesto respondía al cambio de estrategia de Villa, ya que no hacía una sola referencia a la reforma agraria o a cualquier otro tipo de medida social y, en su lugar, trataba de apelar a la xenofobia de las clases populares y al nacionalismo de la mayor parte de los caudillos militares que apoyaban a Carranza.

La noticia de que Obregón había ordenado a Murguía que se trasladase desde Durango a Chihuahua con más de 6.000 soldados hizo que Villa decidiera anticiparse a su llegada y asaltara la capital del estado. La guarnición estaba desmoralizada, pero el general Treviño había fortificado y artillado el cerro de Santa Rosa, que dominaba la ciudad. Villa, que no contaba con artillería, sitió la ciudad el 23 de noviembre y consiguió tomarla tras cuatro días de intensos combates, mientras la mayor parte de la guarnición escapaba hacia el sur para sumarse a las fuerzas de Murguía. Un año después de la disolución de la División del Norte, Villa recuperaba de este modo la capital de Chihuahua y mostraba que continuaba siendo el principal obstáculo para la pacificación del país y la consolidación del régimen carrancista.

La toma de Chihuahua provocó nuevas presiones de Pershing para que se le permitiera marchar contra Villa, nuevamente rechazadas por Wilson. Ello condujo al frustrado servicio de inteligencia estadounidense a urdir un extravagante plan para envenenar al Centauro del Norte por medio de dos agentes japoneses infiltrados en sus filas, uno de los cuales había sido sirviente personal del propio Villa, quien curiosamente simpatizaba con los japoneses, en contraste con el odio cerval que profesaba a los chinos. El delirante proyecto fracasó, sin otra consecuencia que el revuelo que acabó suscitando dentro del Departamento de Guerra, que se apresuró a tapar este asunto.

Mucho más peligroso para Villa era el avance de la columna de

Murguía, que se encontraba a pocos días de marcha al sur de la capital. Murguía, que ya se había enfrentado a Villa en Sayula y el Bajío, era uno de los pocos militares carrancistas a los que este manifestaba cierto respeto. La situación de Villa en la ciudad de Chihuahua era bastante precaria. La captura de la capital había supuesto un considerable éxito propagandístico que revitalizó al villismo en Chihuahua y Durango, permitiéndole reclutar un gran número de voluntarios durante los siguientes meses. El saqueo metódico de la capital proporcionó además a Villa un considerable botín con el que recompensar a sus fuerzas, así como a sus seguidores en las zonas rurales. El Centauro del Norte no olvidó al populacho urbano, al que permitió saquear libremente durante dos días las oficinas gubernamentales y las tiendas que eran propiedad de sirio-libaneses y chinos. En cambio, Villa reservó para sí los comercios de mexicanos y europeos, imponiendo además una contribución forzosa a los comerciantes extranjeros.

Villa no disponía de fuerzas suficientes para conservar la capital, por lo que se limitó a ralentizar la marcha de Murguía, enviando contra él a una columna de 3.000 jinetes que fueron fácilmente derrotados en Horcasitas. Poniendo de relieve, una vez más, sus extraordinarias dotes como guerrillero, Villa concibió un atrevido plan para atacar la comarca lagunera y hacerse con el control de esta estratégica región, ahora desguarnecida. Villa evacuó Chihuahua a principios de diciembre y dado que los constitucionalistas controlaban las líneas férreas, cabalgó velozmente hacia el sur con alrededor de 4.000 hombres, mientras Murguía, en vez de perseguirlo, enviaba a una parte de sus fuerzas a ocupar las regiones occidentales del estado, que constituían las principales bases de reclutamiento de Villa.

El plan dio resultado y permitió a los villistas ocupar Camargo por sorpresa el 12 de diciembre. Quizás la rabia que sentía por haber tenido que evacuar su recobrada capital trastornó a Villa, que había actuado con bastante moderación en Chihuahua, donde perdonó la vida a parte de los federales prisioneros. En Camargo, no solo mató personalmente de un disparo a la viuda de un empleado gubernamental recién ejecutado que, enloquecida por el dolor, se atrevió a increparlo en la calle, sino que hizo fusilar a noventa soldaderas de la derrotada guarnición carrancista. Según Katz, la

matanza de Camargo fue probablemente instigada por los partidarios locales de Villa, que temían ser delatados posteriormente a los carrancistas. Los ecos de esta masacre se extenderían pronto por México y el extranjero, pasando a engrosar la leyenda negra de Villa. La masacre conmocionó al mismo secretario personal del caudillo norteño, José María Jaurrieta, testigo directo de los hechos:

Aquel cuadro dantesco, dudo que pluma alguna pueda describir fielmente las escenas de dolor y de espanto que se registraron esa mañana del 12 de diciembre de 1916, ¡llanto!, ¡sangre!, ¡desolación!, noventa mujeres sacrificadas, hacinadas unas sobre otras, con los cráneos hechos pedazos y pechos perforados por las balas villistas. Cuando hubo terminado aquella matanza, el curioso que contemplara aquel desastre de la vida humana, pudo haber visto a un chiquillo, como de dos años de edad, sentado sonriente, junto al cadáver de su madre, mojando en la sangre de la autora de sus días los inocentes deditos que llevaba a su carita, seguramente en gracia infantil para pintarse como la madre que rígida yacía a su lado[12].

Tras saquear Camargo, los villistas entraron tres días más tarde en la ciudad de Parral, en la frontera sur de Chihuahua, donde se hicieron con varios trenes que les permitieron desplazarse con rapidez por ferrocarril hacia el sur. Para entonces, el alto mando constitucionalista tenía claro que el objetivo de Villa era la próspera localidad coahuilense de Torreón. La persistencia de numerosos focos de oposición en gran parte del país impidió, sin embargo, al Gobierno enviar refuerzos a los 2.000 hombres que formaban la guarnición de Torreón, que no pudieron impedir que Villa la tomara por asalto el 22 de diciembre. La conquista de Torreón fue uno de los últimos triunfos del Centauro del Norte. Villa no solo se apoderó de abundantes recursos, incluidas piezas de artillería y varios trenes, sino que logró engrosar sus tropas con gran cantidad de voluntarios reclutados entre los numerosos partidarios que todavía tenía en la región lagunera. En Torreón, Villa obtuvo además la satisfacción personal de desbaratar la Brigada Juárez, integrada en

su mayoría por carrancistas chihuahuenses comandados por el general Luis Herrera que, junto a su hermano Maclovio, había sido el único caudillo revolucionario de este estado que se había decantado por Carranza tras la ruptura de la Convención de Aguascalientes. Ello concitó el odio personal de Villa por esta familia, a la que persiguió con saña e intentó exterminar.

A diferencia de lo sucedido en Camargo, Villa mostró una gran contención en Torreón, donde se limitó a imponer a la oligarquía local y a los comerciantes extranjeros una contribución extraordinaria, que solo logró recaudar en parte. La única excepción fue la próspera colonia china, que había sido diezmada tras la toma de la ciudad por los maderistas en 1911. El Centauro del Norte coincidía con las masas populares en su odio irracional contra esta comunidad extranjera, por lo que la conquista de la ciudad fue seguida por la matanza de varias decenas de supervivientes del brutal pogromo. Villa nunca hizo públicas las razones de su xenofobia contra los chinos, derivadas probablemente de factores culturales y del rencor que las clases populares mexicanas sentían hacia la creciente prosperidad de este grupo que, por sus actividades, se encontraba en estrecho contacto con aquellas. Las autoridades constitucionalistas compartían en parte estos prejuicios, ya que no movieron un dedo para facilitar su evacuación antes de la llegada de Villa, como sí hicieron con los estadounidenses y con los pocos españoles que habían regresado, que lograron escapar de este modo a las posibles represalias de Villa.

La toma de Torreón colocó de nuevo a Villa en disposición de recuperar el control sobre buena parte del norte de México y, quizás, de poder influir sobre el desarrollo de los debates del Congreso Constituyente, reunido en Querétaro en diciembre de 1916, con el objeto de institucionalizar el proceso revolucionario. Pocos meses atrás, Villa era casi un proscrito que contaba tan solo con unos pocos cientos de hombres, pero el ataque a Columbus, unido a su audacia y a su extraordinario dominio de las tácticas guerrilleras, parecían haber revertido la situación. De manera sorprendente, había vuelto a dominar el sur de Chihuahua, parte de Durango y el suroeste de Coahuila y volvía a contar con un ejército bien equipado, gracias a las armas que anteriormente había escondido y a las arrebatadas al enemigo, y disponía de artillería,

ametralladoras y trenes para desplazarse. El Gobierno de Carranza no tenía en ese momento fuerzas para amenazarlo desde el sur. Solo los 7.000 hombres del ejército de Murguía, que avanzaban lentamente hacia Torreón desde Chihuahua, parecían interponerse nuevamente en sus planes.

Villa contaba ahora con fuerzas similares a las de Murguía, pero sus limitaciones estratégicas a la hora de afrontar una batalla convencional y su exceso de confianza volverían a jugar en su contra. El encuentro tuvo lugar el 3 de enero de 1917 en Estación Reforma, en las cercanías de la ciudad de Jiménez. Villa creía que las fuerzas constitucionalistas, desmoralizadas por las sucesivas derrotas, se vendrían abajo fácilmente frente a una carga masiva de su caballería. No se molestó por ello en dejar tropas de reserva ni atendió la sugerencia de uno de sus comandantes que, en vísperas de la batalla, le indicó que era posible situar un destacamento de caballería a la espalda de las líneas federales para atacarlas desde la retaguardia. Con ello, demostró no haber aprendido nada de las derrotas en el Bajío. Las fuerzas de Murguía no eran los conscriptos sureños escasamente entrenados y motivados a los que se había enfrentado en Chihuahua, sino que estaban constituidas por endurecidos veteranos de las campañas de Jalisco y del Bajío, incluyendo algunos batallones sonorenses. Resistieron las sucesivas cargas de la caballería villista y rompieron con facilidad las diezmadas líneas enemigas cuando contraatacaron. Villa se retiró a duras penas con los restos de su derrotado ejército a Parral, donde repartió precipitadamente entre la población el producto del saqueo de Torreón, que había trasladado hasta allí en trenes.

La última oportunidad se había desvanecido para siempre. Perseguido por Murguía, Villa tuvo que abandonar Parral, Torreón y todo el territorio conquistado para volver a disgregar a sus fuerzas en pequeñas partidas que se dispersaron por las montañas de Chihuahua, Durango y Zacatecas, donde realizarían una incesante guerra de guerrillas. Villa todavía comandaba a varios miles de hombres dispersos y aún conseguiría algunas victorias notables contra las fuerzas gubernamentales, pero ya no tendría ninguna posibilidad real de disputarles a estas el dominio de Chihuahua. Su derrota coincidió con la aprobación de un nuevo texto constitucional en febrero de 1917 que abrió el camino para la

progresiva institucionalización del régimen posrevolucionario mexicano, un proceso del que Villa había quedado inexorablemente excluido.

La guerra de guerrillas en Chihuahua

y Durango

La aprobación de la Constitución de 1917 fue acompañada por la retirada en febrero del cuerpo expedicionario estadounidense del norte de Chihuahua y la elección en mayo de Carranza como presidente legítimo de México. El nuevo régimen político mexicano afrontaba grandes desafíos. El país estaba aún lejos de estar pacificado. Los zapatistas seguían resistiendo en su bastión de Morelos y extensas regiones del noreste, el centro y el sur de México se encontraban en manos de guerrillas villistas o de movimientos contrarrevolucionarios, pero las bases del nuevo modelo político mexicano estaban sentadas y ninguna de las facciones opositoras representaría ya un desafío real al nuevo Gobierno federal.

Esta situación dejaba sin margen de maniobra a Villa que, en adelante, tuvo que limitarse a mantener una incesante actividad guerrillera en Chihuahua y Durango, sin posibilidades reales de volver a conseguir el control territorial de estos estados. Ello impidió la pacificación de esta región, que había constituido el núcleo básico del villismo, condenándola a un bucle interminable de violencia revolucionaria y contrainsurgente entre 1917 y 1920 que hizo imposible la reconstrucción de su devastada economía y acentuó la degradación de su tejido social.

Tras su victoria en Estación Reforma, Murguía pudo reclutar en la propia Chihuahua a un segundo ejército de operaciones, integrado mayoritariamente por antiguos villistas, que colocó bajo el mando del general Eduardo Hernández. Esta medida fue acompañada por la potenciación de las defensas sociales, cuerpos paramilitares formados por la población civil, a los que se confió la defensa de la mayoría de las poblaciones del estado. El resultado fue una creciente “chihuahuización” del conflicto que contribuiría a hacerlo aún más violento. Se inició de este modo un periodo oscuro de la

historia de Chihuahua, en el que ambos bandos extremaron la crueldad, que ya venían practicando con los prisioneros derrotados, para extenderla a la población civil. Villa no había sido hasta este momento más sanguinario que sus enemigos constitucionalistas, incluso en algunas ocasiones había perdonado a sus prisioneros, a diferencia de aquellos. Sin embargo, el sentimiento de haber sido traicionado por su propia gente acentuó los rasgos más duros de su carácter y lo llevó a realizar acciones brutales contra la población civil que inicialmente lo había apoyado. Este comportamiento, que en un principio había sido una excepción, acabaría por convertirse en la norma. Las tropas federales, por su parte, no se quedaban a la zaga y ejecutaban inmediatamente, sin ningún tipo de proceso, a todos los sospechosos de simpatizar con el villismo. El propio Murguía recibió el significativo apodo de "Pancho Reatas", por su afición a hacer ahorcar a todos los prisioneros villistas y jalonar los caminos y las calles de las poblaciones de Chihuahua con siniestras hileras de cadáveres colgados de los árboles.

El hecho de que Villa hubiera perdido la posibilidad de expulsar a los federales de Chihuahua no significaba que no tuviera todavía la capacidad de mantener en jaque a las fuerzas del Gobierno. En febrero de 1917, el general villista Nicolás Fernández retomó brevemente las ciudades de Camargo, Parral y Jiménez, débilmente guarnecidas, y un mes más tarde el propio Villa infligió una severa derrota a un ejército de 5.000 federales dirigido por Murguía en la batalla de Estación Rosario, cerca de Parral. Emboscados por el Centauro del Norte, los federales tuvieron más de 2.000 bajas, entre ellas 600 prisioneros que fueron ejecutados en su totalidad por un tiro en la cabeza para ahorrar balas. El propio Murguía estuvo a punto de perder la vida. Desde la campaña del Bajío era la primera vez que Villa vencía a los constitucionalistas en una gran batalla campal, pero fue su última victoria. Villa, que volvió a conseguir transitoriamente el control del sur de Chihuahua, no pudo aprovechar su triunfo para reconquistar la bien guarnecida capital del estado.

El principal problema de Villa radicaba en su creciente dificultad para contrabandear armas y municiones desde Estados Unidos después del ataque a Columbus. Hasta ese momento había logrado resolver la situación gracias a los grandes depósitos que había

ocultado en 1915 en diversas partes de la abrupta geografía chihuahuense, pero a inicios de 1917 estas reservas se estaban agotando. Villa había sido extremadamente cuidadoso a la hora de emplazar todos estos escondites y sobre todo el principal, situado en las cercanías del poblado de Chevarría. Pocos de sus hombres de máxima confianza conocían su emplazamiento. Sin embargo, la traición de uno de los comandantes de su escolta personal permitió en marzo a los federales descubrir este arsenal. Ello privó a Villa de miles de fusiles y cientos de miles de cartuchos, lo que le dejó sin posibilidades de reaprovisionar a sus fuerzas justo cuando pretendía iniciar una campaña a gran escala contra las fuerzas federales para explotar su victoria en la batalla de Rosario. Villa, pese a todo, atacó la ciudad de Chihuahua, fuertemente guarnecida, para ser completamente derrotado por Murguía. Esta vez les tocó a los federales colgar a más de 200 prisioneros villistas de los árboles de la avenida Colón, la principal arteria de Chihuahua.

Villa no se recuperaría ya de esta derrota. Mientras su ejército se disolvía por las deserciones, se dirigió con un millar de hombres a Namiquipa, uno de los primeros bastiones del villismo. Allí había reclutado Villa por la fuerza a uno de los contingentes del asalto a Columbus. Ocupada por las fuerzas de Pershing, la mayoría de esta población del oeste de Chihuahua había colaborado con los ocupantes e incluso había denunciado uno de los alijos de armas que Villa había escondido en sus cercanías. La defensa social y casi todos los varones adultos del pueblo escaparon a la sierra al enterarse de que Villa se acercaba. Este desahogó entonces su rabia quemando parte de la población y permitiendo que sus tropas violaran a varias decenas de mujeres. Mientras tanto, otra columna villista saqueaba la cercana población de Bachíniva, lo que fue tolerado por Villa para compensar a sus seguidores. Estos atropellos contra la población civil no fueron del agrado de todos sus hombres, algunos de los cuales comenzarían a desertar en los siguientes meses.

El villismo entraba ya en un proceso de franca degeneración, acentuado por la incapacidad de Villa para controlar directamente a sus comandantes, al verse obligado a dispersar a sus tropas durante gran parte del año. Varias de las partidas villistas acabarían pronto derivando hacia el bandolerismo. Mientras tanto, una gran parte del

apoyo con el que Villa contaba entre la población rural se fue desvaneciendo y con ello la facilidad con la que hasta ese momento había podido sorprender y eludir a las tropas federales. Fueron estas ahora las que le sorprendieron, a su vez, en la hacienda de San Miguel Bavícora en abril y estuvieron a punto de capturarlo. Villa logró huir, pero dejando atrás cientos de cadáveres y, sobre todo, la seguridad de contar con la connivencia de la población rural. Su desconfianza se vería acentuada aún más cuando, pocos días después, otro de los comandantes de su guardia personal, el coronel Julián Pérez, se pasó a los federales e intentó asesinarlo en una fallida encerrona de la que Villa escapó solo gracias a su intuición.

En mayo estaba de nuevo en el sur de Chihuahua y lograba desbaratar a la columna del general Amaro enviada en su persecución, pero fracasó a la hora de tomar Parral y, un poco más tarde, tampoco lograría someter a la pequeña guarnición de Ciudad Jiménez. La desesperación llevaría entonces a Villa a perder un tanto el sentido de la realidad y concebir el quimérico plan de penetrar más de 1.000 kilómetros en territorio enemigo y dirigirse a la Ciudad de México para secuestrar a Carranza en uno de sus paseos matutinos a caballo por el bosque de Chapultepec. Se trataba de un plan irrealizable que, sin embargo, no estaba desprovisto por completo de lógica, ya que Villa consideraba, probablemente con acierto, que la desaparición de Carranza provocaría una guerra civil entre sus generales que le permitiría aliarse con alguna de las facciones.

El caudillo duranguense envió en junio a su secretario Jaurrieta a la capital para preparar el terreno y, poco después, condujo al sur a una partida de cincuenta hombres escogidos que se hicieron pasar por defensas sociales para infiltrarse sin ser detectados. La facilidad con que la columna de Villa logró llegar hasta Guanajuato pone de manifiesto el tremendo caos en el que estaba sumido el país tras la guerra civil. El grupo tuvo varios encuentros a lo largo de su viaje con guerrillas villistas y defensas sociales, pero logró ir progresando gracias a los sucesivos guías que iba consiguiendo en el camino y que, tras su labor, eran asesinados para evitar delaciones. Finalmente, la persecución desatada tras ser confundidos con una partida de forajidos los obligaría a abandonar Guanajuato y retroceder hacia Aguascalientes, donde Villa terminaría en julio por

reconocer la inviabilidad de su plan. En el camino de regreso dividió su fuerza en dos columnas, lo que hizo posible que una parte de sus tropas se amotinara y asesinara al comandante designado por Villa. Las represalias de Villa provocarían la defección de los hermanos Juan y Ramón Murga, que se pasaron con sus hombres al bando carrancista para perseguir como contraguerrilla a sus antiguos compañeros.

El fracaso del rocambolesco plan de secuestro de Carranza pareció desanimar momentáneamente a Villa. La retirada de las fuerzas expedicionarias estadounidenses había dejado sin justificación la continuación de su lucha. En agosto de 1917, el caudillo llegó a proponer a Murguía negociar un acuerdo que le permitiera deponer las armas, a lo que este se negó, secundado seguramente por Carranza. La preocupación de Villa se veía acrecentada por las dificultades cada vez mayores para hacerse con armas y municiones, pese a disponer de cuantiosos recursos fruto de los saqueos y de las extorsiones a las compañías mineras estadounidenses. En noviembre tomó por sorpresa la pequeña población fronteriza de Ojinaga con la intención de poder abastecerse de balas, pero la vigilancia de las autoridades estadounidenses impidió que ningún contrabandista se arriesgara a suministrarle el parque que necesitaba desesperadamente.

La escasez de municiones impidió a Villa llevar a cabo ninguna acción de envergadura durante la totalidad de 1918. Al frente de varios cientos de hombres desaparecía durante varios meses en las sierras de Chihuahua y Durango, para reaparecer después en distintos puntos y atacar por sorpresa pequeños pueblos, asaltar algún tren o enfrentarse, con suerte variable, a las columnas volantes que le perseguían. Todo ello dio lugar a un sangriento ciclo de acciones guerrilleras y represalias federales que ensangrentó Chihuahua durante esta etapa. La situación de Villa se veía además complicada por la necesidad de hacer frente a la creciente oposición de las defensas sociales creadas por el Gobierno para la defensa de los pueblos del estado.

El fracaso de la estrategia militar ensayada por Murguía para acabar con Villa había hecho que Carranza apostara por involucrar cada vez más a la población civil en su defensa, lo que solo sería posible

si se quitaba a los militares el control del estado para devolvérselo a la élite chihuahuense. Para ello, el presidente electo de México restauró en julio de 1918 como gobernador al chihuahuense Ignacio Enríquez, que había comandado uno de los Batallones Rojos. Tas las fricciones entre este y Murguía, Carranza trasladó en noviembre al general zacatecano a Tamaulipas y entregó a Enríquez el mando de las defensas sociales del estado. La defensa de Chihuahua quedó a partir de este momento, en gran medida, en manos de estos cuerpos paramilitares, cuyo número se incrementó rápidamente hasta extenderse a la mayoría de las poblaciones chihuahuenses. Las defensas sociales se negaron a colaborar activamente con las columnas volantes federales en la persecución de Villa, pero defendieron con bastante eficacia su territorio frente a las incursiones de los guerrilleros villistas.

Esta situación constituía un verdadero problema para Villa, que vio como el Gobierno le arrebataba gran parte de su antigua base social. Su reacción fue buscar una nueva causa que le permitiera justificar el mantenimiento de una lucha cada vez más difícil de explicar, más allá de las ambiciones personales del propio caudillo. Desgastado el recurso al nacionalismo antiestadounidense, Villa trató de apelar entonces a la defensa de la soberanía de Chihuahua frente a los abusos del Ejército Federal. En un manifiesto dirigido a las defensas sociales en diciembre de 1918, Villa llamaba a estas a unirse a sus filas para expulsar de Chihuahua a las tropas federales y poner fin a la tiranía de Carranza en el estado. De no hacerlo, Villa las advertía ominosamente de que serían consideradas como parte de las fuerzas de ocupación y se vería obligado a combatirlas.

Lo cierto es que su llamamiento no tuvo mucho efecto. La mayoría de la población estaba cansada de la guerra y de la inseguridad generalizada. El conflicto había despoblado el campo y la situación económica de Chihuahua era muy precaria. La epidemia de gripe de 1918 se cebó además especialmente con una población debilitada por las privaciones y la hambruna. En este contexto, los llamamientos de Villa, desprovistos para entonces de cualquier connotación de reforma social, difícilmente podían resultar atractivos para una población que anhelaba mayoritariamente la paz a fin de poder iniciar la reconstrucción de Chihuahua.

Pese a que la situación no era favorable, Villa seguía disponiendo de los cuantiosos recursos provenientes de las extorsiones a las empresas mineras estadounidenses, los cuales le permitieron reactivar, aunque de forma limitada, el contrabando de armas y municiones a través de la frontera y adquirir en el mercado negro mexicano las que vendían las propias tropas federales. Estos mismos fondos le permitían seguir pagando en plata —y no en la devaluada moneda carrancista— a los cientos de hombres que todavía le seguían. Finalmente, Villa contaba, sobre todo, con la lealtad de muchos de los antiguos veteranos desmovilizados de la División del Norte, dispuestos a acudir a su llamada si eran convocados de nuevo por el caudillo. Y esto era precisamente lo que Villa se disponía a hacer a principios de 1919.

El regreso de Felipe Ángeles contribuyó además a revitalizar al languideciente villismo, permitiendo que volviera a ser percibido en el exterior como un verdadero movimiento revolucionario. Tras exiliarse en 1915, Ángeles se había instalado con su familia en un modesto rancho fronterizo en Texas, que apenas les daba para vivir. Hombre honesto y sinceramente preocupado por el futuro de su país, Ángeles se implicó en un proyecto para unir a todos los grupos opuestos a Carranza que era promovido por el exiliado conservador Manuel Calero. Como principal enemigo del nuevo régimen, Villa resultaba una pieza clave para este plan. Por ello, Ángeles le escribió para sondear cuál sería su actitud si cruzaba la frontera para unirse a él. La respuesta de Villa fue entusiasta y sumamente cordial, asegurando a su antiguo general que “lo recibiría con los brazos abiertos, con el afecto y respeto con que siempre lo he tratado”[13]. De hecho, Villa envió a Jaurrieta con una pequeña escolta a la frontera para conducirlo a su campamento en diciembre de 1918.

El reencuentro con su antiguo comandante de artillería fue sumamente emotivo y, pese a su escepticismo, Villa aceptó de buen grado el programa de la Alianza Liberal para derogar la Constitución de 1917 y establecer un régimen democrático basado en la Constitución de 1857, si bien es dudoso que tanto él como la mayoría de sus hombres llegaran a entender las bases del programa político expuesto pacientemente por Ángeles. Villa también se mostró de acuerdo con la necesidad de convocar elecciones para

elegir a un nuevo presidente que no fuera militar, lo que los descartaba tanto a Obregón como a él mismo. Más le costó aceptar la nueva estrategia de Ángeles dirigida a humanizar la guerra, lo que implicaba poner fin a la ejecución de los prisioneros y a las represalias contra la población civil que colaborara con los carrancistas. Más allá de las sinceras inquietudes humanitarias del antiguo oficial federal, esta estrategia estaba dirigida, sobre todo, a modificar la percepción negativa de Villa que existía en Estados Unidos tras el ataque a Columbus, a fin de que este pudiera volver a contar con la benevolencia de Washington, cuyas relaciones con Carranza volvían a ser tirantes.

El impacto del regreso de Ángeles ayudó a Villa a poner de nuevo en pie un ejército de alrededor de 3.000 hombres capaz de desafiar a las fuerzas federales. Las nuevas tropas bajo su mando estaban constituidas por una amalgama de antiguos veteranos villistas, rancheros desocupados debido a la desaparición de los grandes rebaños de ganado en Chihuahua, campesinos agraviados por los atropellos del ejército regular y desertores federales atraídos por la paga. A diferencia de lo que había sucedido entre 1916 y 1918, la mayoría de estos hombres eran voluntarios y no procedían del reclutamiento forzoso realizado por los villistas cada vez que entraban a una población. Villa era consciente de que esta conducta le había enajenado, en gran medida, el apoyo social del que anteriormente gozaba y que había sido uno de los factores que habían provocado el crecimiento de las defensas sociales por toda Chihuahua. Por ello, fue muy cuidadoso al inicio de la nueva campaña para no reclutar nuevas tropas de esta forma.

Las primeras operaciones de Villa resultaron bastante exitosas. Sus fuerzas ocuparon varios pueblos sin que las defensas sociales opusieran apenas resistencia y desbarataron a una pequeña columna federal cerca del poblado de Villa Ahumada, donde Villa liberó a varias decenas de prisioneros de acuerdo con la nueva política humanitaria propugnada por Ángeles. Más resistencia opusieron la guarnición y las defensas sociales de Parral, que Villa solo logró tomar tras un sangriento asalto en abril de 1919. Era la primera ciudad importante que conquistaba desde su derrota en Estación Reforma dos años antes. Villa contaba con una gran popularidad entre una parte de los habitantes de esta localidad tras haber

repartido entre ellos el producto del saqueo de Torreón en 1917. Quizás por ello no saqueó la ciudad, limitándose a imponer una contribución a los miembros de la cámara de comercio local. Para satisfacción de Ángeles, cumplió su palabra de dejar en libertad a cerca de un centenar de sociales que se habían rendido a cambio de que se respetaran sus vidas. Su carácter rencoroso e implacable con sus enemigos le impidió sin embargo extender esta medida al comandante de la defensa social, José de la Luz Herrera, a quien hizo colgar con alambre junto a sus dos hijos, pese a los ruegos de Ángeles. Villa continuaba de este modo su particular cruzada contra la familia Herrera, iniciada tras la defección de los generales Maclovio y Luis Herrera en 1915.

La inacción de las fuerzas federales facilitó estos triunfos villistas. Las diferencias entre los dos comandantes enemigos, Manuel Diéguez y Jesús Agustín Castro, y el penoso estado de las tropas gubernamentales en Chihuahua entregaron a Villa nuevamente el dominio del campo. Esta seguridad resultó contraproducente, ya que lo llevó a decidirse a atacar Ciudad Juárez, débilmente defendida, seguro de que los federales no enviarían refuerzos desde la capital. Estaba en lo cierto, pero no atendió las advertencias de Ángeles, que pensaba que el regimiento estadounidense acantonado en El Paso intervendría si Villa atacaba la ciudad gemela. El 15 de junio, las fuerzas de Villa lograron tomar sorpresivamente la plaza fronteriza mientras su guarnición se refugiaba en un fortín, dejando medio centenar de prisioneros que fueron inmediatamente fusilados. Sin embargo, los villistas se desbandaron para dedicarse al pillaje, lo que permitió a las fuerzas federales contraatacar y expulsarlos de la localidad. Villa, que estuvo a punto de perder la vida cuando entraba confiado en lo que creía una ciudad conquistada, ordenó entonces un nuevo ataque. En esta ocasión, su asalto se vio frustrado por las fuerzas estadounidenses destacadas en El Paso, que cruzaron la frontera para dispersar a las fuerzas villistas, pretextando que el ataque había causado varias víctimas en el lado estadounidense.

Fue el final de la postrera campaña de Villa y de cualquier posibilidad de llegar a algún entendimiento con Washington. Tras la derrota, buena parte de sus hombres desertaron, en tanto que el resto volvió a dispersarse en pequeñas partidas. Un intento para

capturar Durango pocos meses después tampoco tuvo éxito y costó a Villa la pérdida de su mejor comandante, el general Martín López, y la defección de parte de sus mermadas fuerzas.

Nadie fue más consciente del fracaso del proyecto para relanzar al villismo en clave nacional e internacional que el propio Ángeles, quien decidió separarse nuevamente de Villa poco después del frustrado asalto a Ciudad Juárez. Lo hizo en términos amistosos y el caudillo le proporcionó incluso una pequeña escolta. Su orgullo le impedía regresar a Estados Unidos, por lo que pasó varios meses deambulando por el norte de México hasta que fue capturado por las defensas sociales gracias a la traición de un comandante villista. Entregado a las fuerzas federales, Ángeles sería juzgado sumariamente y ejecutado en la capital chihuahuense en noviembre de 1919, pese a las numerosas peticiones para que se conmutara la pena. Su suerte constituía un recordatorio para el propio Villa de cuál sería su destino si llegaba a caer en manos de Carranza.

Su situación parecía peor que nunca. Las sucesivas derrotas habían acabado con gran parte del apoyo con el que anteriormente había contado en el campo. Pronto se vio acorralado entre los nuevos refuerzos federales enviados en su busca bajo el mando del general Amaro y la creciente hostilidad de las defensas sociales. La muerte de Zapata en una emboscada en abril de 1919 y el ofrecimiento por las autoridades de una recompensa de 50.000 pesos por su cabeza acentuaron el temor de Villa a ser traicionado. Ello lo llevó a tratar cada vez con mayor dureza a la población civil, recurriendo incluso a tomar rehenes en las localidades por las que pasaba para evitar ser delatado. Villa volvió a su antigua táctica de desaparecer en la sierra durante largos periodos para reaparecer luego en distintos puntos, asaltando trenes o saqueando poblaciones desguarnecidas, como Lerdo y Gómez Palacio, en Durango. Sin embargo, libraba ya una lucha sin esperanzas, en la que se limitaba a tratar de sobrevivir al acoso de las columnas federales. En este contexto, el levantamiento de gran parte del ejército contra Carranza, a raíz del intento de este para marginar a Obregón e imponer a su propio candidato en las futuras elecciones presidenciales, abrió a Villa una salida inesperada.

Capítulo 6

La breve adaptación de Villa a la vida civil

El acuerdo de Sabinas

El levantamiento de Sonora en abril de 1920 fue seguido por la adhesión de la mayoría de los generales revolucionarios al Plan de Agua Prieta, que desconocía a Carranza y nombraba presidente provisional del país al gobernador sonorense Adolfo de la Huerta. La nueva guerra civil no llegó sin embargo a materializarse debido al asesinato de Carranza por las fuerzas de Peláez en Tlaxcalantongo en mayo de 1920.

Villa había esperado beneficiarse de una guerra civil prolongada entre Carranza y Obregón, tratando infructuosamente de unirse a los partidarios de este último. Sorprendido por el rápido desenlace del conflicto, decidió que era hora de intentar negociar con el nuevo Gobierno. Se dirigió en primer lugar a Calles, secretario de Guerra del Gobierno provisional, al que ofreció a finales de mayo deponer las armas a cambio de ser nombrado comandante de la Policía Rural de toda Chihuahua o, al menos, del sur de este estado, así como de la entrega de una hacienda a los hombres que todavía lo seguían. Calles rechazó esta proposición y en su lugar le aseguró que se le permitiría retirarse con una escolta de diez hombres a una hacienda apartada de Sonora. Ello condujo las negociaciones a un punto muerto, ya que Villa consideraba justificadamente que su seguridad no estaría garantizada fuera de Chihuahua y menos con un número tan exiguo de guardaespaldas. El caudillo norteño se dirigió entonces a Enríquez, quien como comandante de las defensas sociales de Chihuahua era uno de sus principales enemigos. Este conocía de primera mano la reluctancia de Obregón a cualquier acuerdo con Villa, por lo que intentó ganarse el favor del nuevo hombre fuerte del país asesinando al Centauro del Norte durante las negociaciones. Para ello, envió a varios cientos de rurales a emboscar el campamento villista durante la noche. La desconfianza innata de Villa le salvo la vida una vez más. Este dejó las hogueras encendidas, pero dispuso a sus hombres en las colinas que rodeaban el campamento, por lo que al producirse el ataque emboscó a su vez a sus enemigos.

El fracaso de los primeros intentos de negociación desesperó un tanto a Villa, quien se quejó amargamente ante sus hombres de que nada parecía haber cambiado pese a la muerte de Carranza. Para reforzar su posición negociadora, reclutó nuevos contingentes, a los que atrajo con la promesa de que el Gobierno estaba dispuesto a dar tierras a sus seguidores. Esta vez trató de abrir un canal de negociación directo con el presidente provisional. Para su satisfacción, De la Huerta se mostró más receptivo que sus predecesores y envió a Chihuahua como negociador al periodista Elías Torres, que logró reunirse con Villa el 2 de julio de 1920 en la hacienda de Encinillas. Villa volvió a plantear su exigencia de que se le pusiera al frente de un destacamento de la Policía Rural, integrado por sus propias fuerzas, con el que prometió erradicar el bandolerismo de Chihuahua. También pidió que se entregaran tierras a todos sus hombres y que el pacto fuera rubricado además por Obregón, Calles y Hill. De la Huerta estaba interesado en llegar a un acuerdo que reforzaría notablemente su prestigio al convertirlo en pacificador del norte de México. Por ello, aunque se negó en redondo a otorgar a Villa ningún tipo de mando militar, le ofreció condiciones que garantizaban su seguridad personal. Se le entregaría la hacienda de Canutillo, en Durango, que estaba muy cerca de Parral, una zona donde aún era bastante popular, y se le permitiría retener a 50 de sus hombres como escolta personal, cuyos sueldos serían pagados por el erario. De la Huerta le ofrecía además otorgar tierras a 250 de sus seguidores e incluso entregar un año de soldada a todos los villistas que depusieran las armas.

Eran unas condiciones aceptables para Villa, pero las negociaciones transcendieron pronto a la prensa y esta las tergiversó al publicar que De la Huerta estaba dispuesto a conferir al caudillo duranguense un mando militar en Chihuahua. Ello suscitó un gran malestar en el seno del Ejército Federal. El propio Obregón, quien consideraba a Villa poco más que un vulgar forajido, telegrafió a De la Huerta para manifestarle su extrañeza ante la posibilidad de que aquel pudiera ser indultado y no afrontara ningún castigo por sus numerosos crímenes. La presión se hizo tan insostenible que el presidente provisional decidió el 19 de julio interrumpir las conversaciones y ordenó al general Amaro que reanudara las operaciones militares dirigidas a acabar con Villa.

Lejos de desalentarse, Villa concibió un plan audaz y con 800 hombres atravesó el desértico Bolsón de Mapimí, que separa Chihuahua de Coahuila, para plantarse por sorpresa en el corazón de la región carbonífera de este rico estado, donde el 26 de julio tomó casi sin disparar un tiro la población de Sabinas. Desde allí telegrafió directamente a De la Huerta para proponerle la reanudación de las negociaciones. Fue un golpe magistral. El Gobierno se enfrentaba ahora a la amenaza de una destructiva guerra de guerrillas en un territorio desguarnecido y que se encontraba en pleno proceso de reconstrucción económica tras el final de la guerra civil. Quizás Villa estuviera condenado, pero podía vender muy cara su derrota. Esta tesitura condujo a De la Huerta a reemprender las negociaciones e incluso a ofrecer a Villa términos más generosos, aumentando de 250 a casi 800 el número de sus seguidores a los que se otorgarían títulos de propiedad y se pagaría la soldada durante un año tras entregar las armas. Esta vez De la Huerta consiguió el respaldo de otros prominentes generales sonorenses, como Calles y Hill, que aceptaron firmar el acuerdo, lo que le permitió sortear la oposición de Obregón. El manco de Celaya se negó a firmar el convenio, pero aceptó respetarlo si llegaba a la presidencia —como sucedió pocos meses más tarde— por lo que Villa acabó renunciando a esta exigencia. Tampoco el Gobierno estadounidense se opuso a un acuerdo que permitiera pacificar el norte de México y liberara a las empresas mineras estadounidenses de las extorsiones de Villa. En cumplimiento del pacto, las últimas tropas villistas entregaron las armas en la hacienda de Tlahualilo, sin más incidentes que la expectación levantada en las poblaciones que fueron atravesando en su marcha desde Sabinas, donde la gente se agolpaba en las calles para contemplar la última travesía del Centauro del Norte. Comenzaba para Villa una nueva y breve etapa, quizás la más tranquila, de su agitada vida.

El hacendado de Canutillo

Villa comenzaría su nueva andadura en septiembre de 1920 en la hacienda de Canutillo, una enorme propiedad de 64.000 hectáreas, incluidas 1.725 de tierras irrigadas, comprada por el Gobierno a sus propietarios españoles a los que les había sido expropiada en 1913 y devuelta en 1919. Sus tierras incluían la hacienda de Las Nubes, desde la que Urbina había gobernado buena parte del norte de Durango. Desde su nueva propiedad, Villa escribió a Luz Corral, exiliada en Texas y a la que no veía desde hacía cinco años, para que se reuniera con él junto con los cuatro hijos de otras mujeres a los que cuidaba, su hermana viuda y su cuñada. Posteriormente, también llegaría allí otra de sus amantes-esposas oficiales, Soledad Seáñez, a la que instaló en una casa cercana al casco de la hacienda y que cuidaba a su propio hijo y a otros dos de distintas mujeres. Villa logró reunir en Canutillo a siete de sus numerosos hijos (Agustín, Octavio, Samuel, Micaela, Celia, Juana María y Sara), varios de ellos de otras de sus parejas, algunas de las cuales vivían incluso en los alrededores, como Manuela Casas, con la que tuvo también un hijo y que regentaba un hotel comprado por Villa en Parral. Todos sus biógrafos coinciden, sin embargo, en que Villa tuvo a lo largo de su vida más de una veintena de hijos de diferentes mujeres, con varias de las cuales estaba casado por la Iglesia, aunque solo con Luz Corral lo hizo también por lo civil.

Luz y Soledad sobrellevaron con cierta armonía la situación y soportaron con resignación las continuas infidelidades amorosas del caudillo, al tiempo que criaban conjuntamente a los hijos de Villa. El equilibrio se rompió, no obstante, cuando Villa llevó a vivir a la hacienda a la que fue probablemente el último amor de su vida, Austreberta Rentería, hija de una familia de clase media de Ciudad Jiménez, secuestrada por el Mochaorejas y entregada como regalo a Villa, quien la violó y la mantuvo secuestrada antes de su derrota en Estación Reforma en enero de 1917. La muchacha tuvo que huir con su padre a Estados Unidos para escapar de su captor. Villa

estaba obsesionado con ella y, después de que la familia Rentería regresara a Chihuahua, logró convencerla de reunirse con él. Llegó a Canutillo en febrero de 1921, allí le daría a Villa dos hijos más (Francisco e Hipólito). Para ganársela, Villa no tuvo ningún empacho en expulsar de la hacienda a Luz Corral, a la que dejó prácticamente sin medios de vida, por lo que para sobrevivir se vio obligada a escribir a Obregón en demanda de ayuda. Sorprendentemente, el presidente accedió, quizás al recordar que Luz había contribuido años atrás a evitar que Villa lo asesinara en Torreón.

Su turbulenta vida sentimental no impidió a Villa mostrar un cariño real por sus hijos y preocuparse sinceramente para que recibieran la educación que él no había tenido. El caudillo pretendía incluso enviarlos más adelante a Europa para completar su formación. Esta inquietud por la educación de sus hijos le hizo crear en Canutillo una escuela primaria modelo, a la que asistían no solo sus hijos más jóvenes, sino también varias decenas de niños de la hacienda. Los salarios de los cuatro maestros eran cubiertos íntegramente por el Gobierno federal, pero Villa proporcionaba a estos alimento y vivienda y se hizo cargo de la construcción de la escuela, un hecho del que le gustaba alardear a los periodistas que visitaron la hacienda. La preocupación de Villa por la educación, que ya se había manifestado durante su breve etapa como gobernador de Chihuahua, lo llevó a crear también una escuela nocturna para que sus escoltas y los trabajadores de la hacienda, analfabetos en su mayor parte, aprendieran a leer y escribir.

Nada más instalarse en Canutillo, el caudillo duranguense canalizó toda su energía en reconstruir el casco de la hacienda, que estaba en ruinas después de haber sido ocupada durante varios años por Urbina. La hacienda había tenido antes de la revolución miles de ovejas, vacas y caballos, pero toda esa riqueza se había desvanecido debido al saqueo y a la mala administración del antiguo lugarteniente de Villa. Esta situación no pareció importarle demasiado, ya que disponía de medios de sobra para hacer de nuevo productiva la propiedad. Villa contaba con las enormes sumas acumuladas durante el periodo en que había estado al frente de Chihuahua, incrementadas posteriormente gracias al saqueo de diversas poblaciones y las extorsiones realizadas a las compañías

mineras. También dispuso de generosas ayudas económicas proporcionadas por el propio Gobierno federal, que atendió casi todas las peticiones realizadas en este sentido por el caudillo duranguense entre 1920 y 1921. Según una afirmación quizás un tanto exagerada de Villa a un corresponsal mexicano, este llegó a invertir 300.000 pesos de su bolsillo en volver a poner en funcionamiento su propiedad, reconstruyendo los edificios, molinos, graneros, establos y acequias y comprando maquinaria agrícola moderna. La hacienda no produjo cosechas durante los dos primeros años, por lo que Villa tuvo además que mantener mientras tanto a los trabajadores que siempre habían vivido en la propiedad y probablemente también a algunos de sus antiguos seguidores, que se habían visto obligados a trabajar en Canutillo al no haber obtenido tierras en las otras dos haciendas que el Gobierno había repartido entre varios cientos de antiguos guerrilleros villistas.

Existe una cierta controversia en torno a la forma en la que Villa conducía los asuntos de su hacienda. Para Taibo, el caudillo se comportó como una especie de revolucionario agrarista que utilizó su hacienda para poner en marcha un vasto experimento social. Esta apreciación no es compartida, sin embargo, por la mayoría de los historiadores, que consideran que la única preocupación de Villa fue tratar de conseguir tierras en Chihuahua para aquellos de sus seguidores que habían quedado excluidos del reparto de tierras realizado por el Gobierno federal tras los acuerdos de paz. Fuera de esto, el antiguo revolucionario se abstuvo por completo de promover ningún tipo de reforma agraria en Chihuahua o Durango, como pone de manifiesto el hecho de que no repartiese parte de las tierras de su enorme hacienda entre sus propios hombres, ni permitiera que la comisión agraria de Chihuahua entregase en 1921 parcelas colindantes a Canutillo a casi 250 campesinos sin tierra del cercano pueblo de Villa Coronado, probablemente porque aspiraba a establecer allí a algunos de sus partidarios.

Durante los tres años que Villa estuvo al frente de Canutillo parece haberse comportado más como un hacendado patriarcal que como un revolucionario. Katz señala que, si bien adquirió cierta cantidad de ganado, explotó las partes más productivas de su hacienda cultivando trigo y, en menor medida, frijoles o maíz mediante un régimen mixto. Una parte de las tierras eran cultivadas por

jornaleros que recibían un sueldo, en tanto que la mayor parte era explotada en régimen de aparcería, entregando Villa semillas y aperos a cambio de la mitad de la producción. En ambos casos, el antiguo revolucionario mantuvo relaciones de tipo patriarcal con sus aparceros y peones muy similares, por otra parte, a las de la mayoría de los hacendados tradicionales. Todos los testimonios coinciden en su generosidad a la hora de facilitar a sus trabajadores educación, atención médica y acceso a todos aquellos bienes producidos por la hacienda. En contrapartida, Villa exigía una obediencia ciega e impuso un régimen de trabajo casi militar, estableciendo estrictos horarios y reglas de trabajo que él mismo supervisaba personalmente. Rodeado continuamente de los hombres armados de su escolta personal, el control social ejercido por el caudillo dentro de Canutillo era absoluto.

Una de las principales preocupaciones de Villa durante esta etapa estuvo constituida por su seguridad personal. Si bien era todavía bastante popular entre amplios sectores de la sociedad norteña, especialmente en Durango y en el sur de Chihuahua, en muchos lugares existía un fuerte resentimiento contra él debido a la gran cantidad de muertes y destrucción que había provocado entre 1915 y 1920, sobre todo en el resto de Chihuahua. No eran sus únicos enemigos. Tanto el gobernador de Chihuahua, Ignacio Enríquez, como el de Durango, Jesús Agustín Castro, profesaban un odio declarado a Villa, quien tampoco contaba con la amistad de los principales generales sonorenses con los que se había enfrentado durante la reciente guerra civil, como Obregón y su poderoso secretario de Gobernación, Calles. La enemistad del primero, que recordaba que Villa había estado a punto de asesinarlo en 1914, era especialmente intensa, por lo que solo había accedido a regañadientes a respetar los acuerdos de Sabinas.

Para defenderse de sus enemigos, Villa convirtió Canutillo en una especie de fortaleza. Los cincuenta hombres de su escolta personal vigilaban continuamente todos los accesos a la propiedad y lo acompañaban en los desplazamientos que, con permiso siempre del Gobierno, realizaba a distintos puntos de Chihuahua y de Durango para atender sus asuntos privados. Villa contaba además con varios cientos de antiguos guerrilleros villistas a los que el Gobierno había entregado parcelas en dos antiguas haciendas situadas cerca de

Canutillo y que eran controlados con mano de hierro por dos de sus principales colaboradores, los generales Nicolás Fernández y Albino Aranda, que presumiblemente responderían a una llamada del caudillo si este llegara a necesitarlos.

El interés por Villa no desapareció tras su rendición, ni en México ni en el extranjero. Sin embargo, los intentos de reporteros y fotógrafos para contar a sus lectores cómo el Centauro del Desierto se había adaptado a la vida civil chocaron con la negativa de Villa a conceder entrevistas durante el primer año de su estancia en Canutillo, probablemente debido a su interés por mantener el perfil bajo pactado con el Gobierno y no proporcionarle pretextos para incumplir los términos acordados en Sabinas. El primero que logró entrevistarlo fue el periodista estadounidense Frazier Hunt, al que Villa mostró con orgullo en julio de 1921 las transformaciones que estaba llevando a cabo en su hacienda y al que aseguró que no tenía la menor intención de volver a levantarse en armas, salvo que se produjera una nueva invasión estadounidense. Poco después, sería también entrevistado por la norteamericana Anita Treadwell, con la que volvió a jugar el juego de medias verdades y mentiras respecto a Columbus, al asegurar que no había estado implicado en el ataque, si bien este había sido realizado por algunos de sus hombres.

La crónica más famosa fue, sin embargo, la realizada por Regino Hernández Llergo, cuya entrevista fue publicada por entregas en el diario Universal en junio de 1922. Villa habló largo y tendido con el periodista durante horas y expresó su opinión sobre numerosos temas, tratando de esquivar al principio las cuestiones relativas a la política mexicana. Su jocoso rechazo a la Iglesia (“yo sería de aquella religión que no me hiciera tonto”) estaba desprovisto, sin embargo, del anticlericalismo visceral de otros líderes revolucionarios, como Calles. Resulta curioso que en dicha entrevista Villa manifestara su firme oposición al socialismo y su reivindicación del mérito personal como ascensor social:

La igualdad no existe, ni puede existir. Es mentira que todos podamos ser iguales, hay que darle a cada quien [sic.] el lugar que le corresponde. La sociedad para mí es una gran escalera, en la que

hay gente hasta abajo, otros en medio subiendo y otros muy altos […] es una escalera marcada por la naturaleza y contra la naturaleza no se puede luchar. ¿Qué sería del mundo si todos fuéramos generales, si todos fuéramos capitalistas o todos fuéramos pobres? […] Es justo que todos aspiremos a ser más, pero también que todos nos hagamos valer por nuestros hechos[14].

La entrevista puso de manifiesto el indudable interés del caudillo duranguense por la explotación de su hacienda, que recorrió con el periodista durante un día entero, quizás por eso Villa se dejó llevar por el entusiasmo y declaró al reportero estar abierto a postularse como gobernador de Durango una vez que hubiera concluido la presidencia de Obregón. El antiguo guerrillero aseguró a Hernández Llergo que contaba con un gran respaldo popular en el norte del país —lo que era cierto— y que, de necesitarlo, podría poner en pie un ejército de 40.000 hombres —lo que era una baladronada—. Villa concluyó expresando la buena opinión que tenía sobre De la Huerta y su deseo de que este volviera a ocupar la presidencia cuando el mandato de Obregón hubiera concluido.

La entrevista de Hernández Llergo constituía una auténtica bomba. No es descartable que las declaraciones de Villa pudieran obedecer a un simple ataque de vanidad, pero es más probable que Villa pretendiera mostrar de esta manera su apoyo a De la Huerta, a quien ofrecía su ayuda para llegar a la presidencia a cambio de que este le permitiese controlar Durango. Esta es, al menos, la interpretación de Katz, para quien el antiguo guerrillero estaría preparándose para utilizar en provecho propio la división de la élite revolucionaria en torno a la sucesión de Obregón. Si realmente esa era su intención iba bien encaminado, ya que la decantación de Obregón por la candidatura de Calles desencadenaría la rebelión de una parte del ejército a favor de De la Huerta. Sin embargo, eso no sucedería hasta diciembre de 1923 y mientras tanto las declaraciones de Villa despertaron la inquietud del Gobierno hacia el peligro que podía representar el eventual retorno del caudillo duranguense a la arena política, máxime cuando una provocadora encuesta publicada por El Universal, un mes más tarde, colocaba a Villa entre los cuatro candidatos presidenciales preferidos por sus

lectores, a escasa distancia de Calles, el tercer clasificado.

La muerte del Centauro

Obregón desconfiaba en realidad de las intenciones de Villa desde que este dejara entrever en marzo de 1922 que podría secundar un levantamiento agrarista en Chihuahua si se aprobaba el impopular plan de Enríquez para vender los latifundios de los Terrazas. El proyecto, concebido por el heredero del clan Terrazas-Creel, Alberto Terrazas, consistía en autorizar al empresario minero estadounidense Arthur J. McQuatters a comprar las haciendas que habían pertenecido a los Terrazas para que este las parcelara y vendiera en propiedades de mediano tamaño, lo que habría supuesto la creación de una clase media rural. Este proyecto agradó a Obregón que pensó que terminaría de desbloquear el reconocimiento de Washington a su Gobierno. Sin embargo, el enorme descontento popular provocado por el plan, unido a las amenazas de Villa, obligaron a rectificar al presidente, que acabó expropiando los latifundios de los Terrazas a cambio de una crecida indemnización para que fueran fraccionados y repartidos entre campesinos sin tierra.

La preocupación del Gobierno se incrementó a raíz de la intervención de Villa en un pleito por los derechos de agua entre los vecinos de la pequeña población chihuahuense de Bosque de Aldama y los de Villa de Aldama, que contaban con el apoyo del gobernador Enríquez. La actitud de las autoridades locales hizo que Villa escribiera en septiembre de 1922 al presidente para solicitar su intervención, amenazando veladamente con que el conflicto podría “poner en peligro la paz”. Su carta logró que Obregón terminara mediando en el conflicto y que, para desactivar el creciente activismo agrarista en la región, decretara el reparto entre los campesinos de una serie de haciendas. Villa volvió a intervenir cuando los hacendados afectados, entre los que se encontraba Martín Falomir, estrechamente ligado al clan Terrazas-Creel, lograron paralizar este decreto, obligando a Obregón a intervenir nuevamente en marzo de 1923 para que se aplicara la medida.

Las sospechas de Obregón y Calles se incrementaron cuando Villa reiteró personalmente su respaldo a De la Huerta en el curso de una conferencia celebrada por ambos en mayo en Ciudad Jiménez. A la reunión asistieron otros funcionarios del Gobierno que comunicaron a Obregón que el expresidente había rechazado el ofrecimiento e instado a Villa a aceptar la designación de Calles como candidato presidencial. Para entonces, Obregón y Calles recelaban sin embargo de las intenciones del propio De la Huerta, que efectivamente realizaba en secreto preparativos para levantarse. La localización de un gran arsenal a principios de julio en Canutillo acabó por convencer al Gobierno de la intención de Villa de unirse al levantamiento que se estaba gestando y que arrastraría a parte del ejército.

El creciente temor de la Administración obregonista no constituía la única amenaza para Villa. Sus numerosos enemigos personales también conspiraban para matarlo. El más peligroso era Jesús Herrera, uno de los pocos supervivientes de la familia que Villa se había dedicado a exterminar. El odio de Herrera contra el asesino de su padre y sus hermanos lo llevó a utilizar su riqueza para tratar de matar a Villa. Reunió para ello a un variopinto grupo de sicarios integrado por orozquistas, antiguos oficiales carrancistas y pistoleros que no logró su objetivo. Descubiertos, los escoltas de Villa acabaron con algunos en Parral e hicieron huir al resto. Villa contraatacó, enviando a su vez a dos de sus hombres a asesinar a Herrera, pero estos también fracasaron al ser detenidos por las autoridades en marzo de 1923. Furioso, el caudillo norteño envió una carta a El Universal donde acusaba a Herrera de intentar asesinarlo y exigía al Gobierno que tomara cartas en el asunto, amenazando con hacerse cargo él mismo del problema. El último de los hijos de José de la Luz Herrera no se amedrentó y le respondió en un periódico de Torreón, negando sus acusaciones y refiriéndose despectivamente a Villa como un criminal que había enloquecido tras haber ensangrentado a todo el país. Poco acostumbrado a sostener un debate público, Villa escribió entonces a Obregón y a Calles, que en mayo le prometieron intervenir discretamente para impedir nuevas fricciones con Herrera. En realidad, Obregón no adoptó ninguna medida, pese a lo cual los ataques de Herrera a Villa cesaron. Probablemente, ello se debió a que Obregón y Calles planeaban ya el asesinato de Villa, que tendría lugar tres meses más

tarde.

Durante muchos años, la responsabilidad del asesinato de Villa fue motivo de apasionada controversia entre los historiadores. Corresponde a Katz el mérito de haber desvelado el misterio, aunque aún quedan algunos cabos sueltos que resulta imposible precisar, especialmente en torno al grado de implicación de Obregón y Calles en el crimen. Uno de los autores materiales fue el antiguo administrador de Canutillo tras su devolución a la familia Jurado, Melitón Lozoya, quien había malbaratado parte del patrimonio de la hacienda. Enterado, Villa lo había amenazado de muerte si no restituía lo robado. En lugar de huir, Lozoya reclutó a ocho hombres que en su mayoría tenían cuentas pendientes con Villa. Según algunos autores, Lozoya no actuó por su propia cuenta, sino que estaría financiado por Herrera, aunque este extremo no está probado. A este grupo se uniría en mayo Jesús Salas Barraza, diputado de la Asamblea Legislativa de Durango y amigo personal del gobernador del estado. Salas Barraza se encargaría de organizar el atentado contra Villa y sería el enlace entre el grupo de pistoleros y el Gobierno obregonista, verdadero autor intelectual del crimen, como pone de manifiesto la correspondencia de Salas Barraza con el general Amaro, comandante militar de Nuevo León, y con el gobernador Castro. Esta correspondencia implica claramente a Calles, secretario de Gobernación y candidato oficial a la presidencia, y también al presidente Obregón, si bien resulta imposible determinar cuál fue el grado de implicación de cada uno de ellos en el crimen.

El grupo de conspiradores se instaló a principios de julio en Parral para esperar a que Villa pasase por allí con motivo de uno de sus frecuentes viajes a la ciudad para visitar a su amante, Manuela Casas. Para ello, alquilaron dos habitaciones contiguas desde donde se dominaba la avenida Juárez, que tendría que atravesar el auto de Villa tras salir del hotel Hidalgo, donde siempre se hospedaba. Villa había llegado a la ciudad el 18 de julio, de regreso de Río Florido, donde asistió al bautizo del hijo de uno de sus antiguos comandantes. Estaba acompañado por su secretario, el chofer y cuatro guardaespaldas. No llevaba una escolta más numerosa, si bien dejó dispuesto que a su vuelta lo esperasen en las afueras de Parral otros tres hombres a caballo para escoltarlo desde allí hasta

Canutillo. En la mañana del 20 de julio, el automóvil de Villa pasó por delante de la casa donde estaban apostados los asesinos. Estos, alertados por una señal acordada, lo estaban esperando y acribillaron el automóvil que el propio Villa iba conduciendo. El antiguo guerrillero recibió nueve disparos, la mayoría de balas explosivas de uso militar, y murió en el acto. El resto de sus compañeros cayeron abatidos, salvo uno de los guardaespaldas que consiguió huir herido. La guarnición había abandonado convenientemente la ciudad en la madrugada con la excusa de ensayar un desfile, por lo que los asesinos pudieron salir de Parral tranquilamente sin que nadie los persiguiera.

Enríquez se negó a que Villa fuera sepultado en el lujoso mausoleo que este se había construido en el cementerio de Chihuahua y tuvo que ser enterrado en Parral, donde una guardia militar le rindió honores de general. El cortejo fúnebre del cadáver embalsamado fue seguido en silencio por miles de personas. Sus restos serían profanados dos años después, desapareciendo la cabeza de Villa. Ello dio lugar a numerosas y, en algunos casos, extravagantes historias sobre las motivaciones de los profanadores y el destino de la cabeza, que han sido recopiladas por Taibo: desde que la compró un millonario estadounidense o un general mexicano hasta que fue sepultada cerca de Parral o que acabó en manos de una sociedad estudiantil de la Universidad de Yale, la Skull and Bones Society.

La opinión pública apuntó desde el principio a Calles como responsable del asesinato. Eso no importó demasiado al régimen posrevolucionario que no hizo ningún esfuerzo real para detener a los autores materiales del crimen. Solo la presión de los diputados delahuertistas en el Congreso obligaría finalmente al Gobierno a intervenir. Salas Barradas se declaró entonces culpable. Un alto funcionario de la Secretaría de la Guerra lo ayudó a redactar su confesión y se la transmitió a Obregón a principios de agosto, quien tras leerla comentó “nuestro amigo tiene un gran corazón”[15]. Probablemente, Salas Barradas esperaba evitar la cárcel gracias a su fuero como legislador de Durango, pero el Gobierno necesitaba un chivo expiatorio. Fue procesado y condenado a 20 años de prisión. La rebelión delahuertista facilitaría su rápido indulto, tras el cual se integraría como oficial en las filas del Ejército Federal para combatir a los rebeldes.

Capítulo 7

La conversión de Villa en un mito

La rebelión delahuertista constituyó el escenario del último levantamiento villista encabezado por el inepto Hipólito Villa, quien se había hecho cargo de Canutillo a la muerte de su hermano. Este logró arrastrar al general Nicolás Fernández, pero el movimiento despertó escaso entusiasmo en la mayor parte de Chihuahua, incluso entre los antiguos partidarios de Villa, y en mayo de 1924 los restos de las fuerzas villistas se rindieron a las tropas federales. Con ello, el villismo quedaba definitivamente liquidado como movimiento político y social.

La muerte de Villa consagraría, sin embargo, su progresiva conversión en un icono revolucionario. Un proceso que en el imaginario popular comenzaría ya en vida del propio Villa con la composición de numerosos corridos sobre su trayectoria. Los corridos sobre Villa forman parte de una dilatada tradición literario-musical que tiene su antecedente en los corridos de bandidos del norte de México. Max Parra distingue dos grandes categorías dentro de los corridos villistas: históricos y biográficos. Los primeros aparecieron durante la revolución y se centran en la exaltación de los principales hechos de armas del villismo. Se trata —en palabras de Parra— de auténticas "canciones de guerra", de carácter propagandístico y que proporcionaban una identidad grupal a los combatientes villistas. Los segundos abordan distintos aspectos de la vida del caudillo norteño y, en su mayor parte, tienen un carácter retroactivo, ya que fueron escritos tras su muerte. En todos ellos Villa aparece representado como un héroe sobrehumano, vengador de los numerosos agravios de las masas populares mexicanas. Es curioso que los corridos no oculten ninguno de los aspectos más sombríos de la personalidad de Villa, como su total desprecio por la vida humana, su absoluta arbitrariedad y su exacerbado machismo, quizás, porque todos ellos forman parte de la imagen del "macho" mexicano, la misma que reflejan hoy día los numerosos corridos sobre narcotraficantes que proliferan en la violenta sociedad mexicana. Las Mañanitas de Pancho Villa o el Corrido de Durango son quizás los más representativos de una tradición que contribuyó a afianzar la figura de Villa en el imaginario popular:

En Durango comenzó
su carrera de bandido
y en cada golpe que daba
se hacía el desaparecido.

Cuando llegó a La Laguna,
robó Estación Horizontes
desde entonces lo persiguen
por los cerros y los montes.

Gritaba Francisco Villa
en su caballo tordillo,
en la bolsa traigo pesos
y en la cintura casquillos.

Gritaba Francisco Villa
el miedo no lo conozco,
que viva Pancho Madero
que muera Pascual Orozco[16].

El tirón popular de Villa contrastaba con la escasa popularidad de

Carranza, cuya única aparición en los corridos norteños vino de la mano de la modificación por los villistas de la letra del popular corrido revolucionario de origen español La cucaracha, para referirse burlonamente al líder coahuilense:

Con las barbas de Carranza

voy a hacer una toquilla

pa' ponérsela al sombrero

de su padre Pancho Villa[17].

Si a los corridos se debe la construcción y perpetuación de una imagen mítica e idealizada, aunque brutal, de Villa entre los sectores más populares de la sociedad mexicana, la literatura contribuyó a difundir el imaginario mítico del bandido-revolucionario en el conjunto de México y en el extranjero. Existen casi un centenar de libros sobre Villa, desde novelas a biografías, pasando por estudios históricos y memorias de personajes que, en un momento u otro, estuvieron vinculados personalmente a Villa. Sin embargo, es en el ámbito de la novela, más que en cualquier otro, donde la figura de Villa ha alcanzado su máxima expresión. Escritores como Martín Luis Guzmán, Carlos Fuentes, Rafael F. Muñoz, Mariano Azuela, Nellie Campobello, Mauricio Magdaleno y John Reed, entre otros, han escrito sobre Villa, convertido en uno de los elementos centrales de la llamada "novela de la Revolución". Una corriente literaria a menudo fronteriza entre la novela propiamente dicha y la memoria narrativa, caracterizada por expresar un cierto grado de desencanto hacia el desarrollo del proceso revolucionario. Ello contribuyó a convertir la figura de Villa —como la del otro gran derrotado, Zapata— en uno de los símbolos de una revolución popular traicionada por la nueva clase dirigente. El éxito de esta corriente literaria mexicana, reflejado en la traducción de las principales obras a decenas de idiomas, facilitaría enormemente la difusión internacional de la imagen mítica del antiguo bandido.

Con todo, el cine sería el medio que probablemente contribuyó más

a la conversión de Villa en un mito universal. La figura del general duranguense fue llevada por primera vez a la pantalla en La vida del general Villa, dirigida por D. W. Griffith en 1914. La película, de la que solo se conservan algunos fragmentos, contó con escenas reales de algunas de las batallas libradas por el Centauro del Norte y tuvo como protagonista al propio Villa, que firmó un contrato de exclusividad por 25.000 dólares con Mutual Film Corporation, uno de los primeros conglomerados cinematográficos, conocido especialmente por producir las principales comedias de Charles Chaplin. Esta primera película fue seguida por el documental Villa, vivo o muerto, estrenado en 1916, pocos meses después del ataque a Columbus. Un año más tarde se estrenaría la comedia muda Villa de las películas (Edward F. Cline, 1917), que constituía una sátira de la Revolución mexicana y del propio revolucionario.

Lejos de poner fin al interés despertado por Villa, su asesinato incrementaría la atracción del cine por este personaje. De este modo, los hermanos Félix y Edmundo Padilla dirigieron en 1930 La venganza de Pancho Villa, una coproducción mexicano-estadounidense que entremezclaba material documental con escenas de ficción. Sería Hollywood, sin embargo, el que relanzaría de nuevo su figura unos años más tarde. En 1934, la Metro-Goldwyn-Meyer estrenó la superproducción ¡Viva Villa!, dirigida por Jack Conway y rodada íntegramente en México, con Wallace Beery, uno de los villanos favoritos de Hollywood, en el papel del líder revolucionario. La película era una adaptación del libro del mismo título de Edgecumb Pitchon, que narraba de manera edulcorada el ascenso del joven Villa, reproduciendo todos los tópicos estadounidenses sobre México y la figura del bandido brutal y vengativo, aunque con un fondo noble. La película tuvo cuatro nominaciones al óscar y ganó el de mejor asistente de dirección. Contribuyó de manera decisiva a difundir la figura de Villa tanto en Estados Unidos como en Europa, pero pese a su indudable empatía con la Revolución mexicana no gustó mucho en México.

Quizás por ello, el Gobierno de Lázaro Cárdenas subvencionó generosamente a la Compañía Latino Americana S. A. para filmar ¡Vámonos con Pancho Villa!, rodada en 1935, pero no estrenada hasta diciembre de 1936. La participación gubernamental permitió a Fernando de Fuentes dirigir una superproducción con recursos y

tecnología más propios de los grandes estudios de Hollywood que del modesto cine mexicano. El Gobierno facilitó incluso un tren militar y un regimiento entero para rodar las escenas de combates. La película, basada en un guión de Xavier Villaurrutia sobre la novela homónima de Rafael F. Muñoz, describe la progresiva desilusión de un grupo de seis jóvenes campesinos que se suman a las fuerzas de Villa tan solo para ir muriendo uno tras otro, en medio de grandes privaciones, hasta que solo sobrevive uno de ellos, que regresa a su pueblo enfermo y desencantado. La película desmitificaba la figura de Villa, que aparece descrito en varias escenas como un caudillo brutal, tanto con sus hombres como con la población mexicana, lo que reflejaba la ambivalente posición oficial hacia el personaje hasta bien entrada la década de 1960. Con todo, la Administración cardenista censuró la última escena de la película original, en la que Villa seguía al único superviviente hasta su pueblo para asesinarlo allí, lo que hubiera convertido al Centauro del Norte en el villano central de la historia.

El tirón popular de Villa motivó que se estrenaran varias películas más durante la edad de oro del cine mexicano. La mayoría con una perspectiva más amable del caudillo y centradas en cuestiones de tipo anecdótico, más que en presentar un retrato más o menos verídico de Villa. En Si Adelita se fuera con otro (Chano Urueta, 1948), José Elías Moreno encarna a un Villa simpático y seductor. También presentan una visión más agradable del personaje los filmes ¡Pancho Villa vuelve! (Miguel Contreras Torres, 1949) y Las siete leguas (Raúl de Anda, 1955). Especial éxito tuvo en su momento la trilogía de Ismael Rodríguez, Así era Pancho Villa (1957), Pancho Villa y la Valentina (1958) y Cuando ¡Viva Villa! es la muerte (1958), centradas todas ellas en episodios ligados al imaginario popular de la vida de Villa, representado por el popular actor Pedro Armendáriz.

Será sin embargo en las décadas siguientes cuando la figura de Villa comience a ser reivindicada por el cine mexicano, coincidiendo con su progresiva incorporación al panteón oficial de los héroes de la Revolución mexicana. Películas como El Centauro Pancho Villa (Alfonso Corona, 1968), La marcha de Zacatecas (Raúl de Anda, 1968) o la coproducción hispano-mexicana La guerrillera de Villa (Miguel Morayta, 1969), con la participación estelar de Carmen

Sevilla, resaltan la dimensión de Villa como líder revolucionario popular. Hollywood no se mantuvo al margen de este renovado interés por la figura del caudillo norteño y en Villa cabalga (Buzz Kulik, 1968) vuelve a abordar este tema, con Yul Brynner en el papel de Pancho Villa y el duro Charles Bronson en el de su sanguinario lugarteniente Rodolfo Fierro. Otro famoso de Hollywood, el actor Telly Savalas, interpretaría poco después al caudillo norteño en El desafío de Pancho Villa (Eugenio Martin, 1971), una nueva secuela del ataque de Villa a Columbus. Sin ánimo de ser exhaustivos, la fascinación que Villa ha despertado en el mundo del cine se extiende hasta nuestros días, como pone de manifiesto la producción de HBO Presentando a Pancho Villa (Bruce Beresford, 2003), que aborda en clave de humor las dificultades del rodaje de la ya mítica película de Griffith, con Antonio Banderas en el papel del revolucionario mexicano[18].

Si el cine y la literatura terminaron por reconciliarse con los aspectos más controvertidos de Villa, la rehabilitación de la imagen oficial del revolucionario duranguense resultó más complicada. La victoria de Carranza y del grupo de los sonorenses excluyó a Villa del panteón de los héroes patrios de la revolución. Villa fue considerado durante varias décadas por el régimen presidencialista mexicano como un personaje como mínimo incómodo, cuya contribución al proceso revolucionario era relativizada e identificada con los aspectos más brutales de la violencia revolucionaria que el país trataba de sepultar en el pasado. De hecho, Villa quedó significativamente excluido de la proliferación de nombres de líderes revolucionarios que pueblan el callejero de la capital y de las principales ciudades del país. Tampoco una estación de metro conmemora su recuerdo, más allá de la existencia de un apeadero llamado División del Norte. Todavía en 1956, la decisión del Gobierno chihuahuense de erigir una estatua al Centauro del Norte provocó una controversia pública que se saldaría finalmente con su conversión en un monumento genérico a los combatientes de la División del Norte.

La rehabilitación no se produciría hasta mediados de la década de 1960, cuando el régimen presidencialista mexicano se dio cuenta de la utilidad que la figura de Villa podía prestar a su gastada retórica revolucionaria. No sería hasta noviembre de 1966 cuando el

Congreso de México resolvió añadir el nombre de Villa al de los restantes próceres de la historia oficial que decoran profusamente la Cámara en letras de oro. Tres años más tarde se inauguraba un monumento ecuestre a Villa, realizado por el exiliado español Julián Martínez, en el cruce de División del Norte con Avenida Universidad, el cual fue trasladado pocos años después a causa de la ampliación del suburbano al discreto Parque de los Venados, donde pasa casi desapercibido hoy en día. El proceso de incorporación de Villa al santoral revolucionario del régimen priista culminaría en noviembre de 1976, cuando un desprestigiado Luis Echeverría organizó el traslado de los restos de Villa desde Parral, para ser inhumados en una gran ceremonia en el Monumento a la Revolución, donde descansan desde entonces, junto a los de sus archienemigos Carranza y Obregón.

La tardía rehabilitación oficial de la figura de Villa apenas influyó en su conversión en un icono cultural universal, un proceso que venía desarrollándose desde la década de 1930 y que explicaría, por ejemplo, que un batallón de las Brigadas Internacionales llevara su nombre durante la guerra civil española, al mismo tiempo que el movimiento fascista surgido en México en esos mismos años adoptara el significativo nombre de Camisas Doradas, en alusión a los Dorados que habían constituido la escolta personal del caudillo norteño. Su figura y su recuerdo han sido distorsionados y objeto de una intensa comercialización en todo el mundo e incluso han dado lugar a un extraño culto religioso en el norte de México. No en vano, el nombre de Pancho Villa es todavía hoy uno de los símbolos que mejor identifican a México en el resto del mundo. No es extraño que la extraordinaria historia de este forajido semianalfabeto convertido en revolucionario, de su ascenso y de su caída, de la promesa de cambio social encarnada en el villismo y de la estela de muerte y destrucción dejada a su paso resulte aún tan atractiva.

Bibliografía

La bibliografía sobre Villa es muy amplia, por lo que una relación realmente exhaustiva transciende los límites y objetivos de esta obra. El libro ha utilizado como fuentes principales las memorias del propio Villa, editadas en 2004, y la información, a menudo contradictoria, proporcionada por las diversas biografías escritas sobre este personaje, especialmente por el monumental estudio de Katz, el cual constituye, sin duda, la principal obra de referencia sobre el Centauro del Norte. Para trazar el complejo marco en el que se desarrollaron sus andanzas y analizar la construcción del mito de Villa y su influencia sobre la cultura mexicana, hemos recurrido también a diversos estudios relativos a la historia del Porfiriato, la Revolución mexicana, el villismo y el impacto literario y cinematográfico de la figura de Villa, cuya relación se enumera a continuación.

Anderson, Mark C. (2000): Pancho Villa's Revolution by headlines, Norman, University of Oklahoma Press.

Berumen, Miguel Ángel (2009): Pancho Villa. La construcción del mito, Ciudad de México, Océano.

Calzadíaz, Alberto (1963): Hechos reales de la Revolución. Villa contra todo y contra todos, Ciudad de México, Editores Mexicanos.

Cumberland, Charles C. (1972): Mexican Revolution. The Constitutional Years, Austin, University of Texas Press.

García, Rubén (2020): "Pancho Villa y la Revolución mexicana en el cine", https://bit.ly/3YXj1WL.

Gómez, Marte R. (1966): La reforma agraria en las filas villistas. Años 1913 a 1915 y 1920, Ciudad de México, Talleres Gráficos de la Nación.

Guzmán, Martín Luis (1984): Memorias de Pancho Villa, Ciudad de México, Porrúa.

Herrera, Celia (1981): Francisco Villa ante la historia, Ciudad de México, Costa-Amic.

Illades, Carlos (1991): Presencia española en la Revolución mexicana (1910-1915), Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Katz, Friedrich (2018): Pancho Villa, Ciudad de México, Ediciones Era.

Knight, Alan (1996): La Revolución mexicana, Ciudad de México, Grijalbo.

Krauze, Enrique (1996): Biografía del poder. De Francisco I. Madero a Lázaro Cárdenas, Barcelona, Tusquets.

Mendoza, Reidezel (2017): Crímenes de Pancho Villa. Testimonios, Chihuahua, edición del autor.

— (2018): El frustrado fusilamiento de Francisco Villa. Reclusión y fuga de la prisión militar de Santiago, 1912-1913, Chihuahua, edición del autor.

— (2020): Bandoleros y rebeldes. Las correrías de Francisco Villa durante la rebelión maderista, 1910-1911, Chihuahua, edición del autor.

Osorio, Rubén (1991): Pancho villa. Ese desconocido: entrevistas en Chihuahua a favor y en contra, Chihuahua, Gobierno del Estado.

Parra, Max (2007): “Pancho Villa y el corrido de la revolución”, Caravelle, nº 88, pp. 139-149.

Reed, John (1980): México insurgente, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Salmerón, Pedro (2000): “Pensar el villismo”, Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, vol. 20, pp. 101-128.

— (2006): La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo, Ciudad de México, Planeta.

Sánchez Andrés, Agustín (2010): México en el siglo XX: del porfiriato a la globalización, Madrid, Arco.

Taibo II, Paco Ignacio (2010): Pancho Villa, una biografía narrativa, Ciudad de México, Planeta.

Ulloa, Berta (1979): Historia de la Revolución mexicana, periodo 1914-1917: la revolución escindida, Ciudad de México, El Colegio de México.

Villa Guerrero, Rosa Helia y Villa Guerrero, Guadalupe (eds.) (2004): Pancho Villa. Retrato autobiográfico, 1894-1914, Madrid, Taurus.

VV AA (2020): “El verdadero origen de La cucaracha: el corrido de la Revolución mexicana”, https://bit.ly/3WiSkcZ.

NOTAS

1 . Villa, Retrato autobiográfico, p. 202.

2 . Mendoza, El frustrado fusilamiento de Francisco Villa, p. 41.

3 . Villa, Retrato autobiográfico, p. 247.

4 . Telegrama de Huerta a Madero, 12 de junio de 1912, reproducido en Mendoza, El frustrado fusilamiento de Francisco Villa, p. 42.

5 . Las distintas historias en torno a la desaparición de Bierce han sido recopiladas por Taibo, Pancho Villa, pp. 234-236.

6 . Citado por Anderson, Pancho Villa's Revolution by Headlines, p. 192.

7 . Citado por Krauze, Biografía del poder, p. 176.

8 . Citado por Krauze, Biografía del poder, p. 183.

9 . Guzmán, Memorias de Pancho Villa, p. 726.

10 . Reed, México Insurgente, p. 49.

11 . Osorio, Pancho villa. Ese desconocido, p. 189.

12 . Mendoza, Crímenes de Francisco Villa. Testimonios, pp. 221-234.

13 . Citado por Katz, Pancho Villa, p. 290.

14 . El Universal, 13 de junio de 1922.

15 . Citado por Katz, Pancho Villa, p. 386.

16 . Corrido de Durango, en Parra, “Pancho Villa y el corrido de la Revolución”, p. 144.

17 . VV AA, “El verdadero origen de La cucaracha: el corrido de la Revolución mexicana”.

18 . Para una recopilación exhaustiva de las películas sobre Villa, véase García, “Pancho Villa y la Revolución mexicana en el cine”.

Este libro se terminó de imprimir

en enero de 2023 en los talleres

de Artes Gráficas Coyve.